



Università  
Ca' Foscari  
Venezia

Corso di Laurea  
Magistrale  
in Interpretariato e  
traduzione  
editoriale, settoriale  
ordinamento (\*\*)

Tesi di Laurea

**La saga de los  
Alvear en la  
España de la  
guerra civil.  
Traducción y  
estudio  
traductológico  
de algunos  
capítulos de la  
trilogía de  
José María  
Gironella**

**Relatore**

Ch. Prof. Patrizio Rigobon

**Correlatore**

Giuseppe Trovato

**Laureando (\*\*\*)**

Francesca Ciardi Matricola 887974

## SUMARIO

|        |   |     |
|--------|---|-----|
| 1      | – CONTEXTOS .....   | 5   |
| 1.1    | El contexto histórico.....  | 5   |
| 1.1.1  | <i>Sobre la guerra civil española</i> .....                       | 5   |
| 1.1.2  | <i>El golpe de Estado</i> .....                                   | 5   |
| 1.1.3  | <i>Unidad fascista</i> .....                                      | 6   |
| 1.1.4  | <i>Las Brigadas internacionales</i> .....                         | 6   |
| 1.1.5  | <i>La batalla de Madrid</i> .....                                 | 7   |
| 1.1.6  | <i>La caída de Málaga y la Batalla de Guadalajara</i> .....       | 7   |
| 1.1.7  | <i>La campaña en el norte y el bombardeo de Guernica</i> .....    | 7   |
| 1.1.8  | <i>Intervención militar: de Teruel al Ebro</i> .....              | 7   |
| 1.1.9  | <i>La retirada de las Brigadas Internacionales</i> .....          | 8   |
| 1.1.10 | <i>Refugiados</i> .....   | 8   |
| 1.1.11 | <i>El golpe de Casado y el final de la guerra</i> .....           | 8   |
| 1.1.12 | <i>Sobre Franco</i> .....   | 9   |
| 1.2    | El contexto literario.....  | 9   |
| 1.2.1  | <i>El autor</i> .....   | 9   |
| 1.2.2  | <i>La guerra civil española en las páginas de Gironella</i> ..... | 12  |
| 1.2.3  | <i>La trilogía Alvear</i> .....                                   | 17  |
| 1.2.4  | <i>Los hechos y los personajes</i> .....                          | 21  |
| 1.2.5  | <i>Sobre la familia Alvear, protagonista de la obra</i> .....     | 26  |
| 2      | – I TESTI TRADOTTI.....   | 28  |
| 2.1    | Los cipreses creen en dios .....                                  | 28  |
| 2.2    | Un millón de muertos.....   | 61  |
| 2.3    | Ha estallado la paz.....  | 82  |
| 3      | – COMMENTO TRADUTTOLOGICO .....                                   | 115 |
| 3.1    | Il processo traduttivo.....                                       | 115 |
| 3.1.1  | <i>Considerazioni generali</i> .....                              | 115 |
| 3.1.2  | <i>Aspetti metodologici</i> .....                                 | 120 |
| 3.1.3  | <i>La considerazione del tempo nella Trilogia</i> .....           | 124 |

|  |     |
|--|-----|
| 3.2 Le traduzioni. ....  | 130 |
| 3.2.1 <i>Los cipreses creen en Dios. I capitoli 11 e 12.</i> ..... | 130 |
| 3.2.2 <i>Un millón de muertos. I capitoli 14 e 22</i> .....        | 135 |
| 3.2.3 <i>Ha estallado la paz. I capitoli 10, 16 e 21</i> .....     | 142 |
| BIBLIOGRAFIA.....  | 149 |

# 1 – CONTEXTOS

## 1.1 El contexto histórico

### *1.1.1 Sobre la guerra civil española*

Una serie de tensiones sociales y políticas generaron poco a poco en España una grave crisis económica. En noviembre de 1933 se eligió una coalición de partidos de derecha que derrocaría las reformas llevadas a cabo durante los dos años anteriores. En octubre de 1934, el partido parafascista CEDA entró en el gobierno, y los socialistas organizaron una huelga. En Asturias se produjo una insurrección armada. El general Franco se valió del Ejército de África para doblegar con extrema brutalidad, la sublevación. En febrero de 1936, el Frente Popular, una coalición de partidos republicanos y de izquierda, ganó las elecciones. Liderado por Manuel Azaña, el Frente Popular se comprometió a realizar más reformas. Durante la Segunda República, Manuel Azaña fue Ministro de Guerra y Presidente durante la Guerra Civil.

### *1.1.2 El golpe de Estado*

Tras las elecciones de febrero de 1936, los políticos de la derecha y los generales del ejército empezaron a temer lo que consideraron la influencia del "bolchevismo" en los miembros de la izquierda. Comenzaron a organizar una sublevación en secreto. A medida que los miembros del creciente movimiento fascista denominado Falange se enfrentaban con activistas de izquierda en las calles, los políticos y la sociedad empezaban a polarizarse. Esto exacerbó la violencia política. El 13 de julio, miembros de la Guardia de Asalto republicana, asesinaron al líder de la derecha, José Calvo Sotelo. El ataque fue una represalia por el asesinato del teniente José del Castillo y la excusa que los generales, liderados por Emilio Mola, necesitaban para organizar un golpe de Estado. El 17 de julio, guarniciones militares se sublevaron en Marruecos y esta revuelta se extendió rápidamente a la España peninsular, dividiendo el país en dos desde un punto de vista político, geográfico y militar.

Si bien en el fondo se trató de un conflicto interno, las fuerzas internacionales fueron cruciales en el desenlace de la Guerra Civil. De conformidad con el “Pacto de No Intervención” de las principales potencias del mundo, a los dos bandos del conflicto se les negó el derecho a comprar o recibir material bélico. Sin embargo, el acuerdo fue violado constantemente, en particular por la Alemania Nazi, Italia y la URSS. Pero, mientras que el bando republicano tuvo problemas para conseguir armas y equipamiento incluso con la ayuda soviética, el bando nacional recibió un flujo constante de armas de los fascistas. Este fue el factor clave para la victoria de Franco y para la derrota republicana.

### *1.1.3 Unidad fascista*

Cuando comenzó la guerra, Hitler y Mussolini enviaron aviones para transportar al Ejército Español de África desde Marruecos hasta la España peninsular. Esto supuso una de las intervenciones extranjeras más importantes en esta guerra y tuvo una gran influencia en su desenlace.

### *1.1.4 Las Brigadas internacionales*

Las Brigadas Internacionales estaban formadas por voluntarios que lucharon para defender la República. Se organizaron y estructuraron a través de la Internacional Comunista (Comintern). Más de 35.000 personas se unieron a las brigadas y a los servicios médicos internacionales. La mayoría de los miembros procedían de Francia, Alemania, Polonia e Italia, pero también llegaron voluntarios de Reino Unido, América y Canadá.

La violencia se desató en ambas zonas. En el territorio de los rebeldes, las personas vinculadas a ideas republicanas o de izquierdas fueron encarceladas o ejecutadas. Los militares creían que la violencia era necesaria para purificar España.

En el bando republicano, surgió una oleada de violencia revolucionaria contra los supuestos partidarios del golpe de Estado: grandes terratenientes, líderes políticos locales, empresarios, militares, sacerdotes y otros miembros de la derecha política.

### *1.1.5 La batalla de Madrid*

Antes de noviembre de 1936, el ejército de los rebeldes había llegado a las afueras de Madrid. Convencidos de que tomarían la ciudad, el gobierno republicano huyó a Valencia. El avance del bando nacional se vio frustrado por unidades de militares y civiles que estaban decididos a que Madrid se convirtiera en "la tumba del fascismo". El 8 de noviembre, la XI Brigada Internacional fue recibida con alivio por los madrileños. Enérgicamente defendida por las tropas republicanas, la ciudad de Madrid cayó definitivamente el 28 de marzo de 1939.

### *1.1.6 La caída de Málaga y la Batalla de Guadalajara*

El 7 de febrero de 1937, las tropas italianas y españolas vencieron a la insuficiente defensa de la ciudad sureña de Málaga. Mussolini convenció a Franco para lanzar una doble ofensiva por el este de Madrid. Las tropas italianas atacarían Guadalajara con el apoyo de las fuerzas españolas que se dirigirían a Alcalá de Henares por el Jarama. Los italianos se estancaron rápidamente debido a las nefastas condiciones meteorológicas y a una enérgica resistencia republicana. Franco no consiguió alcanzar el objetivo, y los soldados de Mussolini sufrían una derrota aplastante.

### *1.1.7 La campaña en el norte y el bombardeo de Guernica*

A pesar de su catolicismo, el País Vasco permaneció fiel a la República. A medida que los rebeldes se acercaban a Bilbao, la Legión Cóndor alemana bombardeaba la ciudad de Guernica, arrasando todo a su paso. Bilbao fue tomada en junio de 1937. Los rebeldes siguieron con el ataque por el norte, avanzando hacia Santander a finales de agosto. La República respondió con un nuevo frente en Aragón con el objetivo de tomar Zaragoza. Las Brigadas Internacionales tomaron Quinto y Belchite. En octubre, las regiones vascas y Asturias estaban en manos de los rebeldes.

### *1.1.8 Intervención militar: de Teruel al Ebro*

La República emprendió un ataque sorpresa en Teruel en diciembre de 1937 y tomaron la ciudad. No obstante, en febrero de 1938 la ciudad volvió a manos del bando franquista.

### *1.1.9 La retirada de las Brigadas Internacionales*

La participación internacional había determinado gran parte del transcurso de la guerra y sería definitiva para su desenlace. En septiembre de 1938, los Acuerdos de Múnich permitieron que Reino Unido y Francia entregaran Checoslovaquia a Hitler. El destino de España también estaba supeditado a estos acuerdos. La República no albergaba esperanzas de conseguir ayuda de las democracias, pero el presidente Juan Negrín retiró a las Brigadas Internacionales con la pretensión de que Franco igualmente retirara las tropas alemanas e italianas. Este último intento de diplomacia internacional cayó en saco roto. Las tropas de Franco entraron en Barcelona en enero de 1939.

### *1.1.10 Refugiados*

Tras la caída de Cataluña en febrero de 1939, una marea humana de refugiados cruzó la frontera hacia Francia. Más de medio millón de ciudadanos republicanos, soldados y miembros de las Brigadas Internacionales, que huían del avance de los ejércitos franquistas, emprendieron este viaje sin retorno. Al otro lado de la frontera fueron internados en campos de concentración por las autoridades francesas. Muchos murieron de enfermedades y de hambre. Entre los refugiados más conocidos se encontraba el poeta Antonio Machado, que murió unos días después de cruzar la frontera y fue enterrado a orillas del mar en Collioure. Uno de sus poemas más célebres, *Caminante no hay Camino*, constituye una expresión conmovedora de los sentimientos de pérdida, valentía y falta de pertenencia a un lugar que experimentaron estos refugiados.

### *1.1.11 El golpe de Casado y el final de la guerra*

En marzo de 1939, el coronel Casado, comandante del Ejército Republicano central, inició una rebelión contra su propio gobierno. Sus planes fueron rechazados por Franco y se vio obligado a rendirse. El 27 de marzo, los rebeldes llegaron a Madrid y cuatro días más tarde toda España estaba en sus manos. Al día siguiente, Franco anunció el fin de los enfrentamientos. La Guerra Civil había terminado,



### *1.1.12 Sobre Franco*

Francisco Franco Bahamonde nació en Ferrol, La Coruña el 4 diciembre de 1892. Provenía de una familia de militares y participó en la guerra colonial del Marruecos español. Perteneció al grupo de generales rebeldes que planificaron y orquestaron el golpe de Estado de julio de 1936 que desembocaría en la Guerra Civil Española. El 1 de octubre de 1936, fue nombrado Generalísimo de los Ejércitos en el bando de los rebeldes y jefe de Estado. Tras la victoria de sus fuerzas el 1 de abril de 1939, Franco gobernó España como dictador hasta su muerte en 1975.

## **1.2 El contexto literario**

### *1.2.1 El autor*

José María Gironella nació el 31 de diciembre de 1917 en Darnius, un pequeño pueblo de la provincia de Gerona. Su familia era de origen humilde: su abuelo era zapatero y su padre, aquejado periódicamente de ataques depresivos, fabricaba tapones de corcho. La educación católica de su madre, ferviente católica, le impulsó a ingresar en el seminario para completar sus estudios: permanecería allí sólo dos años, abandonándolo tanto por falta de vocación como por las actitudes excesivamente duras de los preceptores. De regreso a su país, comenzó a realizar una serie de trabajos eventuales para ayudar a su familia: aprendiz, dependiente en una tienda de abarrotes, obrero en una fábrica de licores y finalmente empleado como mensajero en un banco de Arnús. Estas actividades le impidieron realizar estudios en profundidad y de hecho su formación la realizó íntegramente él mismo.

Formación profundamente influida por la lectura de la *Historia de Cristo* de Giovanni Papini: Gironella elaboró una visión del humanismo cristiano que se encuentra en la mayoría de sus obras y lo consideró una especie de mentor,

profundizando en los temas tocados por el escritor italiano y presentando incluso a un largo viaje para hablar con su hija y detenerse a reflexionar en su mausoleo<sup>1</sup>.

Cuando estalló la guerra civil en 1936, Gironella estaba en el territorio ocupado por los republicanos; logró llegar atrevidamente a Francia, cruzando los Pirineos y luego regresando a la España ocupada por los nacionalistas. En San Sebastián se alistó en una empresa de esquí (el Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat). Durante tres años Gironella luchó en el frente y probablemente en este período desarrolló la idea de escribir -una vez superada la tragedia de la guerra civil- cómo España había caído en ese drama y cómo sería transformada por él. Además, durante su compromiso en el frente, ya había tenido la oportunidad de dedicarse a la escritura: un artículo suyo había sido publicado en el semanario Domingo y también tuvo que probar su vocación de novelista escribiendo, en 1938, *Caballeros en la niebla*, obra que luego se perdió. Fue durante su servicio militar, principalmente realizado en la montaña, cuando Gironella concibió el gran fresco de su trilogía. Mientras tanto, una vez terminada la guerra civil con la victoria de los franquistas, Gironella inició su actividad como corresponsal, primero colaborando con los periodicos de Gerona y luego, a partir de 1942, como corresponsal del periódico *Informaciones* en Roma. De regreso a su tierra natal, Gironella abre una librería en Gerona y en 1946 se casa con Magdalena Castañer. Aunque el año anterior había publicado su primer libro de poemas (*Ha llegado el invierno y tú no estás aquí*), la situación económica no era muy próspera. Con motivo de la boda, Gironella le había regalado a su mujer la novela *Nada*, de Carmen Laforet, que en 1944 había ganado el premio Nadal. Animado por Magdalena, que era una ávida lectora (antes de casarse había optado por trabajar en una centralita, donde tenía tiempo para sumergirse en la lectura durante los turnos de noche), Gironella decidió escribir una novela con el objetivo de ganar el mismo premio. Así escribió *Un hombre* (1945). Efectivamente, el libro ganó el Premio Nadal de 1946, pero no tuvo el éxito editorial deseado<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Delibes M. (s.d.), “José María Gironella comentado por Miguel Delibes”, *Critica de Libros*, <http://www.criticadelibros.com/critica-literaria-2/jose-maria-gironella-comentado-por-miguel-delibes/>.

<sup>2</sup> El libro vendió sólo mil ejemplares, poco más que su poemario del año anterior, que se había detenido en 800, confirmando los comienzos desdichados desde el punto de vista del éxito editorial. Fillière C. (2006), “De la búsqueda de la novela total al encuentro del éxito masivo: la

Gironella comprendió que su formación autodidacta no le bastaba para continuar su carrera como escritor. Decidió cerrar la librería y se fue a vivir a Palma de Mallorca con su mujer. En 1949 publicó *La marea*, novela en la que abordó el tema de la derrota del nazismo y sus consecuencias.

La etapa fundamental para la formación literaria de Gironella se producirá en 1947, con el traslado a París. El paréntesis parisino le ofrece la oportunidad de enfrentarse a un mundo cultural extremadamente vivo y de crecer también desde el punto de vista literario gracias a la experiencia. París le permite repensar los acontecimientos de la historia española, de la que, además, había sido protagonista, con mayor desapego. Concibe así la idea de una obra que contara la historia española: así nace la primera parte de su trilogía sobre la guerra civil, centrada en la historia de una familia gerundense en la época anterior a la guerra civil. Mientras Magda trabajaba como niñera de los turistas estadounidenses que visitaban París, Gironella se sumergió en la escritura, llegando a las mil páginas del original de la primera novela de la trilogía, a la que ya había dado título *Los cipreses creen en Dios*. La obra no tuvo una historia editorial sencilla, al menos al principio, ya que cuatro editoriales la rechazaron; solo se publicó en 1953, por José Manuel Lara, quien sería su editor durante treinta años y que acababa de fundar la Editorial Planeta. El éxito editorial fue inmediato: vendió dos millones de ejemplares. El éxito editorial de *Los cipreses creen en Dios* tuvo una dimensión internacional, pero encontró oposición en España: la censura inicialmente rechazó su publicación, para cambiar de opinión cuando supo que las ediciones en otros idiomas llevarían la leyenda "Censurada en España".

Gironella luchó durante mucho tiempo contra la depresión, que había comenzado a aquejarlo a principios de los Cincuenta y que lo acompañaría durante unos quince años. En el período en que tuvo que lidiar con la depresión, Gironella compaginó su actividad como escritor con una larga serie de viajes (visitó Estados Unidos y México; en Europa, alternó viajes a Alemania, Dinamarca, Suiza y Finlandia, sometido a tratamientos antidepresivos en Viena y Helsinki. Su lucha contra la depresión encontró también una representación literaria: en 1958 publicó *Los fantasmas de mi*

---

trilogía de José María Gironella y su trayectoria como objeto predilecto de la historia cultural”, *Historia Contemporánea*, 32, pp. 285

*cerebro*, escrito en fragmentos tras las sesiones de electrochoque a las que había sido sometido. De regreso a España, en 1971 publicó la novela *Condenados a vivir* y luego en 1973 volvió a viajar: a la Unión Soviética, donde se presentó como ajedrecista aficionado y trabó amistad con David Bronstein, uno de los maestros de ajedrez más conocidos de la época. Comenzó entonces una serie de viajes que le permitieron descubrir Oriente: primero visitó Tierra Santa y Egipto, y luego se desplazó hacia el Oriente más extremo: Ceilán, India, Japón y China, registrando siempre sus sensaciones y vivencias en una serie de libros de viajes. Oriente fue también la base de un cierto redescubrimiento espiritual que le devolvió, en los últimos años de su vida, un nuevo enfoque de la fe. Tras superar un episodio de hemiplejía, completó su (*El Apocalipsis*) a la edad de 83 años<sup>3</sup>. Murió de una hemorragia cerebral el 3 de enero de 2003.

La rica producción literaria de Gironella le valió numerosos reconocimientos y premios. Ya hemos visto como en 1946 le fue otorgado el premio Nadal por su *Un hombre*. La novela que abre la trilogía de los Alvear, *Los cipreses creen en Dios*, le valió el Premio Nacional de Literatura de 1953. En 1971 obtuvo el Premio Planeta por la novela *Conenados a vivir* y finalmente ganó el Premio Ateneo de Sevilla por *La duda inquietante* en 1988.

El 13 de enero de 2003, el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de España concedió a título póstumo a Gironella la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio<sup>4</sup>.

### 1.2.2 *La guerra civil española en las páginas de Gironella*

La guerra civil que asoló a España entre 1936 y 1939 es un punto crucial en la historia europea de la primera mitad del siglo XX: no sólo se identificaron los elementos prodrómicos que más tarde desembocarían en la Segunda Guerra Mundial, sino la violencia del conflicto y el enfrentamiento sobre el terreno entre los dos bloques ideológicos que estaban caracterizando la primera mitad del siglo (los regímenes totalitarios fascista y nazi por un lado y la estructura socialista y comunista por el otro) ha llevado a algunos historiadores a considerar el largo período que desde 1914 traerá a

---

<sup>3</sup> En marzo de 2003 se estrenaría una de sus obras postumas (*Por Amor A La Verdad*), que recoge pensamientos, reflexiones y vivencias personales y que supone casi un testamento literario y espiritual de Gironella.

<sup>4</sup> Real Decreto 59/2003 de 13 de enero 2003.

1945, como una Guerra Continental de los Treinta Años <sup>5</sup>. La guerra civil española, que supone un importante punto de inflexión en esta tensión europea, supuso un choque eminentemente ideológico: ambos bandos (los voluntarios de las Brigadas Internacionales y los nacionalistas, inervados por tropas "no oficiales" de Italia y Alemania) se encontraron en afiliación ideológica, más que en la nacionalidad, la razón última de la lucha.

La guerra es a menudo también un teatro de encuentro y una ocasión para la reflexión y la memoria, y por ello se suelen producir una serie de importantes experiencias literarias. La guerra civil no fue una excepción: basta pensar en el célebre *Por quién doblan las campanas* de Hemingway, publicado en 1940. Para los escritores españoles, también fue una oportunidad para reflexionar sobre su propia historia nacional y sobre una identidad que la guerra civil había tensado, evaluando sus efectos tanto desde una perspectiva individual como comunitaria.

Hemos visto que Gironella había comenzado a ganar confianza con la escritura precisamente durante el período del conflicto. Su proyecto literario contemplaba la creación de un gran fresco histórico y novelesco, en el que la guerra civil asumía un valor central: tanto *Los cipreses creen en Dios* (dedicado al período anterior a la guerra civil) como *Un millón de muertos*, van precedidos de "aclaraciones indispensables": aclaraciones que el autor juzga necesarias para delimitar el contexto en el que se sitúan sus personajes y en definitiva el mensaje íntegro de su obra.

Uno de los temas más analizados por la crítica, y también objeto de cierta reflexión personal del propio Gironella, está vinculado a la cuestión de la imparcialidad de su relato. Su trilogía, concebida de manera rigurosamente cronológica, que arranca con la proclamación de la segunda república (14 de abril de 1931), trata sobre la catástrofe de la guerra y luego ahonda en las consecuencias que ha tenido haciendo un recuento de las profundas secuelas que ha dejado en la sociedad española. Gironella, trasladando a la novela un largo y dramático proceso histórico y social, trató de describir la evolución de la sociedad española, alegando hacerlo con "imparcialidad". Un aspecto problemático, evidentemente, dada la experiencia de primera mano del

---

<sup>5</sup> Cardini F. (2015), "La lezione della Prima guerra mondiale, un secolo dopo", *Identità Europea*. <http://www.identitaeeuropea.it/?p=3366>.

autor. Así, en la primera novela de la trilogía priman una serie de analogías entre la narración y la realidad.: un aspecto que el propio Gironella había destacado en su Aclaración:

«(...) en todo el territorio se dieron circunstancias *análogas* o *equivalentes a las relatadas a lo largo de estas páginas*»<sup>6</sup>.

Algunos de los críticos señalaron que la declarada imparcialidad del autor era un aspecto a considerar con cautela -si no es que con recelo- a la luz de su militancia entre las filas franquistas: no faltaron las polémicas y las reacciones a la publicación de su novela de alguna manera obligó a Gironella a revisar su posición. Sostuvo que su experiencia personal del conflicto era totalmente compatible con la imparcialidad a la que aspiraba, sobre la base de tres elementos que se conjugaban entre sí: la aplicación de técnicas narrativas, una rigurosa documentación histórica y cronológica de los hechos y, finalmente, un factor ético (decididamente el más problemático de evaluar) ligado a su aptitud para “[...] amar *sin distinción a cada uno de los personajes [...] fusen asesinos o ángeles*”<sup>7</sup>.

Sin embargo, en la última parte de su trabajo, Gironella pareció aceptar finalmente su experiencia humana y la inevitable subjetividad. La crítica subrayó reiteradamente la falta de objetividad de su reconstrucción y, sin embargo, Gironella propuso una reflexión sobre la interpretación de sus novelas que nunca cuestionó el marco general: el de describir un marco histórico y social caracterizado por el deseo de ficcionalizar la historia de verdad en todas sus dimensiones. Es por ello que nunca habló de objetividad, prefiriendo abordar el tema de la imparcialidad de su relato. Y, de hecho, también hay que señalar que la obra de Gironella provocó una ruptura ideológica en la España en los años 50, atestiguada también por el recelo con el que su primera novela de la trilogía era vista por la censura (que, como hemos dicho, accedió a publicarlo sólo para no dar a España la imagen de un país iliberal que censuraba el pensamiento de los intelectuales). Gironella es, de hecho, el primer autor español que, respecto a los hechos de la guerra civil, saca a relucir el punto de vista de los vencidos, que por primera vez llegaba a la atención del gran público, aunque en forma de novela. Así, Gironella se

---

<sup>6</sup> Aclaración indispensable, *Los cipreses creen en Dios* (1953), Planeta, Barcelona, p. 9

<sup>7</sup> Aclaración indispensable, *Un millón de muertos* (1961), Planeta, Barcelona, p. 9

distancia claramente de toda esa rica producción narrativa que definió como "fanática", caracterizada por la exaltación del poder y la satanización de un "enemigo interno considerado exclusivamente en su peor versión".<sup>8</sup>.

Y sin embargo, la voluntad de narrar tanto las vicisitudes de los vencedores como las de los vencidos no se presta, para Gironella, a ser un instrumento de propaganda ideológica. Los críticos llegaron a esta conclusión siguiendo dos consideraciones principales. La primera está ligada al hecho de que la primera novela de la trilogía tiene en su núcleo cierto componente autobiográfico que luego encaja en un cuadro general; el segundo -y es probablemente el aspecto más importante- está ligado a una interpretación política de la obra. Gironella militó del lado de Franco, y esto provocó críticas de imparcialidad (y falta de pasión) por parte de algunos críticos; pero también es innegable que en realidad las más duras críticas en su contra procedían precisamente de esa parte que se le acusaba de representar y de alguna manera justificar. De hecho, los políticos de su derecha contemporánea no aceptaron la búsqueda de "imparcialidad" que de hecho perseguía Gironella, porque consideraban del todo inaceptable que los protagonistas de los dos bandos fueran tratados de la misma manera en su descripción moral y humana.<sup>9</sup>.

Desde el punto de vista de la reconstrucción social e histórica de la España de entre las dos guerras mundiales, algunos autores han destacado el uso de las definidas como *leyendas negras*: son aquellas que habían sido definidas por Julián Juderías como "*Las descripciones grotescas que siempre tienen el carácter de los españoles como individuos y como colectividad* <sup>10</sup>". En Gironella, estas caracterizaciones del carácter español no nacen con la guerra civil, sino que representan algo más arraigado y antecedente a ella. Los utiliza sobre todo con dos propósitos: el de restar relevancia a la opinión que los extranjeros tienen hacia los españoles y el de dar una justificación al estallido de la guerra civil, citando como factor contribuyente el carácter de sus compatriotas.

---

<sup>8</sup> Fillière C. (2006), "*De la buqueda de la novela total al encuentro del éxito masivo: la trilogía de José María Gironella y su trayectoria como objeto predilecto de la historia cultural*", cit. pp. 287-288.

<sup>9</sup> Delibes M. (s.d.), "José María Gironella comentado por Miguel Delibes, cit.

<sup>10</sup> Juderías J. (1917), *La leyenda negra: estudios acerca del concepto de España en el Extranjero*, Araluce, p. 24.

Un ejemplo significativo, también para enmarcar correctamente la obra dentro del proceso de traducción, está vinculado a los episodios en los que Gironella expone la opinión que los extranjeros tienen hacia los españoles. Se trata, en muchos casos, de una enumeración de prejuicios que se expresa a través de declaraciones lacónicas que, lejos de representar realmente lo que se pensaba de los españoles en el resto de Europa, produce el efecto de una generalización: propia del lenguaje hablado, pero que en una obra literaria de hecho impide la profundización de un tema específico. Gironella demuestra que las utiliza sobre todo para circunscribir y limitar el juicio que los extranjeros dan sobre los españoles: no se molesta en definir si tienen o no fondo de verdad, sólo necesita estigmatizar la falta de reflexión de muchos autores con respecto al carácter de los españoles<sup>11</sup>.

Más interesante aún es el segundo uso de las *leyendas negras*, también porque incide en la interpretación (política e histórica) de la guerra civil y en cierto modo la justifica. También en este caso no faltan declaraciones sumarias y lacónicas propias del proceso de acumulación caótica y relativa en particular al carácter instintivo y poco proclive a la obediencia del pueblo español. Entre los ejemplos, podemos citar el juicio pronunciado por Vasilev

“[...] *En España hay tanta impaciencia, que el que consiga dominar sus nervios y hacer las cosas con serenidad acabará adueñándose del cotarro*”,

o el juicio igualmente agudo de Axelrod

“[...] *En opinión del abajo firmante, el pueblo español es por sí [...] indisciplinado*”<sup>12</sup>.

Sin embargo, Gironella sobre este punto parece querer dar una mayor profundidad de análisis. De hecho, entre los personajes de sus novelas introduce el del Doctor Relken: es un alemán expulsado de la Alemania nazi y refugiado en Gerona y, en el esquema narrativo de la saga, es el único personaje no español que tiene un papel fuera del contexto bélico, apareciendo ya en las páginas de *Los cipreses creen en Dios*.

---

<sup>11</sup> Polverini S. (2011), “Leyendas Negras al servizio della guerra civile spagnola in José María Gironella e Arturo Barea”, *Leyendas Negras e leggende auree*, Alinea, pp. 401-412.

<sup>12</sup> Ambas le citas están tomadas de *Un millón de muertos*, cit., respectivamente en pp. 79 e 379.



A diferencia de las situaciones de acumulación caótica que acabamos de destacar, las intervenciones de Relken estimulan la reflexión del lector, que de algún modo comprende su autoridad. Su posición -que utiliza Gironella para justificar la guerra civil- sería en sí misma bastante genérica: cada raza, afirma Relken, tiene sus inclinaciones y los españoles son ciertamente instintivos; pero, en definitiva, la barbarie es una actitud que, en relación con los estímulos recibidos, puede afectar a todos para vivir en todos los pueblos. Y sin embargo, por genérica que sea, esta posición es creíble para el lector: viene de fuera y se presenta con una fuerte dosis de objetividad.<sup>13</sup>

Como hemos dicho, Gironella nunca se aventura a intentar rebatir los prejuicios derivados de *las leyendas negras*, casi como si este aspecto fuera efectivamente aceptado e inherente a la naturaleza de los españoles.

### 1.2.3 *La trilogía Alvear*

La primera novela de la trilogía, *Los cipreses creen en Dios*, es también la que ha cosechado mayor éxito literario: traducida a muchos idiomas, ha vendido un total de cinco millones de ejemplares y por ello es considerada el primer auténtico superventas de la literatura española moderna.

El hecho de que la censura franquista, a pesar de que el autor no fuera sospechoso de simpatías republicanas y tuviera una clara militancia nacionalista, hubiera impedido su publicación en España, pudo haber sellado el destino del libro. Y en cambio este incierto debut determinó su fortuna: de hecho se publicó en Francia y probablemente también gracias a una hábil acción de marketing (el libro se vendió con una banda con la inscripción "Censurado en España") aumentó las ventas y el éxito editorial. Las autoridades franquistas, que hasta entonces habían concedido a regañadientes permiso para publicar novelas ambientadas en el contexto de la guerra civil, sacaron provecho de una mala situación y permitieron su publicación; precedido por su éxito en Francia, el libro también disfrutó de un excelente éxito editorial en el país. En 1959 se publicó una traducción italiana de Longanesi (*I cipressi credono in*

---

<sup>13</sup> *Un millón de muertos*, cit., pp. 114-115. Es interesante notar como esta vez el personaje lleva a cabo un razonamiento complejo que ocupa un espacio textual mucho mayor, permitiendo así al lector desarrollar una reflexión autónoma. Polverini S. (2011), "Leyendas Negras al servizio della guerra civile spagnola", cit., p. 405.

*Dio*) que hasta el día de hoy es la única obra de Gironella traducida e impresa en nuestro país.

El libro narra la historia de la familia Alvear en el período que va desde el advenimiento de la llamada Segunda República en 1931 hasta el comienzo de la guerra civil en 1936.

Como hemos referido, en este primer trabajo es posible rastrear muchos puntos en común con los acontecimientos biográficos de Gironella, partiendo del escenario catalán, en la ciudad de Gerona. El protagonista de la novela, Ignacio Alvear, también presenta algunas características en las que es posible reconocer los acontecimientos biográficos de la adolescencia del escritor: el padre del protagonista es madrileño, mientras que su madre es católica vasca, lo que evoca la estructura familiar de origen de Gironella. Incluso el proceso de construcción del personaje tiene, en cierta medida, un fuerte vínculo con el autor: su crecimiento humano y político se inserta de hecho en un contexto social que a Gironella le resultó familiar porque lo vivió en primera persona tanto en relación con los acontecimientos de la política española, ambos en relación con el contexto catalán específico.

En el proceso de formación política, Ignacio pasa por varias etapas: la socialista, que le lleva a abrazar la causa de una España republicana que, además, había absorbido de su padre; la anarquista, en la que recibe influencias del primo de su madre y que lo llevan a abrazar la lucha libertaria. Sufre entonces la fascinación del ideal comunista, al que es introducido por un empleado bancario con el que comparte su actividad laboral y en el que reconoce la atracción representada por la ideología y por un gran poder organizativo. Finalmente, arrastrado por su hermana, Ignacio se hace falangista. Del relato narrativo que define el camino formativo de Ignacio, son relevantes dos aspectos, uno relativo al personaje y otro relativo a las expectativas narrativas que Gironella deposita en el propio Alvear. En el desarrollo de las diversas fases de su crecimiento político, en efecto, Alvear adopta una u otra posición a partir de una solicitud externa: el padre, el primo de la madre, la hermana, un colega, en fin, un microcosmos de personas. que interrumpen varias veces un camino iniciático hacia una u otra ideología (hasta por supuesto el punto de inflexión falangista final) que es también la representación concreta de cómo la situación política española expuso a los individuos a una serie de

fuerzas, a menudo de signo contrario, en cuanto a la necesidad de “tomar una posición”. Este aspecto remite directamente al segundo punto relevante. La búsqueda de la imparcialidad, que Gironella siempre ha declarado querer llevar a cabo y de la que ya hemos hablado, está, de hecho, muy destacada en la historia de los Alvear y de Ignacio en particular.

Por supuesto, declarar una posición de algún modo "neutral", con respecto a las ideologías políticas de la época (aunque entendida como un recurso literario de una novela que claramente quería ceñirse a la veracidad de los hechos) era un elemento que no podía ser tolerado por el franquismo: el camino de los pasos ideológicos que configuran la personalidad de Ignacio fueron vistos, pues, con cierto recelo, también porque esas ideologías, aunque formalmente, habían desaparecido del panorama político de la España franquista.

El gran éxito del primer libro de la saga motivó la publicación, en 1961, de *Un millón de muertos*. Siguiendo una estricta secuencia cronológica, esta segunda obra adentra al lector en plena guerra civil, durante la cual los Alvear conocen las atrocidades del conflicto que ha dividido a un pueblo y pagan su tributo de sangre.

La última parte, *Ha estallado la paz*, se publicó en 1966 y relata las consecuencias de la guerra civil y el retorno de España a las antiguas tradiciones, pero también de la paz impuesta por los vencedores a los vencidos. En comparación con las dos obras anteriores, el libro de 1966 tiene una connotación más triunfalista, aunque sin excesos: lo que en todo caso no dejó de atraer la observación de una parte de la crítica y de algunos intelectuales y escritores que, habiendo servido en el bando republicano, se habían visto obligado a exiliarse, como Arturo Barea, con quien Gironella encontró el camino para abrir una polémica a distancia<sup>14</sup>. El mayor intimismo y la mayor profundidad psicológica del libro ponen de manifiesto, sin embargo, más allá de los esfuerzos por narrar los hechos con imparcialidad, las convicciones ideológicas del autor: que aunque Gironella hubiera declarado que amaba a todos los personajes por igual, probablemente los había subestimado al igual que la selección de los hechos a narrar, el tono de la narración y la propia investigación historiográfica que es la base de sus novelas, delatan su posición política. Matices quizás, porque el trabajo de análisis y

---

<sup>14</sup> Polverini S. (2011), “Leyendas Negras al servizio della guerra civile spagnola in José María Gironella e Arturo Barea”, cit. pp. 406-410.

la búsqueda del equilibrio entre las partes era un objetivo declarado de Gironella, pero imposible de eliminar por completo.<sup>15</sup> Y, sin embargo, esa investigación encubría en sí misma una imposibilidad de lograr una verdadera imparcialidad: porque las fuentes en las que Gironella se basó para la construcción de su escenario (declaró que siempre se había apoyado en testimonios escritos, fueran periódicos, ensayos o documentos originales, evitando los testimonios orales e incluso sus propios recuerdos, que consideraba engañosos) eran sin embargo una expresión de las posiciones de los vencedores. Así, en algunos pasajes, la terminología y también la forma de esquematizar los episodios, se ven afectadas por su visión política. Como bien se ha señalado

*Lo que Gironella silencia o ignora ingenuamente es que todo tipo de clasificación está supeditada al mensaje que el autor quiere transmitir, ya que la funcionalidad o inutilidad de un hecho reflejan juicios de valor dependientes de la intención primaria del escritor. En un segundo tiempo, los hechos que superan esta primera selección adquieren un peso y un espacio narrativo específico que no puede dividirse por igual<sup>16</sup>.*

La trilogía de los Alvear se vio finalmente enriquecida con un último capítulo veinte años después de la publicación de *Ha estallado la paz*, transformándola efectivamente en una tetralogía. Con *Los hombres lloran solos* Gironella cierra de hecho un círculo cronológico, narrando la historia de la familia Alvear hasta el final del régimen, que se produce en 1975 con la muerte de Francisco Franco. En 1994, Gironella había declarado que quería continuar la epopeya de los Alvear y que se marcaba como meta dos partes más que debían contar la historia de la España posfranquista. Sin embargo, la saga se detiene con el libro de 1986, señalando cómo el corazón de la obra está de hecho vinculado a la guerra civil.

Toda la epopeya de los Alvear tuvo un éxito editorial sin precedentes en España y en toda Europa, y se estima que en total se vendieron más de seis millones de libros. Este dato llevaría a considerar a la trilogía como una de las obras literarias más importantes de la literatura española. En cambio, especialmente tras el fin del

---

<sup>15</sup> Polverini S. (2013), *Letteratura e memoria bellica nella Spagna del XX secolo*. José María Gironella e Juan Benet, Firenze University Press, pp. 22 e ss.

<sup>16</sup> Ivi, p. 22.

franquismo y el inicio de una nueva etapa democrática para España, la obra de Gironella fue objeto de un doble prejuicio. El primero es ideológico y lo hemos mencionado varias veces: Gironella fue etiquetado primero como escritor simpatizante del régimen, luego como escritor católico; el segundo prejuicio es esencialmente estético y concierne a su estilo de escritura, generalmente considerado de forma negativa y unido en ello por un juicio similar que lastró a todos los escritores que habían exaltado el franquismo, estigmatizados así no sólo desde un punto de vista político, pero también desde un punto de vista literario<sup>17</sup>.

La fase final de su vida se caracterizó así por un fuerte aislamiento y por una condición de grave precariedad económica, que de hecho le había obligado a vender una tras otra todas sus propiedades. Su muerte provocó una reacción entre intelectuales, novelistas e historiadores, que, tras haber silenciado su obra, se preocuparon de exaltarlo como un gran escritor, sin renunciar nunca, sin embargo, a subrayar su apoyo al régimen franquista.

#### *1.2.4 Los hechos y los personajes*

*Los Cipreses creen en Dios* se divide en cinco partes que narran la vida de la familia burguesa Alvear desde el momento de la proclamación de la República en 1931 hasta el levantamiento militar contra ella en 1936. El jefe de familia es Matías, un hombre enteramente leal a la república moderada; está casado con Carmen, con quien tiene tres hijos: Ignacio, Pilar y César. La historia de la familia Alvear se sitúa en un contexto social y político complejo, que describe sus relaciones sociales incluyendo las relaciones con personajes portadores de diferentes ideologías. A través de cada uno de los miembros de la familia, el autor cuenta la historia de cómo España se escindió progresivamente en dos facciones, describiendo con realismo político e histórico el entrelazamiento de los acontecimientos políticos con la afirmación de ideologías que, desde una fase de convivencia relativamente pacífica, acabó alimentando un profundo odio que está en el origen de la tragedia de la guerra civil.

---

<sup>17</sup> Fillière C. (2006), “De la budqueda de la novela total al encuentro del éxito masivo: la trilogía de José María Gironella y su trayectoria como objeto predilecto de la historia cultural, cit. pp. 305-306.

En la obra se explica la génesis de la Guerra Civil: página tras página, la hostilidad entre las diferentes facciones toma cada vez más terreno y demuestra cómo ambos bandos se habían dejado arrastrar a una espiral de odio en la que caían incluso personalidades moderadas: estos, tras una serie de intentos por encontrar un punto de síntesis entre las diferentes ideologías, no pudieron evitar ver cómo su moderación acababa siendo considerada una traición y al final no les quedaba más remedio que aceptar el conflicto o entrar en exilio.

*Los Cipreses creen en Dios* está considerada como una de las mejores crónicas relativas a la Segunda República y a la Guerra Civil española. Es un retrato extraordinario de cómo en un breve espacio de tiempo, sin más motivo que el ideológico, las personas han reconfigurado por completo su vida en un plano puramente ideológico, haciendo depender sus relaciones familiares o de amistad de la afiliación política. Es este contexto el que determina el estallido de la guerra civil, en el apogeo de un clima de odio generalizado en el país, que no pudo encontrar una salida según reglas que no fueran violentas.

*Un millón de muertos* continúa la historia de la familia Alvear, esta vez contada en medio de los acontecimientos de la guerra civil. Matías y su mujer Carmen Elgazu, junto a sus hijos Ignacio y Pilar, están en el centro de gran parte de la acción, pero los personajes parecen casi secundarios frente a la tragedia que envuelve a toda España. Tanto Ignacio como Pilar estarán implicados (directa o indirectamente) en la guerra. La novela describe el camino que lleva a los protagonistas a madurar -también por los hechos narrados en *Los cipreses creen en Dios*- la decisión de sumarse a la causa nacionalista y por tanto a participar en la guerra del lado de los franquistas.

La primera parte del libro relata la formación y avance de las columnas de milicianos que partían hacia el frente: las escenas de guerra se alternan con las que describen la vida en el frente, en las que se pone de manifiesto cómo la ilusión, la falta de información y las dificultades de coordinación de las operaciones militares, fueron de hecho las características predominantes de las primeras etapas de la guerra.

Uno de los personajes que adquiere un papel importante en este libro es José, primo de Ignacio Alvear. Gironella describe su personalidad, sus convicciones políticas

anarquistas y la decisión final de unirse a las tropas republicanas, donde será conocido por sus inclinaciones anarquistas y acabará siendo capitán de milicias. El papel de José en esta parte de la saga es especialmente significativo: es protagonista, junto con Ignacio, de uno de los episodios más importantes del libro y en general de la interpretación del conflicto. De hecho, Gironella encomienda a José e Ignacio la tarea de afrontar y discutir el dilema de cómo las familias siguen siendo familias a pesar de las profundas divisiones que la guerra civil había impuesto. El trasfondo está representado por el tema de la opción: él segura y sin titubeos de José, cuya alma anarquista lo lleva a las filas de los republicanos; y la dolorosa opción de Ignacio, fruto de una larga elaboración. Ignacio, que tras haber conocido distintas orientaciones ideológicas y haber estado también comprometido con Marta Martínez de Soria, hija de un comandante republicano asesinado en 1935, decide unirse a los nacionalistas, evidenciando una ruptura ideológica con su prima, que también cavará un surco en sus experiencias familiares y personales.

El libro alterna los hechos en dos ciudades: Gerona, que representa el principal escenario de los acontecimientos, y Barcelona, donde Axelrod, Goriev y los demás personajes que luchan bajo la bandera comunista, son narrados en sus acciones represivas y procesos políticos. Un personaje ejemplar de esta escalada de violencia es Julio García, quien asumirá un papel decididamente despótico, tratando de abastecer de armamento a la República, a través de una serie de viajes al exterior. Sin embargo, Julio demuestra una humanidad que podría costarle la vida, ya que es él quien ayuda a Marta y a su madre a embarcarse y huir a la zona nacionalista, tras estar escondidas en casa de Ezequiel junto a uno de los sacerdotes de Gerona.

En cambio, gran parte de los eventos se desarrollan en Madrid: comenzando por el papel de Ignacio en un hospital, que contrasta con las vicisitudes de José Alvear y los sufrimientos de la mayoría de los militantes de las brigadas internacionales: todos temas a través de los cuales Gironella narra el clima dramático que se vivió en la mayoría de los hechos acaecidos en Madrid: el trabajo de Ignacio en un hospital, las aventuras de José Alvear, los sufrimientos de Polo Norte y otros bandoleros internacionales, son algunos de los personajes que utiliza Gironella para narrar el drama que se desarrolla en la capital.

Pamplona y San Sebastián también forman parte de las localidades incluidas en este gran fresco sobre la guerra civil. Es en estos lugares que Gironella describe la historia de Anselmo Ichaso donde se mueven algunos de los personajes que continúan sus aventuras en este segundo volumen. Anselmo Ichaso, junto a "La Voz de Alerta", tendrá un papel protagónico en el norte del país, en particular para organizar una red de espionaje a favor de las fuerzas nacionalistas.

Gironella, en el transcurso de la narración, no se limita a esbozar los perfiles y características de los personajes, sino que los inserta -gracias a una acertada perspectiva histórico-política- dentro de las facciones presentes en ambos bandos. Así, el libro describe los acontecimientos internos de la Liga Catalana, la izquierda republicana; a los conflictos que aquejan a socialistas, trotskistas y al movimiento anarquista, a la CEDA ya los comunistas. Y, por otro lado, el papel de los exponentes masónicos y promonárquicos, la Falange; y luego los despliegues militares, trae todas las facciones de ambos bandos en "*Un millón de muertos*". La Liga Catalana, la Izquierda Republicana, los socialistas, los trotskistas, el movimiento anarquista, la CEDA, los comunistas, los masones, los monárquicos, la Iglesia, la Falange; y finalmente las dinámicas más violentas, las de la guerra real, libradas no sólo entre españoles de distintas orientaciones políticas, sino también por extranjeros: las brigadas internacionales, en ayuda de las fuerzas republicanas, y las fuerzas armadas alemanas e italianas que apoyan a los milicianos. y el ejército nacionalista.

Así, aunque el título de la novela se caracteriza por cierta hipérbole, parece bastante claro que evoca una complejidad de lutos y catástrofes que ha caracterizado a todo un pueblo y ha condicionado las reglas de convivencia civil que lo habían caracterizado hasta ese momento.

Algunos críticos también querían ver en la novela una especie de etapa en la que Gironella quería estimular algunas reflexiones también sobre algunos hechos relacionados con la historia de la guerra civil. Como, por ejemplo, la secuencia de hechos que condujeron al decreto de unificación, o con los que Francisco Franco logró, tras el asesinato de José Antonio Primo de Ribera, unir el frente falangista con los carlistas y mitigar las tensiones presentes en todo caso. en el campo nacionalista. El Decreto de abril de 1937 dio lugar a la creación de un partido único, hecho que se narra



en su dinámica, pero dejando en un segundo plano cierta perplejidad respecto a la estrategia de Franco y Serrano Suñer, sobre la que Gironella deja entrever, no obstante, un juicio de poca fidelidad a los falangistas y el recuerdo de las ideas defendidas por José Antonio Primo de Ribera. Y, por supuesto, tampoco faltan las críticas al campo republicano: en la novela, Gironella ofrece una visión bastante real del fracaso de la gestión militar republicana, caracterizada por el desorden, la ausencia de mando y la descoordinación absoluta entre los distintos componentes que habían dado lugar a la coalición antifranquista.

A pesar de algunas críticas veladas al régimen, Francisco Franco pareció apreciar la obra de Gironella: "Esto sí fue la Guerra" es el famoso comentario del dictador al comentar el segundo libro de la saga Alvear.

Con *Ha estallado la paz*, Gironella aborda el tema de la reconstrucción de los lazos sociales, políticos y civiles en el período posterior al final de la guerra española. El libro destaca muy bien la dificultad de los españoles para dejar atrás un largo período de odios y divisiones. Una guerra civil es, si cabe, peor que una guerra entre dos estados no solo porque los actos de violencia se consumen contra personas que se conocen y que quizás hasta hace poco eran amigos, sino también porque socavan una sociedad. Mientras que al final de una guerra "ordinaria", cada una de las partes inicia un proceso de reconstrucción interna (no sólo física, sino también moral: aspecto que pasa también por una reelaboración del duelo), al final de una guerra civil es cada vez es más difícil redescubrir la cohesión social: las secuelas, los odios, las hostilidades, las sospechas permanecen sobre el terreno durante mucho tiempo y la reconciliación entre quienes lucharon en los dos lados diferentes de la barricada es un proceso largo. Al final, De Gaulle había visto bien lo que había argumentado de que lo peor de una guerra civil es que al final nunca hay paz.

*Ha estallado la paz* trata de narrar precisamente este camino difícil y tortuoso, en el que conviven el resentimiento de los vencidos y la soberbia de los vencedores. En la tercera novela de la serie, Gironella no parece interesarse tanto en describir la destrucción física provocada por la guerra, sino en las consecuencias que ha causado en el alma de los personajes. "¡Los que luchaban eran hermanos!", escribe Gironella. Y

este parece ser el elemento decisivo que - a través de un recorrido literario más íntimo que en obras anteriores.

Es importante subrayar dos últimas anotaciones, también en la perspectiva de una obra de traducción, en *Ha estallado la paz*. El primero está relacionado con el hecho de que Gironella nunca utiliza el término "régimen" para indicar el nuevo rumbo de la *política* española, sino que utiliza una serie de perífrasis. A menudo no se limita a utilizar la palabra gobierno, como cabría esperar de un escritor considerado franquista. En *Un millón de muertos* utilizará una larga perífrasis:

*"[...] el establecimiento, en nuestro país, de un sistema de hechos y actitudes espirituales que sigue con plena vigencia"*

mientras que en *Ha estallado la paz* será más escueto, pero probablemente menos "prudente", definiendo al franquismo:

*"[...] la etapa histórico-política iniciada en 1939 [que] no ha concluido todavía"*<sup>18</sup>

El segundo elemento que es importante destacar relativo al tercer episodio de la saga Alvear está relacionado con la recepción de la obra. Por un lado, en efecto, la escritura más "familiar" e íntima, más concentrada en los retratos de los personajes (y sobre todo, la eterna ambigüedad de Ignacio Alvear), provocó una actitud más suave de la crítica, pero también una menor éxito de público: así lo indicaría el número de ediciones, que se detuvo en las 19 reimpressiones (*Los cipreses creen en Dios* había tenido 70, mientras que *Un millón de muertos* había recibido 33), lo que indica una disminución del interés con respecto a los temas planteados por Gironella<sup>19</sup>.

### *1.2.5 Sobre la familia Alvear, protagonista de la obra*

Matías Alvear es el padre de familia. Madrileño, representa la España republicana, comprometida en un proceso de lucha por el progreso social.

---

<sup>18</sup> *Ha estallado la paz*, p. 9.

<sup>19</sup> Polverini S. (2013), *Letteratura e memoria bellica nella Spagna del XX secolo. José María Gironella e Juan Benet*, p. 15.

Matías es simpatizante socialista hasta que pierde a unos de sus hijos. Eso le hace caer en el conformismo y en la religiosidad, que le llevan a apoyar a los nacionales. Carmen Elgazu Alvear, su esposa, representa la España conservadora y religiosa. De origen vasco, Carmen expresa la intransigencia y el fanatismo de una parte de la población que condena toda novedad social y científica, movida por la ignorancia y el miedo. En este matrimonio la hibridación de las dos Españas permite integrar de manera carnal y simbólica la escisión nacional en las criaturas de la ficción, y se prolonga con los tres hijos nacidos en Malaga. La hija menor, Pilar, es una joven honesta y modesta, que reproduce el modelo materno católico e intransigente, y que se alinea en las opiniones del marido falangista. César es el hijo menor, un seminarista con vocación mística. Cesar es totalmente desconectado de la realidad social, y muere por haber querido salvar las hostias de una iglesia de Gerona. El hijo mayor, Ignacio, reúne en sí los dos polos opuestos. Es un joven de clase media sorprendido por los acontecimientos y la amplitud de la violencia nacional. Ignacio representa una generación inquieta y sin formación política, y atraviesa los espacios y los grupos sociales a fin de entenderlos y de entenderse a sí mismo. La familia Alvear resulta ser un microcosmo espiritual e ideológico que funciona como punto de unión entre los mundos novelescos y reales. El valor simbólico de la familia y de la fraternidad está elevado a nivel nacional a partir de la analogía con la fraternidad bíblica formada por Caín y Abel.

## 2– I TESTI TRADOTTI

### 2.1 Los cipreses creen en dios

#### Traducción

CARMEN ELGAZU ERA INDIGNATA. Lo spettacolo che José aveva dato sulla Rambla l'aveva sconvolta. Non poteva andarsene senza che le dicessero: «Caspita, Donna Carmen, sembra che la tua famiglia abbia un carattere irascibile. Si chiedeva se potesse sopportare ancora per molto una situazione del genere.

Fortunatamente, José sembrava voler rendere le cose più facili. All'ora di cena non disse niente, e neanche la mattina dopo. Ma appena vide che il bernoccolo in testa non era niente di importante, decise di andarsene. Aveva capito che le cose si stavano mettendo male. Non dava peso alla manifesta ostilità di Carmen Elgazu; ma che il suo stesso zio gli dicesse: «Se solo sapessi quello che vuoi...»

Una cosa gli dispiaceva: separarsi da Ignacio. L'aveva preso in simpatia. Pensava che in lui ci fosse la stoffa dell'anarchico. Con tanto da rifinire, naturalmente, e uno strano orgoglio personale. Bisognava fargli leggere molto Bakunin e molti manuali di Bergua. E meno crocifissi in capo al letto... Ma, comunque, il ragazzo sentiva che il mondo era ingiusto e questo era l'importante.

Ma era necessario partire. Questo disse a tutti, all'ora di pranzo. Matías era perplesso. «Rimani solo otto giorni? Ne mancano ancora due...» Non riuscì a convincerlo.

–Mi dispiace averti infastidito ieri, ma ho pensato che fosse mio dovere.

Neanche Ignacio ottenne qualcosa.

–Niente! Niente! Allora vattene a Madrid!

Il treno partiva alle cinque e mezza. Ignacio approfittò di quelle tre ore per stare con suo cugino. Parlarono molto, con grande cordialità.

–Ti vedo sposato con quella ragazza, la figlia dell'avvocato!

–Non crederci.

Ignacio chiese:

–Cosa farai ora a Madrid?

–Il solito.

–Farai qualche lavoro?

–Quello che capita.

Poi parlarono della famiglia di Burgos e Ignacio aveva scoperto che sua cugina, «la figlia di zio Dionisio», era bellissima e che era segretaria nell'Ufficio Territoriale del Governo.

–Tutta Burgos diventerà socialista - rise José.

–E il ragazzo?–chiese Ignacio.

- Beh... è un po' sciocco. Ma imparerà.

Matías gli aveva regalato diversi sigari per suo fratello Santiago.

Carmen Elgazu gli aveva preparato un sostanzioso spuntino. Pilar lasciò le suore mezz'ora prima, per poterlo salutare con un bacio. La strana valigia di legno – alleggerita del proprio contenuto– lasciò di nuovo la stanza e fu portata alla stazione.

Prima che il treno partisse, Matías disse, sarcasticamente:

–Saluta mia cognata, la dattilografa.

Mentre il treno partiva, Ignacio gli urlò:

–Scrivi! Raccontami di Madrid!

José era meno allegro di quando era arrivato. Era un sentimentale. Gli faceva male partire. Avrebbe voluto riscendere giù.

–Se non fosse per così tanti campanili!

–Lasciali in pace!

Si sentì un fischio.

–Saluta César!

–Da parte tua!

–Arrivederci! Arrivederci!

–Addio! Addio...! Il treno partì e le mani si salutarono finché non si persero di vista.

\* \* \*

Ignacio rimase solo. Appena tornato a casa sua, nella sua stanza, e vide che la valigia di José era scomparsa, così come il flacone di brillantina dal lavandino e l'occorrente per radersi, comprese esattamente la realtà. Capì che la partenza di José significava la fine di quelle vacanze improvvisate. Si sentì di nuovo messo di fronte alla realtà della sua vita: la Banca e l'Accademia.

Sarebbe tornato in Banca, sarebbe tornato a scuola. Qualcosa, però, era successo. Domenica pomeriggio, la sua solitudine divenne evidente. Suo cugino gli aveva lasciato un segno. Anche lui era stato in qualche modo colpito alla testa.

Tanta tensione lo aveva affaticato. Capì che la sua solitudine era grande, quando dopo cena si soffermò, per un piacevole momento, a contemplare un quaderno di disegni che aveva da

bambino: il prato verde, i tetti rossi. «Perché diavolo ho dipinto tutte le pecore di giallo?», commentò ad alta voce. Matias rispose con tono sarcastico: «La lana è oro, figliolo, la lana è oro». Era una serata lenta e magnifica, con Pilar addormentata accanto, i gomiti sul tavolo.

Entrando in Banca, il lunedì, fu accolto con sorrisi ammiccanti. E questo andò avanti per diversi giorni. «Accidenti, uno di questi giorni ti vedremo entrare nel Palazzo Vescovile per metterlo a ferro e fuoco.» Lo identificarono esattamente con José. Il vicedirettore non voleva sbagliare. «Niente. Niente. So che era tuo cugino e che l'hai accompagnato per senso del dovere.» Poi aggiunse: «E allora...? Ti è piaciuto il primo oratore?»

Gli era venuta la febbre del cinema. Voleva guardare film western. Si immaginava di stare a cavallo, e si augurava con tutto il cuore il trionfo dello *sceriffo*. Quando la sparatoria si faceva più intensa, pensava allo sparo che si era sentito sulla Rambla, e la Torre di Babele aveva affermato che il proiettile gli aveva sfiorato la testa.

Tra le persone che lo identificavano con José, vi erano chiaramente il Responsabile e il suo seguito. Incontrandolo per strada, lo salutavano come un amico. Anche con una certa riconoscenza, o almeno così sembrava; perché lo sciopero era stato un fallimento. I ferrovieri erano tornati ai loro martelli e le tre compagnie avevano riaperto senza che l'Ispettore del Lavoro avesse aderito alle richieste del personale. Soprattutto Blasco, l'«addetto alle pulizie» del Bar Catalogna, e lo Storpio, che vagabondava qua e là tutto il giorno, lo trattavano come un amico. Blasco, più grande, sempre col basco e lo stuzzicadenti tra i denti, lo invitò due o tre volte a fumare, quando lo incontrava nella sala del biliardo; anche se Ignacio aveva rifiutato. E in quanto allo Storpio, era ossessionante. Le croste sulle labbra, quando sorrideva, sembravano aprirsi. Era alto, magro. Aveva un guizzo folle negli occhi. Un giorno disse a Ignacio: «Uno colto come te ci farebbe proprio comodo».

Carmen Elgazu leggeva i pensieri del figlio e, alla prima occasione favorevole, gli fece una predica. Carmen Elgazu, il giorno del tumulto sulla Rambla, si era accorta di una cosa: c'era stato un momento in cui Ignacio sarebbe salito volentieri sul palco dei musicisti.

– Questo no, capisci? Questo no! Ti lasci trasportare dalla prima testa calda. Cosa vuoi, aggiustare il mondo? Non capisci che sei un moccioso? Ti meriteresti uno schiaffo. Servono persone come don Emilio Santos. Persone pulite e semplici. Se tutti fossero come lui, non ci sarebbero problemi; invece, se tutti fossero come José, dovrei curare un paio di dozzine di feriti al giorno. Mi dispiace per tuo padre, ma José è un povero infelice, né più né meno. E ora quello che devi fare è non pensare più a lui.

Ignacio ammirava molto sua madre. A volte il suo tono di eccessiva sicurezza lo disturbava, ma non c'era dubbio sul fatto che fosse una donna in gamba. In ogni caso, è possibile cancellare dalla memoria ciò che si vuole?

Suo padre gli disse:

–Ti rendi conto che tra poco hai gli esami?

Rispose:

–Non preoccuparti. Li passerò.

Ma si sbagliava. Non superò Filosofia, Scienze Naturali e Fisica. Giurò che aveva fatto un buon esame, che non poteva spiegare il suo fallimento.

Ci fu un grande trambusto in famiglia. Carmen Elgazu giunse semplicemente alla conclusione che aveva studiato poco e che nelle ultime settimane aveva pensato ad altro. Nuri, María e Asunción osarono appena salire le scale per vedere Pilar.

Ignacio sapeva che non era vero, che si era preparato bene. Da maggio, ogni sera si era concentrato sui suoi libri, rimanendo seduto in silenzio finché non si addormentava. «Giuro che ho fatto un buon esame! Lo giuro!»

Due giorni dopo aver ricevuto il risultato degli esami, entrò in casa con un'espressione agitata.

–Vedete? Tutti noi dell'Accademia Cervantes siamo stati bocciati in Filosofia, Scienze Naturali e Fisica.

Matías lo guardò.

–E cosa significa?

–Semplicemente–rispose Ignacio - I tre professori sono nuovi, nominati dopo lo Statuto, e hanno boicottato l'Accademia.

–Boicottato? Perché?

–Perché il preside si rifiuta di togliere il crocifisso dalle classi.

Matías capì che la spiegazione era plausibile. Tuttavia, chiese:

–E questo... come lo sai?

–Uffa! Il direttore è andato a protestare. È stato subito chiaro quali idee avessero. Insomma, lo hanno detto chiaramente. Soprattutto quello di Filosofia.

–Chi?

–Il professor Morales.

Pilar sentenziò:

–Quello...? Le suore ce lo dicono sempre, guai a noi se facessimo il liceo.

La notizia riconciliò Ignacio con la famiglia. Tuttavia, questo non risolse nulla; un altro segno del tempo in cui viveva.

–Bene, e cosa si fa adesso? – chiese Matías.

Ignacio aveva recuperato il morale.

–Ebbene, supererò gli esami a settembre. Studierò come un matto per tutta l'estate, vedrai. Non avranno altra scelta che promuovermi.

–Sì ma...

– Certo– aggiunse– il prossimo anno non parleremo più dell'Accademia Cervantes. Mi dispiace, ma questo sarà l'ultimo e non posso rischiare la bocciatura.

Il ragazzo diede prova di energia. La difficoltà lo stimolava. «A settembre sarò promosso.» Apprezzò la spontaneità con cui gli era uscita quella frase. Era così che voleva affrontare tutti i problemi che l'esistenza gli avesse posto davanti, quell'atteggiamento deciso che aveva adottato prima delle schede in bianco. Non gli sfuggiva che era quella la difficoltà, perché spesso pensava una cosa e poi ne faceva un'altra, distratto da qualcosa d'imprevisto.

Gli sembrava di vedere molto chiaramente i suoi difetti: era troppo impulsivo, come diceva sua madre; e si faceva anche influenzare. Secondo il modo in cui Julio s'infilava il cappello, gli sembrava che avesse ragione il poliziotto e non sua madre.

Secondo il modo in cui s'infilava il cappello... Gli sembrava di scoprire un dettaglio molto importante: che in fondo a colpirlo non erano le idee, ma le persone. Che seguiva le persone, non ciò che queste dicevano. La cosa era evidente pensando a José... Com'era possibile che, infatti, in un determinato momento, solo nel vederlo salire sul palco, avesse sentito l'impulso di saltare e partecipare alla distruzione del trombone? Cosa c'era in lui di anarchico, per fare una cosa del genere...? Riflettendo, vedeva parecchi punti deboli nella struttura mentale di suo cugino. Per dirla senza mezzi termini, le sue teorie non avevano né capo né coda; invece, la persona lo aveva colpito, il respiro che emanava da lei.

La stessa cosa accaduta con Julio, accadde con Cosme Vila... Eccolo lì. Non sapeva nulla di Marx; d'altra parte, Cosme Vila non aveva alcun interesse a catechizzarlo... verbalmente. Ma era attratto dalla persona di Cosme Vila, dalla sua fronte possente, dalla sua prematura calvizie, dalla sua aria insonne e lontana. Non distratto, come diceva Padrosa, ma al contrario, concentrato. Sempre solo nella minuscola stanza della corrispondenza, accanto alla lampada e alla sua macchina da scrivere. C'era qualcosa di religioso in lui, che attirava l'attenzione di Ignacio molto più di tutta la spavalderia e le spiegazioni della Torre di Babele.

Un altro esempio era l'impressione che lo sconosciuto con la ferita al mento gli aveva fatto, quando era entrato nella sala da pranzo. Sentì subito che non era un essere volgare. Scoprì qualcosa nel suo portamento, nei suoi occhi, irrequieti e scintillanti. Ed ecco, Julio lo confermò in seguito... Perché si scoprì che Julio lo conosceva. Lo sconosciuto si chiamava David Pol ed era un insegnante, un socialista e figlio di un suicida, proprio come sua moglie. Un uomo preoccupato, un po' tragico, barojiano con idee personali sulla pedagogia, a quanto pare.



Si rese conto che stava esaminando sé stesso. In fondo era vero che la Banca aveva rappresentato una grande esperienza. Quelle montagne di contanti della cassiera... Il giorno in cui vide gli operai concentrati sul Ponte di Pietra, si disse: «Cosa accadrebbe se buttassimo lì un paio di sacchi?» Sotto i loro nuovi berretti portavano i segni della vita dura. E la crudeltà dei dipendenti! Quella verso i Cattivi Pagatori, quando lessero i nomi dei commercianti che non avevano potuto far fronte ai loro pagamenti, dicendo: «Un altro che è caduto con tutta la squadra». Tutta la squadra? In questo caso la squadra era il negozio, era la famiglia. Sarebbe caduto con tutta la famiglia.

La domenica in cui era rimasto solo dopo la partenza di José, era tornato in Calle de la Barca. E lì, grazie allo Storpio, che lo invitò a bere, entrò in una strana osteria, vicino al bar Coccodrillo. A quanto pare, il padrone conosceva lo Storpio, perché gli aveva detto: «Ciao! Vieni su. Vedrai mia moglie, che non si è ancora alzata». Ignacio vide la scala così buia e squallida, con una lampadina che gli ricordava quelle del seminario e, senza sapere perché, tornò indietro ed uscì. Quella scala gli si era insinuata dentro molto più di tutti i discorsi. Gli sembrava di sapere perfettamente cosa c'era lassù. Eppure, quando dieci minuti dopo lo Storpio lo raggiunse e gli chiese: «Perché non sei venuto su?», e lui rispose: «Bah, immagino già di cosa si tratta!», lo Storpio lo guardò con un sorriso di indefinibile compassione.

—Quello che c'è lo sanno solo loro—commentò.

Ignacio sembrò aver capito. Gli sembrava che lo Storpio avesse ragione. Che proprio come lui, Ignacio poteva sapere—e non don Jorge o il responsabile—quanto è bello vivere in una famiglia come la sua—Alvear-Elgazu, con una madre che era contenta se uno stufato andava bene e un padre con la faccia di un angelo, quel giorno in cui aveva potuto ascoltare la radio senza interruzioni, che nessuno poteva sapere cosa c'era lassù senza viverlo. Che non bastava capirlo, e nemmeno vederlo. La cosa veramente terribile di quella scala doveva essere stata la quotidianità: salire e scendere le scale centinaia di volte, un giorno rendersi conto che un determinato gradino comincia a scricchiolare, a cedere, un altro giorno che la mano resta attaccata alla ringhiera con disgusto. Viverla: quella era la parola, e respirarla.

Tutto convergeva verso lo stesso centro: il popolo, il diretto, le viscere. E gli piaceva che fosse così. Impossibile concepire l'esistenza in altro modo. Julio stesso aveva avvertito José, parlando dello sciopero e dei lavoratori metalmeccanici licenziati: «Era stato impressionante vederli».

Ignacio si disse che quella doveva essere la causa, ecco perché le sue simpatie e antipatie erano così evidenti. Sembrava capire perché la presenza di Mosén Alberto lo turbasse; perché doveva esserci uno squilibrio tra le pratiche domenicali del sacerdote e le sue azioni, la sua vita quotidiana. D'altra parte, il suo affetto per il vicedirettore della Banca, pur essendo un uomo

modesto dagli occhi beati, era sicuramente dovuto al contrario: perché viveva le sue idee, perché accettava volentieri di crearsi dei nemici per la CEDA, affrontava le battute dei dipendenti e risparmiava da cinque mesi per poter regalare un ventilatore al Partito.

Questo forse lo aveva portato a non riuscire a penetrare il senso di nessuna dottrina, senza vederla incarnata da qualcuno. Quindi, probabilmente, gli sarebbe mancato il senso di molte parole che gli saltavano addosso incessantemente e che prendevano forma: per esempio, la parola comunismo.

No, il respiro della persona di Cosme Vila non gli bastava. Sarebbe stato necessario che lo vedesse agire...

Anche se, riguardo a Julio, gli accadeva qualcosa di singolare. Pensava che, in effetti, il poliziotto fosse un comunista. Qualcosa di istintivo gli impediva di crederci e di poterlo affermare... Non l'esame della dialettica del poliziotto - il metodo usato da José, né i viaggi di Julio a Parigi né i braccialetti di donna Amparo Campo. Il meccanismo deduttivo di Ignacio operava sempre in territori più poetici. Certo, il primo giorno in cui Ignacio ebbe l'intima certezza che Julio fosse comunista, fu per qualcosa di semplice, assurdo e probabilmente grottesco: il fatto che Julio avesse una tartaruga nel suo appartamento.

Ignacio era da solo, Julio parlava al telefono. Era rimasto un quarto d'ora a contemplare l'animale, lo vide avanzare senza sosta, con tenacia disperata, tra le gambe della sedia, costeggiando il tappeto, sempre nello stesso posto e poi un po' più lontano, con il suo universo sulle spalle... E pensò che Julio fosse comunista. E da allora ci aveva pensato molte volte. Quando l'animale rimaneva immobile per ore e ore, il ragazzo pensava: «Sta preparando un grande salto». E quando il suo padrone lo accarezzava o lo guardava sorridente, l'animale prendeva vita come un simbolo, nonostante donna Amparo provasse per lui un autentico orrore.

Il compagno di biliardo di Ignacio, Oriol, un ragazzo con la tubercolosi, dopo aver sentito questa storia gli disse: «Apprezzo che tu abbia questo tipo di sensibilità. Queste cose succedono anche a me».

Ogni volta che Ignacio aveva uno scontro—una lite in Banca, il fallimento di un progetto—si rifugiava nel biliardo. A causa della mancata approvazione, tornava da lui. E in quell'occasione scoprì nel suo compagno di giochi un essere nuovo. Cioè a dire, forse era quello di sempre, ma prima non gli aveva prestato molta attenzione: il suo compagno di biliardo era un ragazzo astuto, molto intelligente e di grande distinzione. Gli costò molto rendersene conto perché il ragazzo era silenzioso fino al punto di sembrare inattendibile. Solo di tanto in tanto diceva sorridendo: «Fondamentalmente il biliardo è una perdita di tempo». E allora Ignacio capì che il ragazzo giocava perché la sua malattia gli impediva di fare qualcos'altro di più importante.

Molte volte aveva pensato che le torture richieste dal biliardo dovessero danneggiare il suo amico. E, infatti, all'improvviso si stendeva sul panno verde, con il tallone immobile, e cominciava a tossire, e a quel punto la palla rossa sembrava sangue; ma non aveva mai osato dirglielo. Comunque, vedendolo adesso, pensò: «Non c'è dubbio che l'aristocrazia è un dato di fatto». E poi provò di nuovo un inspiegabile rancore.

Ma lo vinse. La primavera era così bella in città che solo guardarla era una gioia. Dagli abiti delle ragazze alla tonalità di verde della Dehesa, tutto invitava alla gioia, a crescere, ad andare avanti. A volte Ignacio, dopo cena, prima di andare a letto con i suoi libri di testo, chiamava Pilar e i due, con i gomiti sul tavolo, riempivano di colori le pagine dei suoi quaderni da bambino, che non erano stati colorati.

E Ignacio, che considerava la gioia un metallo più puro dell'oro, ora dipinse la pecora di blu.

\* \* \*

César lo trovò in questo stato d'animo. Santo Dio! Il ragazzo portò una ventata di allegria da Collell. Sembrava che entrando cancellasse l'immagine di José dalla soglia della porta e restituisse alla famiglia la sua vera ragione d'essere, regolare e umile.

Carmen Elgazu era infinitamente felice di vederlo. Alto! Decisamente alto! Con una faccia scontrosa, ovviamente. «Ma vedrai come ti tratta tua madre. Poverino, poverino! In un mese ingrasserai di sei chili.»

César aveva portato una lettera del Direttore, indirizzata a Matías Alvear. Questo lo incuriosì molto, perché era la prima volta che accadeva una cosa del genere: «Abbi cura di tuo figlio. Sviene spesso».

Matías non osò parlarne con la moglie. Invece lo disse a Ignacio e questi rispose, improvvisamente indignato: «Naturale! Fa cose stupide!»

–Quali cose stupide?

Ignacio gli raccontò del cilicio. Matías s'infuriò terribilmente. Chiamò il ragazzo, gli toccò la vita e lesse un'espressione di dolore sul suo volto. Poi lo schiaffeggiò.

–Ma...!

–Toglilo immediatamente! –César, muto e frastornato, andò in camera sua e cominciò a spogliarsi–Vediamo, dammi quello!

Matias prese il ferro tra le mani. Con la punta delle dita toccò le piccole punte. Non riusciva a capire: «Questa estate farai quello che ti dico! Meno Mosén Alberto e più...»

- Ma, papà... Mosén Alberto non ne sapeva niente.

Matías lo sentì a malapena. Lasciò la stanza, attraversò la sala da pranzo e gettò il cilicio di ferro di suo figlio nel fiume.

César rimase immobile, con gli occhi umidi. Ignacio andò a pettinarsi e se ne andò, senza dire una parola. Il seminarista non sapeva cosa fare, tutto ciò era molto duro e inatteso. Non voleva in alcun modo turbare i suoi!

Matías parlò con sua moglie, avendo cura di nasconderle l'incidente con il cilicio. Portarono il ragazzo dal dottore. Niente di preoccupante: «Portalo dall'ottico».

Così fecero e César apparve poche ore dopo indossando occhiali cerchiati d'argento. Che sospiro di sollievo fece il ragazzo quando scoprì che le sue vertigini e tutta la sua instabilità provenivano dalla sua vista!

Mosén Alberto si rivolse bruscamente a César. Gli diede ordini molto severi di non prendere alcuna decisione di natura fisica senza prima consultarlo.

César disse:

–Molto bene, padre; ma... io voglio perfezionarmi.

–Bene, è per questo! Obbedienza. Come sai cosa ti va bene? Ci sono quelli che indossano il cilicio perché in questo modo si sentono sotto copertura, o perché è più facile per loro obbedire.

César fu colto alla sprovvista, ma annuì con la testa.

Solo una lunga serie di ferventi comunioni riuscì a riportarlo alla sua calma. All'improvviso, lo schiaffo fece male, come se anche le dita fossero state fatte di ferro. Doveva aver dato un grande dispiacere a suo padre, per spingerlo a picchiarlo! Com'era possibile che un atto buono, o almeno con buone intenzioni, potesse avere conseguenze così gravi?

Matías non poteva sopportare di veder soffrire César. Ancora non capiva, ma entrò nella sua stanza e lo prese per un orecchio.

–Sai già cosa ti ho detto. Quest'estate riposati. Il massimo che ti lascerò fare è radermi di nuovo.

Fu un raggio di luce per César. Era chiaro che suo padre non voleva tarpargli tutte le ali. Doveva ancora convincere Mosén Alberto, che già l'estate precedente gli aveva detto:

«Ti ho proibito di avere dubbi!», e lo aveva inondato di tazze di cioccolata.

Il ragazzo traeva forza dalla debolezza, per parlare con il prete.

–Padre–gli disse. Non ho più niente, vede? –E si toccò il punto vita–Prometto anche che non andrò al cimitero né metterò sale nell'acqua. Prometto anche che obbedirò a tutti i miei superiori. Ma... volevo chiederle una cosa: che mi permetta di fare la barba...

Fare la barba...! Mosén Alberto ne era a conoscenza. Sapeva che durante l'inverno, a Collell, il ragazzo gli aveva dato il rasoio... Come negargli questo permesso...?

–Bene, vai pure e radi chi vuoi...! - E il sacerdote vide il seminarista precipitarsi giù per le scale e scomparire.

In fondo, Mosén Alberto aveva anche questo mentore: César. Nei suoi periodi di aridità spirituale, quando nei momenti più importanti della sua messa si vedeva distratto e vuoto, mormorando sante parole senza commozione davanti al calice, senza che tale routine impedisse che avvenisse il miracolo del Verbo fatto sangue, Mosén Alberto improvvisamente pensò: «Se al povero César fosse permesso di celebrare...» Era giunto alla conclusione che il desiderio di perfezionarsi di César non era lo stesso degli altri seminaristi dei primi corsi professionali. E questo lo portava a baciare l'altare con vivi desideri di contrizione e devozione.

Mosén Alberto si rese conto che, indossando la tonaca, non aveva perso ogni attaccamento umano. I suoi hobby artistici avevano un senso di frivolezza. E gli piaceva essere lusingato, e in quel momento si sentiva felice perché forse lo avrebbero nominato maestro di cerimonie in Cattedrale. La sua disgrazia a volte era stata questa: essere il primo della classe durante i quattordici anni di professione. E vedere che tutti lo consultavano sulle cose: le monache, le signore, i giovani vicari. E sua madre! Sua madre lo trattava con infinito rispetto, come se invece di suo figlio fosse veramente il suo re. La madre, bassa ed emaciata, con un immenso scialle nero sulle spalle, faceva qualche gita dal paese a Gerona, approfittando quasi sempre del calesse di qualche contadino che scendeva al mercato. E quando arrivava al Museo e veniva accolta da suo figlio, alzava la testa per guardarlo e prendergli le mani, per baciargliele. E poi guardava il Museo con occhi colmi di ammirazione. Aveva occhi minuscoli, che sembravano sempre ridere anche quando piangevano. E poi si confessava a lui... *Ego te absolvo in nomine Patris*. Com'era possibile che potesse perdonare i peccati della sua stessa madre?

Una cosa lo consolava: forse Carmen Elgazu provava le stesse emozioni davanti a César... Tuttavia, la differenza era che non aveva mai chiesto a nessuno il permesso di fare la barba.

Questo fu il grande trionfo di César. Ricevere a metà mattina una valigetta nuova fiammante che conteneva tutto il necessario per quel compito: spazzola, sapone, rasoio e tagliacapelli! Con una lettera di Mosén Alberto.

Carmen Elgazu era incredibilmente commossa, disse Matías Alvear, esaminando la lama affilata vicino alla finestra: «Più di una volta mi raderò io stesso con questo aggeggio». Pilar s'impossessò del tagliacapelli e si divertì per mezz'ora ad inseguire tutti: «Cre, -cre-cre-cre-crec..., cre-cre-cre-cre-cre-crec.....»

E poi tutto fu facile. Alle tre del pomeriggio César, a grandi passi, leggermente curvo e scuotendo la testa, si diresse verso Calle de la Barca. È vero, Raimundo, con i suoi baffi orizzontali, sembrava più un barbiere, rispetto a lui, con i suoi occhiali con la montatura d'argento. Questo,

almeno, è quello che disse Matías. Eppure, César, per battere la concorrenza, aveva diversi elementi a suo favore: dedizione al lavoro, lavoro a domicilio e prezzo. Chiedeva solo che le barbe crescesse presto, in modo da poterle radere di nuovo.

Non conosceva nessuno alla Barca, né nei dintorni, ma Ignacio gli aveva detto: «Parla con il padrone del Coccodrillo».

E fu un successo. Il padrone, con il suo minuscolo cappello, il calicò e il pancione, scoppiò a ridere quando lo vide.

–Radere...? Vecchi...? Malati...? Ma... ehi, sei matto o cosa?

César lo guardò senza battere ciglio e poi, appoggiando la valigetta sul bancone, la scoprì davanti a sé, luccicante.

Il capo cambiò improvvisamente idea.

- Ehi, ehi, Manolo!... Guarda, ecco un barbiere spontaneo!

Apparve un giovane zingaro, che indossava una sciarpa di seta.

–Vattene, vattene!

César capì che lì era in gioco il suo destino.

–Fermati, per favore. Non ti farò del male, vedrai.

Il piccolo gitano si passò la mano sulla guancia. Ma il padrone del Coccodrillo aveva già fatto il giro del bancone e, ridendo, lo aveva inchiodato a una sedia.

César chiese al Signore la luce, fece forza con il suo polso, che a volte si stancava, e iniziò il suo compito. Inzuppò il pennello così bene, così facilmente, da togliere i pochi, irregolari peli dello zingaro, tanto erano lisce e piatte le sue guance, che l'intero bar Coccodrillo sembrò riempirsi di specchi, come un locale di lusso.

Il padrone si entusiasmò

–Elenco dei vecchi, prendi nota! Proprio qui accanto, al terzo piano. Entra, di fronte c'è una cavità nera, che vedrai in fondo. Grida: Fermín! Fermín ti risponderà e tu lo raderai. Qualcun altro abita lì di fronte, ma se sa che sei un prete, ti caccerà.

Tutto era iniziato. La figlia di Fermín fu la prima a diffondere la notizia. Uscendo dalla fabbrica, trovò suo padre seduto sul letto, bello, sorridente, più bello e più giovane che mai.

–Ma... cos'è successo?

–È venuto un ragazzo. Orecchie grandi.

Orecchie grandi, orecchie grandi... Anche Manolo lo zingaro mostrò ai vicini il suo viso rasato...

Il padrone del Coccodrillo appese un cartello all'ingresso:

«Barbiere a domicilio, gratis. Per vecchi e malati.»

Altre figlie di altri Fermín reclamarono i suoi servizi.

–E sa tagliare i capelli? Taglia anche i capelli?

Non lo sapeva fare, ma stava imparando!

Il padrone stesso offrì il suo collo come cavia. Si sedette e appoggiò la testa sulla sua pancia. Oh, oh! Non importava. I peli gli entrarono nella maglietta e gli bruciarono per una settimana. Ma non importava.

In alcune case lo accolsero con ostilità.

–Credi che qui ci vendiamo per un colpo di pennello?

Vai a radere il vescovo!

–Ecco, meno spavalderia. Vai fuori di qui!

Ma i peggiori erano quelli che non parlavano... come Blasco. Quelli che fissavano i suoi occhi con odio e, senza muoversi, lo costringevano a tornare indietro, a tornare indietro finché non scendeva i gradini a quattro a quattro.

Ma tutti avrebbero chiesto. Consuelos non fece mancare sguardi comprensivi e persino riconoscenti. «Ciao ciao...!»

Improvvisamente, lo scenario si allargò. Due o tre bambini erano gelosi. «A quelli li rade e per noi non fa nulla. Perché non fai qualcosa per noi?»

Mio Dio, i bambini! «Lascia che i bambini vengano a me.» Nel quartiere c'erano migliaia di bambini che svolazzavano sotto i balconi come mosche o come angeli.

La figlia di Fermín, che lavorava nella fabbrica Costa, gli disse: «Perché non insegni a leggere a questi ragazzi?»

Anche Mosén Alberto era d'accordo! E questo era facile, come bere un bicchier d'acqua. Vicino al ponte della ferrovia c'era un ampio corridoio, con pareti annerite, che sarebbe servito da aula e lavagna. Furono così improvvisate la scuola, la classe. César, pallido, seduto sul primo gradino, i ragazzini seduti per terra, con le gambe incrociate.

«B, a, ba, B, e, be.» Giorni dopo, si udì 4 x 4, 16 e diversi studenti di età superiore ai vent'anni si erano uniti al coro.

Al di là del Barca, nessuno sapeva niente. Neanche qui. Si sarebbe detto che non fosse successo niente. Il pavimento della sala era di mattoni rossi, era fresco. I vicini si erano dati il cambio per pulirlo. Fu una unione semplice e naturale. I passanti lo scambiavano per un vero maestro, che approfittava delle vacanze per guadagnarsi qualche peseta. Molte famiglie non sapevano affatto chi fosse e la maggior parte degli studenti non ne conosceva il nome. «Tu, tu..–gli dicevano–Dammi una caramella!»

In seguito, le cose si complicarono. Il sole picchiava sulla città e i balconi di Calle de la Barca emanavano sbuffi di fuoco. I bambini erano sporchi, trasandati, e César li portò sulla riva del fiume a lavarsi. Se qualcuno opponeva resistenza lo si lavava lo stesso, strofinando forte sulle ginocchia e sulle gambe. Un giorno usò lo shampoo e li portò a una fonte più pulita. E fu lì che una donna, nel riconoscere il figlio, che si era unito alla comitiva, cominciò a gridare:

–Ehi, tu...! Pensi che sua madre sia una sporcacciona? Lascia stare mio figlio!

Un altro giorno, quando gli studenti si salutarono, una giovane donna si mise davanti alla porta, a braccia nude... Il seminarista si fece strada e se ne andò con una calma inattesa. Poi borbottò: «Vai via ora, 4 x 4!»

Dietro al Coccodrillo iniziavano le case di cattiva fama. Il caldo buttava tutti in strada, se la prendevano con lui, scherzando e distraendo i ragazzi. César presumeva che ci dovesse essere qualcosa di impuro nel suo agire, forse vanità, e raddoppiò i suoi sforzi per ricreare l'atmosfera originale.

Tentò di insegnare il catechismo. All'inizio fu un successo. Molti dei bambini erano molto fedeli, e talvolta lo accompagnavano fino in fondo alla strada. Fu lì che un pomeriggio disse loro:

–Vediamo un po'! Sedetevi qui.

I ragazzi giocavano sempre sulle scale delle chiese senza alcuna creanza, lanciando sassi alle finestre o urinando sui muri. Quando César spiegò che quelli erano luoghi santi, presieduti da un Essere buono e onnipotente, che era colui che aveva creato quel cielo, il Sogno e tutto il resto, dapprima lo guardarono scettici, ma all'improvviso uno di loro, che adorava César, si alzò e iniziò a correre.

–Ehi Pedrito!... Dove vai? –gli chiese César.

Il ragazzo non rispose. Ma andò alla facciata di San Felice e cancellò come meglio poteva, strofinando con la maglietta, una luna sorridente che aveva disegnato il giorno prima con il gesso della scuola.

Tuttavia, il giorno dopo il seminarista ricevette la visita di un ferroviere e di due o tre sconosciuti, che minacciarono di gettarlo nel fiume se avesse toccato di nuovo quell'argomento.

–Ecco, lettere e numeri! Gli altri, muti.

\* \* \*

Il bel tempo aveva portato con sé il fiorire di manifestazioni artistiche regionali. Matías diceva, al ritorno dai Telegrafi: «Non si può negare che questa è una città di artisti».



Con questo non si riferiva solo ai sonetti di Jaime, che continuava, cercando nuove parole durante la notte; si riferiva ai concerti all'aperto tenuti dal coro, alla moltitudine di esercizi pianistici che si potevano ascoltare grazie ai balconi aperti e, soprattutto, all'invasione dei pittori dilettanti.

L'architetto Ribas, capo di Estat Català, e il suo stretto collaboratore, l'architetto Massana, avevano trascorso mesi nell'organizzazione di mostre regionali di pittura nella sala annessa alla Biblioteca. Dalle antiche pale d'altare, alcune di Barcellona, prestate da Mosén Alberto, fino alle scuole moderne, tutto aveva sfilato per la città.

Ne *El Democrata*, avevano tentato, attraverso la critica, di guidare l'opinione, senza successo. Perché da un lato lodavano tutto ciò che era d'avanguardia—e c'erano nella Gerona moderna i palazzi che lo testimoniavano—e dall'altro erano estasiati davanti alla pittura costumbrista e casalinga: la vecchia che filava, il contadino che beveva da un boccale e il paesaggio realistico.

L'opinione finì per schierarsi secondo il proprio gusto personale, e lo prese per il dipinto costumbrista e il paesaggio realistico. Nelle mostre si sentivano frasi che facevano rizzare i capelli a Julio García, che aveva una casa piena di riproduzioni impressioniste. «Guarda, guarda quel bicchiere! Puoi tenerlo in mano! Guarda questa mucca, com'è fatta bene!» Le mogli degli architetti Ribas e Massana pensavano che fosse impossibile dipingere meglio.

Il bel tempo scatenò una valanga di imitatori. Estat Català, in toto, con i suoi capi in prima linea, si lanciava nel pascolo e nella Valle di San Daniel tutti i pomeriggi dopo il lavoro e tutte le domeniche mattina, pronto a catturare la natura con il massimo verismo possibile. Lo scenario era davvero bellissimo. Alberi ad alto fusto, prati frondosi, un cielo di luce pura e diafana, abbastanza sfumata da non distruggere il colore. L'architetto Ribas, con una visiera e uno sgabello portatile che si impose come indumenti ufficiali, diceva, intingendo il pennello: «Finiremo per creare una scuola di Girona». Julio García, che girava guardando da un cavalletto all'altro, commentò: «A dire la verità, credo che tu l'abbia già creata».

I più audaci dipingevano figure e scene locali: il mercato, un concerto di sardana, zingari intorno a un'auto. E la Cattedrale! La Cattedrale e San Felice che si specchiavano nel fiume, con i balconi e le piccole finestre pendenti. Era il tema inevitabile. Non c'era dipinto in cui non comparisse il balcone da cui Matías Alvear pescava, e più di una volta, nelle mostre, Pilar aveva detto a Nuri, María e Asunción: «Guarda, guarda, che i panni stesi sono i nostri; l'abito di mamma, la camicia di Ignacio!»

Il coro... ebbe un grande successo. Si chiamava «Gerunda», in onore di coloro che studiavano il latino. Il direttore era un uomo che veniva dall'Ospizio, squadrato e con i capelli molto lunghi, di cui tutti i pittori volevano fare il ritratto. La messa corale era composta da sessantotto

voci, miste, per lo più operai; a parte il tenore, un postino socialista che Matías prendeva sempre in giro, e varie voci di basso, tra cui persone come Raimundo il barbiere.

L'amore di quelle sessantotto voci e del loro regista-compositore allo stesso tempo-era esemplare. Vivevano per il coro. Molti lavoratori trascorrevano la giornata lavorativa canticchiando il repertorio, per averlo pronto per le prove. Il postino si serviva della sua voce potente per avvertire i vicini che c'era una lettera. L'impiegato di Raimundo diceva ai clienti: «Vedete...? Quella cosa che canta, il capo la sente. Non è una bugia come il suo amore per la corrida». La base della messa corale era il folclore, con incursioni nei mottetti religiosi, che gli anticlericali della «Gerunda» cantavano con sorprendente serietà.

Don Emilio Santos, commosso dal canto, alla fine si avvicinava sempre al palco e offriva al regista il miglior sigaro dell'Azienda del Tabacco. Julio García applaudiva calorosamente. Matías ascoltava, o guardando il cielo o il soffitto, o con gli occhi fissi sulla bocca aperta dell'amico Raimundo, i cui basettoni infastidivano i vicini. «Mi fa venire voglia di solleticargli la laringe», diceva a volte.

Anche il silenzio dell'auditorium era tenero. *El Democrata* scrisse: «Un popolo che canta non può morire. Un popolo che canta è un popolo pacifico». A metà del concerto, le ragazze del coro appuntavano al bavero delle bandierine catalane.

Quando il bel tempo si trasformò nell'implacabile sole estivo, il volto della città cambiò. L'esodo di massa iniziò. Le vacanze! Tutti posarono il pennello, misero via gli spartiti. I Sindacati erano riusciti a convincere tutte le aziende, nessuna esclusa, a concedere ferie pagate ai propri lavoratori. Grazie a ciò, quando arrivò agosto la città era deserta; al contrario, la costa, la Costa Brava, molte delle cui spiagge fin dalla creazione del mondo erano state privilegio dei loro abitanti e di alcuni proprietari terrieri, ricevette le prime ondate di turismo popolare.

I ricchi del luogo preferivano la montagna. Don Jorge si recò con la sua famiglia in una delle sue proprietà ad Arbucias; Don Santiago Estrada disse addio al vicedirettore. «Lascio il CEDA nelle vostre mani. Andiamo a Puigcerdà.» I treni verso il mare, affollati, e le carovane del Circolo Ciclistico costituivano per loro una scarsa attrattiva. Inoltre, consideravano la montagna molto più sana. Don Jorge diceva sempre che i medici che avevano fatto andare di moda l'abbronzatura, erano ignoranti o persone in malafede.

Altre persone colsero l'occasione per fare viaggi che avevano rimandato. Julio prese un biglietto per Parigi! Ignacio si rese conto ancora una volta che la polizia faceva sempre ciò che aveva promesso.

–E perché vai a Parigi, se posso chiedere?

–Vado a vedere le ragazze francesi, ragazzo, a vedere le ragazze francesi.

Mosén Alberto ebbe un'idea ancora più spettacolare: il giubileo di Roma. Convinse il notaio Noguer e la moglie a fare il viaggio insieme, partendo per Genova in battello. Nessuno di loro era mai stato a Roma.

Quando César, con gli occhi umidi, lo salutò alla stazione, Mosén Alberto gli disse:

–Vado a vedere il Santo Padre, ragazzo, a vedere il Santo Padre.

–Non dimentichi!–chiese César–. Una benedizione per me.

A Ignacio sarebbe piaciuto qualsiasi itinerario: Roma, Parigi, la montagna e il mare. Ma gli otto giorni di ferie a cui aveva ancora diritto non potevano essere goduti fino a ottobre, perché gli altri dipendenti avevano la priorità nella scelta del turno.

Invece, Matías Alvear ebbe, in un colpo solo, i quindici regolamenti. E lì in famiglia accadde l'inaspettato. In concomitanza con il consiglio di un medico riguardo a Pilar, che era piena di brufoli e altri acciacchi, Matías decise di affittare una baracca per due settimane a San Feliu de Guíxols.

Ignacio non riusciva a capire.

–Ma... e i soldi?

Carmen Elgazu fece un sorriso malizioso:

–Tuo zio di San Sebastián–spiegò.

–Che cosa...?

–Quando vinse alla lotteria, non mandò un piccolo regalo...

–Andiamo! La prima novità!

Matías aggiunse:

–Da dove pensi provengano le tue immatricolazioni? E la montatura d'argento di César? Dalle quaranta pesetas che hai avuto come aumento?

–No, no. Molto bene, molto bene. Ancora meglio.

Fu un evento. Pilar saltava dalla gioia. Il mare, i vacanzieri! Si diceva che questi organizzassero gare di vela...! Nuri, María e Asuncion erano già partite e lei aveva paura di essere l'unica a non farcela!

Ignacio e César andarono a salutarli alla stazione. Matías, al finestrino del treno, gesticolava come il responsabile di un battaglione. Carmen Elgazu si era rifiutata categoricamente di indossare un velo legato al mento. «Abbiate cura di voi, figli, abbiate cura di voi. Non mi piace partire senza di voi.» Pilar rientrò all'interno della macchina solo a metà del viaggio.

Ignacio e César rimasero soli. Ignacio lavorava alla Banca solo dalle otto alle due, quindi aveva i pomeriggi liberi. Giornata intensa, successo esclusivo dell'UGT. Mosén Alberto aveva affidato a César la custodia del Museo e lui sarebbe andato lì, aspettando i turisti, fino alle cinque

del pomeriggio, quando le due cameriere gli avrebbero portato, impossibile rifiutare! la cioccolata e i crostini di pane, e poi sarebbe potuto andare in Calle de la Barca per radere e insegnare.

Carmen Elgazu si era messa d'accordo con una vicina affinché in sua assenza si prendesse cura dei due ragazzi, soprattutto riguardo al cibo e al bucato. «I letti li faranno da soli. E dovrebbero anche spazzare il pavimento, che diavolo! In ogni caso, sabato dai una ripassata agli ottoni e al pavimento.»

–E i vetri, donna Carmen?

–I vetri...? Lascia che li pulisca Ignacio!

Era molto difficile per i due fratelli mangiare e cenare da soli, faccia a faccia a tavola. Ignacio iniziava a leggere il giornale oppure *Delitto e castigo*, del quale aveva appena iniziato il primo volume. César avrebbe voluto approfittare di quella circostanza per condividere idee con il fratello, parlare molto e anche fare un'escursione come una volta, ai Bastioni o a Montjuich; ma non riusciva quasi mai a farsi sentire, a meno che non fosse sul balcone, dopo cena. Allora sì. I due uscivano, tirando fuori una sedia ciascuno, come quando c'era José, e davanti alle luci soffuse della Rambla, sotto al caldo cielo d'agosto, parlavano di tutto, il divino e l'umano.

Ignacio, anche se il giornale e *Delitto e castigo* lo assorbivano, non smetteva di tenere d'occhio suo fratello. E forse per tenerlo d'occhio meglio, manteneva il silenzio durante il giorno. Gli piaceva vedere il fervore con cui César compiva il più insignificante dei suoi gesti: prendere il pane, portare il cucchiaino alle labbra, piegare il tovagliolo. Non faceva rumore. Non faceva il minimo rumore... tranne quando starnutiva.

Quella era una scena divertente e molto frequente. César improvvisamente iniziava a starnutire. Ed emetteva quattro, cinque, sei e anche otto starnuti di fila. Ma erano starnuti brevi, traballanti, infruttuosi. «Salute, Salute, Salute...!» Alla fine, alzava lo sguardo e gli occhi gli lacrimavano. Li asciugava con un fazzoletto, si soffiava il naso. «Accidenti al mio naso!» diceva. E scuoteva la testa, tra il timido e il sorpreso.

Ignacio doveva mostrarsi molto serio, perché suo fratello gli permettesse di pulire le finestre. «Va via, vattene, lo farò da solo.» Ignacio rifiutò categoricamente. «Tu spazza, che lo fai molto bene.» Ed era vero. Ignacio amava come spazzava César. La pratica acquisita a Collell, con quaranta celle al giorno, non era andata sprecata. Teneva la scopa per la parte più alta del manico e la sollevava appena da terra. Si muoveva con incredibile rapidità, a piccoli scatti ritmici. La vicina era stupita. «Lo fa meglio di me...» César spiegò che, abituato a spazzare la terrazza del Collell, fatta di mattoni rossi, spazzare quel pavimento era la cosa più facile del mondo.

Un giorno decisero di prepararsi la cena. Cesare sbucciava le patate, Ignacio le friggeva. Entrambi volevano friggere le uova. «Faremo testa o croce! No, no, è meglio che ognuno frigga il proprio.»

Quello di Ignacio era bellissimo. Un alone bianco, bordato d'oro, e il tuorlo giallo, impeccabile, nel centro. L'olio di César non scoppiò, ma avendo usato lo stesso olio di Ignacio, si sporcò; l'uovo e il piatto erano anneriti.

Ma mangiarono con molto piacere, faccia a faccia, ridendo beati, mentre vi intingevano il pane.

L'appartamento era ampio, enorme per loro due. Gli sembrava che ci fossero aree inesplorate. Un giorno Ignacio propose: «Perché non dormiamo in letti diversi? Oggi tu dormi nel mio e io dormo in quello di Pilar. Domani dormirò in quello di Pilar e tu dormi...» No, per loro era impossibile. Entrambi potevano dormire in quello di Pilar, sebbene César avesse provato una grande angoscia, come se fosse un sacrilegio, un peccato. Lo fece affinché Ignacio non lo giudicasse timido o perché non gli dicesse, come altre volte, che gli scrupoli lo avrebbero fatto impazzire; ma nel letto dei genitori... impossibile. Solo nel dirlo, sentirono come un groppo in gola. E poi, quando Ignacio entrò nella camera da letto e si trovò davanti al robusto e caldo letto matrimoniale, si sentì preso da un tale rispetto che dovette indietreggiare.

Però, un pomeriggio in cui era rimasto solo, esaminò l'armadio a specchi nella camera da letto dei genitori. Vide i vecchi cappelli di Matías Alvear, tutti con la forma della sua testa, con qualcosa di ironico, che la pressione delle sue dita gli aveva lasciato impresso. Poi scoprì, in un tubo di cartone, il diploma della Prima Comunione di Carmen Elgazu! Firmato a Bilbao, nel 1903... Il nome, a lettere tonde, tutto con una patina di inizio secolo che richiamava lo stile pittorico della nuovissima Scuola di Girona.

Ignacio pensò che César avrebbe provato un'emozione fortissima quando avesse visto quel diploma, con la sua illustrazione, che rappresentava una ragazza vestita di bianco—Carmen Elgazu inginocchiata sull'altare, con Gesù in persona che le dava la comunione e due angeli che reggevano l'uno il candeliere, l'altro la patena—. Eppure... ripose il diploma nel tubo di cartone e lo rimise al suo posto. Non sapeva perché, ma qualcosa di indefinibile lo spingeva a privare suo fratello di quel piacere. Chiudendo l'armadio, si vide allo specchio con indosso ancora uno dei cappelli di suo padre. Poi si lisciò i baffi nascenti. Gli sembrò di aver appena commesso una brutta azione. «Glielo farò vedere—disse tra sé e sé—, glielo farò vedere. Perché diavolo devo essere così complicato?»

Poi scoprì le cartoline che Matias Alvear aveva scritto a Carmen Elgazu quando uscivano insieme. Datate a Madrid, 1913, 1914... «Certo, certo, non ero ancora nato...» Ignacio ricordò che da bambino questo pensiero lo aveva spesso preoccupato: che i suoi genitori non avevano ancora

conosciuto né lui, né César, né Pilar... da sempre. Come potevano vivere? Quel giorno si disse che anche lui probabilmente un giorno avrebbe avuto figli e che nemmeno lui li avrebbe conosciuti. E pensò a Cosme Vila: «Voglio avere un figlio».

Il figlio di Cosme Vila... avrebbe mai conseguito il diploma della Prima Comunione?

Furono giorni di rara intensità. La solitudine sembrava condurre i pensieri verso qualcosa di profondo e segreto, non percettibile nel mezzo dell'agitazione quotidiana. Una volta, in Seminario, Ignacio aveva provato quella sensazione.

Alla fine del giorno, dietro le montagne di Rocacorba, in un'apoteosi di nuvole rosa e rosse e dorate, Ignacio era salito sul tetto per vederlo. E spesso, mentre si avvicinava alla ringhiera che dava sulla Rambla, vedeva arrivare César, minuscolo, che camminava a piedi divaricati, con la valigetta del rasoio sotto il braccio. Mai più gli avrebbe detto che doveva pensare ai poveri... Allora glielo avrebbe detto César. Soprattutto i bambini. Ma gli parlava anche di una donna. La figlia di Fermín gli chiese di tagliare i capelli corti a una giovane donna che aveva preso il tifo. César rimase profondamente colpito, scoprendo il suo collo, le sue tempie, l'indescrivibile realismo del suo cranio. Era una bella donna, che poi, guardandosi allo specchio, iniziò a piangere. Con molta attenzione, Cesar spazzò via i capelli.

E dopo cena uscivano sul balcone. Era il momento preferito da entrambi. C'erano notti in cui il cielo si stendeva così luminoso e splendido sopra i tetti, che i due ragazzi tacevano, perché le parole avrebbero spezzato l'incantesimo. Notti in cui tra stella e stella si percepiva l'oscurità insondabile, l'ignoto abisso planetario. Dalla Rambla arrivavano mille odori, le lanterne erano assondate. Il bastone della sentinella aveva un suono deciso, quello dell'imperatore della notte. Passavano stranieri, amici e sconosciuti. Il cassiere della Banca, a braccetto con la sua grassa moglie, un fornaio in maglietta, la figlia del Responsabile con il suo sergente, che amoreggiavano. E quelli degli scacchi, immobili! E César che improvvisamente salutava per andare a letto, per rispettare l'ordine del padre di dormire dieci ore al giorno.

\* \* \*

Dio mio! Gli ultimi giorni di agosto segnarono il ritorno dei disertori. Dai pellegrini del giubileo, a Julio García, a Matias Alvear, Carmen Elgazu e Pilar!

Ci furono abbracci confusi, grida, valigie aperte.

–Racconta, racconta! Mamma, dicci!

Matías disse:

–Non aspettarti che apra la bocca! Era troppo spaventata.

–Spaventata, io?

–Oh no...? Ascoltate bene. Ha messo un piede, poi un altro... e poi ha indietreggiato con entrambi.

La donna esclamò:

–Ecco, figlioli! Credete che io sia adatta per quelle corse?

Ignacio era entusiasta della situazione.

–Ma... che costume da bagno indossavi, mamma?

–Nero e molto decoroso - rispose, simulando naturalezza– Molto carino, vero Pilar?

–Bellissimo! Soprattutto con le due zucche in vita.

–Pilar, sai che non mi piacciono queste battute!

–Ha ragione Pilar–continuò Matías, rivolgendosi a Ignacio– Non avrei mai creduto che tua madre avesse una figura così bella. Ha attirato molta attenzione.

–Matias! Sei uno svergognato!

–Oh! Oh!...!

–Sicuro!–incalzò Pilar, superandosi– Soprattutto quando si è messa quel cappellino giallo.

–Non riesco a immaginare la mamma con un cappello giallo! –rise César.

–Beh, io non posso immaginarmela in nessun altro modo–osservò Matias.

E vedendo la confusione di Carmen Elgazu, si alzarono tutti, la circondarono e la travolsero di carezze, finché lei non versò lacrime di rabbia, tenerezza e felicità.

## **Traducción capítulo 12.**

TUTTI STAVANO TORNANDO. Le prime piogge di settembre avevano fatto piazza pulita di spiagge e montagne. Al bar Cataluña c'era grande soddisfazione, perché si diceva che presto sarebbero state annunciate le elezioni in Spagna. Lo sciopero della CNT era fallito a Girona, ma altri scioperi erano in corso in altre città. L'autunno si preannunciava movimentato.

Gli operai raccontavano meraviglie della Costa Brava. Quello era vivere... Molti avevano piantato tende sotto ai pini e ballato in tutti i tendoni della regione. Sulla costa, in estate, si tenevano le Grandi Feste. Arrivavano con la carnagione e la schiena abbronzate, e senza un soldo in tasca. All'arrivo a Girona si ritrovarono sfollati, come se non solo la fabbrica, ma anche le strade e gli archi e le solide costruzioni, fossero delle prigioni.

Anche Julio García tornò da Parigi. Al Neutral, in un primo momento, si era limitato a mostrare un accendino molto originale, a forma di tappo di champagne, e affermando: «Parigi continua ad essere la capitale del mondo». Ma tutti lo incalzavano, a cominciare da Ignacio, che,

annunciando il suo arrivo, accompagnò il padre al caffè. E poi li stupì. «Che triste impressione dà Girona venendo da lì!», disse. Portò anche un altro bocchino, che sembrava fatto d'ambra, e a differenza dei vacanzieri era più pallido. Parlò del lusso dei negozi, dell'organizzazione impeccabile della metropolitana, delle grandi librerie dell'usato nel Quartiere Latino, della Torre Eiffel, delle riviste, dei *cabarets*, dello scultore spagnolo Mateo Hernández, che attraversava Montparnasse portando in una mano un orso e nell'altra una pantera; delle catacombe...

–Se mia moglie lo vedesse, chiunque la farebbe tornare! –

Ignacio lo ascoltava affascinato. Ma molto più di lui, il cameriere. Il cameriere, Ramón, lo stesso che sognava la lotteria, ascoltava come ipnotizzato i racconti di viaggio. Era un ragazzo che appena udita la parola Istanbul o la parola Vladivostok, strabuzzava gli occhi. La sua capacità di ammirazione divertiva molto l'assemblea. Pensava sempre che gli altri vivessero avventure straordinarie.

«Oh, chissà quali cose catturate nei telegrammi!», disse a Matías. Invidiava molti mestieri. Quello di Julio, poi, non ne parliamo! «Qui, se non fosse per voi e per i viaggiatori, non saprei niente del mondo.» E si mise il tovagliolo sul braccio, con un gesto di grande rassegnazione.

Ignacio chiese a Julio:

–E in quanto alle sue faccende? Che mi dice?

Julio rispose:

–Oh, tutto bene! Molto bene! Tutto è andato bene. – E non spiegò altro.

Mosén Alberto, da parte sua, era tornato da Roma con il notaio Noguer e sua moglie. I coniugi Noguer contavano, e tutto quello che videro, e quanto risultò loro utile la compagnia del prete, non sarebbe certo finito nella Lega Catalana. «Il Vaticano! Il Vaticano. E quei cretini che vogliono distruggere la religione!»

Il prete tornò trasformato, trionfante. Non solo per il nuovo mantello che i coniugi Noguer gli avevano regalato a Genova e che lasciò di stucco i suoi due domestici, ma per lo spettacolo che Roma offriva in occasione del giubileo. Pensando alla magnificenza delle cerimonie pontificie, gli sembrava che le sue intermittenti vanità nell'umile Museo fossero un po' più scusabili. In realtà, questo gli faceva sentire un bisogno imperioso di espandersi, di raccontare. Ecco perché era infinitamente più esplicito, rispetto a Julio. Non dimenticava nessun particolare, come se non si parlasse degli altri sacerdoti, davanti ai quali diventava un po' misterioso. Così il suo prestigio crebbe molto nel mondo ecclesiastico, soprattutto tra le suore.

Ma fu in casa degli Alvear dove si sentì maggiormente a proprio agio. Non solo per la presenza di César, ma anche per quella di Carmen Elgazu. Quando spiegò a César di aver visto di persona il Santo Padre, sebbene in un'udienza collettiva, il seminarista andò in estasi. E quando



describbe a Carmen Elgazu il fervore di migliaia di pellegrini ammassati in Piazza San Pietro, con l'arcobaleno che incorniciava la Basilica nel momento in cui Pio XI si affacciava al balcone, la donna capì che non si sarebbe mai perdonata, perché in quello stesso istante, lei si trovava a San Feliu de Guixols, con un costume da bagno nero e due zucche in vita.

– Non preoccuparti! – disse Matías – Se un altro tuo fratello vince alla lotteria, andremo a Roma.

Poi Mosén Alberto donò a ciascuno alcuni rosari benedetti dal Papa.

Tornarono anche quelli della Banca. Torre di Babel con la pelle della schiena lacerata. Padrosa, con tre chili in meno in corpo a causa dei bagni di mare. Quello delle Cedole raccontava gli orrori dello spreco di denaro da parte di molti vacanzieri. «E poi si lamentano se un operaio della loro fabbrica dà fuoco ai magazzini».

Cosme Vila non era andato sulla costa. Era andato al Barcellona. «Ha famiglia lì?» «No, ma ho degli amici.» Cosme Vila spiegò di aver conosciuto un russo, Vasiliev, un uomo con una personalità che Julio García avrebbe voluto per sé...

– Quando gli ho detto quanto guadagnavamo in Banca, mi ha detto, annodandosi la barba: «Esattamente quello che guadagnavo io a Odessa nel 1916...»

Ignacio rimase molto sorpreso da tutto questo. Avrebbe dato chissà cosa per andare un giorno nell'appartamento dove abitava Cosme Vila. Quello degli Insoliti lo conosceva, ma un giorno che era malato lui era andato a trovarlo. Disse che non aveva quasi mobili, che non aveva niente, era tutto spoglio, tranne che per qualche libro e un canarino in cucina. Dormiva su un divano mezzo rotto.

Ignacio, sentendo parlare di Vasiliev, non poté fare a meno di sorridere, visto che Julio García gli aveva recentemente raccontato che a Barcellona aveva conosciuto un tedesco, il dottor Relken, un uomo con una personalità che avrebbe voluto per sé...

Che diavolo stava succedendo a Barcellona, con cotanto tedesco e cotanto russo? Avevano a che fare con gli scioperi, con le rivolte, come sosteneva don Emilio Santos, o con le elezioni, la cui data si stava per annunciare?

Comunque, Ignacio non voleva preoccuparsene troppo. Ci sarebbero stati presto gli esami. Aveva studiato il più possibile, come promesso. Matías Alvear vedeva la luce nella sua stanza, a notte fonda e pensava. «Sì, sì, tutto questo va molto bene. Ma perché adesso i professori dovrebbero promuoverlo, se lo hanno rimandato a maggio, a causa della [Scuola?](#)» Senza che il ragazzo lo sapesse, perché Ignacio era inorridito nel sentir parlare di raccomandazioni, Matías ne parlò con Julio. E Julio esclamò: «Amico! Il professor Morales a me non negherà niente...»

Qualcosa di vero c'era, perché Ignacio fu promosso in un batter d'occhio. Classe quinta, completata. Ne mancava solo una. Torta basca con cinque candele accese. Pilar lo disse a María, Nuri e Asunción. «Vedi... Professori contrari eppure, bam...!»

Forse era Pilar quella tornata più trasformata dalle vacanze. La ragazza aveva già quattordici anni, stava per compierne quindici e, come osservò José, era diventata donna. Quando César e Ignacio la videro scendere dal treno, rimasero sbigottiti. Il corpo si era sviluppato precocemente, al punto che la famiglia decise che doveva tagliarsi le trecce. Matías disse: «Se sembra una donna in costume da bagno... Dai, dai, via le trecce».

Fu un momento molto importante per la ragazza. Simile a quello di Ignacio, quando dal barbiere ordinò: «Solo basette e collo». Rimase sola nella sua stanza, con le due trecce in mano, e si guardò allo specchio. Zigomi rotondi e rosei, un po' più scuri ora per via del sole. Naso all'insù, birichino, mento con una fossetta al centro, molto buffo; la sua testa era ora più libera. Lasciò le trecce sul letto e si passò le mani tra i capelli, stringendoli. Rabbrivì pensando alla donna con il tifo di cui aveva parlato César... Sì, sì, era già una donna. E a San Feliu aveva visto molte cose. Come vestivano le ragazze di Barcellona, con quale gusto in tutto, dalle borse da spiaggia alle espadrillas. A loro importava molto del punto vita, a quanto pareva. Stretta, sottile. Certo, certo, il punto vita era molto importante... Guardando le trecce in una scatola da scarpe che le aveva dato sua madre, le sembrava di entrare nella vita, che non avrebbe mai più aiutato Ignacio a dipingere prati verdi e tetti rossi nei quaderni.

Quanto a César, era successo tutto in un batter d'occhio. Fece quello che poteva, si fece degli amici. Pochissime persone andavano al Museo; d'altra parte, per la calle de la Barca, era un piccolo uomo... Si guadagnò l'amicizia del proprietario del Coccodrillo, dello zingaro Manolo, della figlia di Fermín, e di tanti bambini che continuavano a ripetere: «B, a: ba; b, e: be; quattro per quattro, sedici», che gli urlavano: «Ehi, tu! Dammi una caramella!» Quando per strada si sparse la voce che César se ne sarebbe andato, ci fu un moto di dispiacere. Alcuni vicini dissero: «Che differenza fa? A che gli serve conoscere le parole...» Altri compresero che, comunque, il freddo li avrebbe costretti in casa molto presto; ma c'erano due donne che non volevano che le cose andassero così, e il 13 settembre gli portarono a casa, in segno di affetto, una sciarpa gialla e rossa.

César arrivò a Collell soddisfatto, perché anche lui, in fondo alla valigia, accanto al nécessaire per fare la barba, aveva una Bibbia... Ma venne fuori che questa era protestante! Il professore di latino si lasciò sfuggire una risata che aumentò l'indescrivibile confusione del seminarista. «Non preoccuparti, dai, non preoccuparti – gli spiegò, vedendo che stava per piangere – Non è colpa tua. I librai lo fanno di proposito. Adesso costano molto poco, capisci?»

\* \* \*

Finalmente i giornali annunciarono la data esatta: il 19 novembre, elezioni in Spagna.

Come una scossa elettrica, attraversò la città. Tutti i partiti si lanciarono nel combattimento. *Il Democratico* pubblicò edizioni straordinarie. *Il Tradizionalista*, statistiche degli «errori» della Repubblica dalla sua costituzione. Le auto di propaganda giravano per la città e per i paesi. I candidati e gli oratori sembravano possedere il dono dell'ubiquità, poiché i loro nomi venivano annunciati in tre luoghi contemporaneamente.

La CEDA schierava un grande apparato e il capo, don Santiago Estrada, e i suoi collaboratori, così come le donne e i giovani del Partito, si prodigavano a distribuire opuscoli e ad esporre con ogni mezzo il loro programma. Insistevano sulle cose di sempre: mantenimento dell'ordine, amnistia per i militari condannati, difesa della religione, revisione della Riforma Agraria, che consideravano un mostruoso aborto, ecc. Il vicedirettore, appena la Banca gli concedeva tempo, si cambiava il panciotto e correva come un cervo dal Partito, per dare una mano in qualunque modo. Don Jorge si era insediato nella Lega Catalana dando ordini, e il notaio Noguer si preoccupava affinché fossero messi in pratica. I monarchici veneravano le loro convinzioni, per bocca del loro capo, Don Pedro Oriol, padre dell'amico di Ignacio, che giocava con lui a biliardo.

Tutti questi partiti davano l'impressione di essere uniti, di perseguire lo stesso obiettivo e si parlava di un'alleanza; d'altra parte, nel campo della sinistra le divergenze erano, apparentemente, gravi. Matías contò ventuno partiti di sinistra che avevano presentato la candidatura in Spagna. Ognuno con promesse che avrebbero fatto rabbrivire le persone con uno spirito conservatore.

A Girona il partito socialista non aveva dato accesso ai giovani dirigenti, come avrebbero voluto i dipendenti della Banca Arús. Per un attimo si era parlato di un tipografo, Antonio Casal, un giovane di grande temperamento, stando a quanto si diceva; ma alla fine erano tornati agli anziani di sempre. L'UGT parlava per bocca di questi e il suo programma appariva estremamente violento, con allusioni al controllo operaio nelle Aziende.

I fratelli industriali Costa rappresentavano la Sinistra Repubblicana. Democratici per natura, mecenati dell'ordine, del calcio e di altri sport, erano molto popolari. Le loro personalità erano un simbolo opposto rispetto a quello rappresentato da don Jorge. L'avanzata del programma socialista li costrinse a esagerare le loro promesse, per cui la classe media si spaventò e fece un poco marcia indietro. I Costa rimasero fermi, desiderosi, inoltre, di assicurarsi il gran numero di anarchici che avevano nelle proprie officine e che avevano aderito allo sciopero del Responsabile. E soprattutto, le loro grandi proteste catalane gli avevano fatto guadagnare molte simpatie.

Un'altra candidatura di estrema sinistra presentava i Costa come paladini mascherati del capitalismo. I radicali socialisti, che si riunivano in un caffè dove giocavano a chapò, presentarono un candidato. Victor, il capo comunista, rilegatore dell'Ospizio, radunò i suoi nella solita bottega del barbiere e decise di non presentarsi, per il momento; invece, a Barcellona il partito comunista entrò con vigore nella mischia.

Ignacio notò subito il cambio di tono rispetto ai comizi di alcuni mesi addietro. La moderazione era scomparsa, dando così ragione alle teorie del cassiere. Tuttavia, i partiti di destra avevano, secondo lui, un punto spiacevole: si limitavano ad attaccare l'avversario, a mettere in luce la minaccia estremista che l'orientamento dei Sindacati rappresentava. E lo si vedeva completamente ignaro dei problemi autentici delle classi bisognose. Matías diceva: «Se vincono le destre, sono capaci di abbassarci lo stipendio con la scusa di dover risparmiare».

Ignacio non era spaventato da tutta quella confusione. Avrebbe voluto seguire a poco a poco il corso degli eventi, per arrivare a un criterio definito; ma non voleva perdere di vista i suoi problemi personali, soprattutto quello posto dagli studi, costretto a ritrovarsi insegnanti idonei per il sesto anno di liceo.

In fondo, l'atteggiamento del Responsabile lo divertiva. Andava contro gli uni e contro gli altri, e ignorava le elezioni. In risposta ai comizi politici, il capo della CNT mobilitò due veterani dell'anarchismo, che salirono sul palco per esporre le loro dottrine igieniche. Erano due uomini molto noti per il loro stile di vita austero e per il loro assoluto disprezzo nei confronti della civiltà occidentale. Parlavano con familiarità di yoga, di respirazione ritmica. Dimostravano quarantacinque anni e si stimava che ne avessero sessanta. Qualcuno assicurò che dormivano seduti e che potevano rimanere sepolti per giorni senza riportare alcun danno per l'organismo. Le loro conferenze e dimostrazioni richiamarono molta attenzione. Nessun atleta della città mancò di assistervi. Torre di Babele rimase molto colpito e andò a consultarli riguardo a possibili miglioramenti nella sua specialità: il salto triplo. I due veterani risposero che non c'era alcun bisogno di saltare per essere felici.

Matías si consultò con Julio sul problema di Ignacio e il poliziotto, dopo aver riflettuto, gli chiese:

–Il programma è molto difficile, vero?

Matías rispose:

–Così dice il ragazzo.

–Beh... –aggiunse il poliziotto –secondo me varrebbe la pena fare uno sforzo e farlo andare a lezione con l'insegnante che hai conosciuto, con David.

–Ma David insegna alle superiori?

–Caspita! Pensi che a loro basti lo stipendio della scuola? Lui e sua moglie danno lezioni private.

Matías scosse più volte la testa.

–E perché dici che varrebbe la pena fare uno sforzo?

–Perché credo che il pagamento mensile per loro sia piuttosto alto.

–Già. È perché... sono molto bravi? – si interessò Matías.

Julio disse:

–Posso darti un dettaglio: nessun loro studente è stato ancora rimandato.

Matías si strinse nelle spalle.

–Beh... è che... dopo l'esperienza della [Scuola Cervantes](#)...

–No amico, no. Sono molto bravi. Sua moglie è quasi meglio di lui. Sono molto intelligenti.

– E poi aggiunse → Pilar saprebbe molte più cose, se fosse andata da loro.

Era lì il problema, che Matías individuò subito: le idee degli insegnanti. Si ricordò che Julio aveva parlato con Ignacio del socialismo di David, del suo sistema pedagogico, che in classe mescolava di proposito ragazzi e ragazze... A lui non importava di tutto questo, perché insegnare a Ignacio Scienze per un'ora al giorno, la sera, non c'era bisogno di parlare di Largo Caballero; ma Carmen Elgazu... Naturalmente sua moglie non sapeva nulla di quello che aveva detto Julio. Anzi, provava simpatia per il ragazzo con la ferita sul mento, perché le era dispiaciuto sapere che lui e sua moglie erano figli di suicidi.

Ignacio fu colto di sorpresa dalla notizia che David e sua moglie insegnavano al liceo. Chiese informazioni in Banca e tutti furono d'accordo nel dire che la loro reputazione di insegnanti fosse eccellente. Quello delle Cedole affermò: «È molto semplice. Sono i migliori della città». Queste informazioni, insieme alla curiosità che Ignacio aveva sentito per David fin dal primo momento, glielo avrebbero subito fatto accettare, ma... anche sua madre lo spaventava. Lei non faceva distinzioni, era sicura che non esistesse nulla di indifferente, che la Fisica e il Calcolo Integrale avevano molto a che fare con la Religione, a seconda del modo in cui venivano insegnati.

Matías disse a Ignacio:

–Senti, prima vai a vedere. Condizioni e altro. Poi penseremo se dovremo dire una piccola bugia a tua madre.

Detto fatto. Il ragazzo andò a trovare gli insegnanti senza perdere tempo. David spalancò gli occhi, riconoscendolo. Chiamò sua moglie: «Olga, vieni, avrai una sorpresa!». Il colloquio fu molto cordiale. Erano felici di averlo come studente! La prima media, tutti i giorni, dalle otto alle nove di sera, un'ora pensata appositamente per chi lavorava. La tariffa, venti pesetas al mese. Un po' aumentata, lo sapevano, ma il loro stipendio era magro –se avessero vinto le elezioni lo avrebbero

aumentato –e intanto, dovevano vivere. Parlarono a lungo e la simpatia fu reciproca. Soprattutto Olga sembrava provare un grande interesse per Ignacio.

Questi se ne andò felice come una Pasqua. Al diavolo i professori robot del Cervantes!

La piccola bugia... Più che una bugia era un'omissione. Matías e Ignacio confabularono per nascondere a Carmen Elgazu quanto sapevano sulle idee di David e Olga. Si limitarono a informarla sulle loro competenze, a spiegarle, libri di testo alla mano, quanto il programma fosse terribilmente difficile. Sapevano che Mosén Alberto avrebbe gridato al cielo nel giro di una settimana, ma... si trattava di sistemare la questione e metterlo di fronte al fatto compiuto.

Carmen Elgazu non sospettò nulla neanche per un momento. Gli svantaggi che ravvisava erano altri.

–Ma non è strano? E non dovrai andare troppo lontano, figliolo? Bene, bene, se la pensate così...

Matías andò al Neutral per bere un cognac, dopo quello che aveva appena fatto. E in quanto a Ignacio, iniziò subito le lezioni. David e Olga gli presentarono tre ragazzi, figli di famiglie povere del quartiere, che sarebbero stati suoi compagni di classe.

E presto si rese conto che, in effetti, i suoi nuovi insegnanti erano fuori dal comune. Olga aveva un'acconciatura corta e liscia, i capelli erano corvini e aveva occhi molto grandi e molto belli. Magra, ma con una muscolatura sviluppata, dava l'impressione di avere un corpo molto ben equilibrato, come se avesse assimilato la lezione dei due veterani dell'anarchismo. David era un po' più alto. Con la ferita della barba ormai guarita, i lineamenti apparivano molto più spigolosi e di certo sembrava più anziano di quanto non fosse in realtà.

David sembrò a Ignacio molto più timido e serio di quando lo aveva conosciuto nell'appartamento della Rambla. Trovandosi in una famiglia sconosciuta che lo accoglieva con tanta gentilezza, si era sentito in dovere di dire cose del tipo: «Chi mi manda a ballare la sardana!»

Le prime lezioni si svolsero normalmente, senza allusione ad altro che non fossero le materie del corso. Tuttavia, Ignacio scoprì dai suoi compagni di classe che David e Olga non erano sposati in chiesa, nonostante Julio García ne fosse convinto.

Ignacio non parlò con loro da solo fino al primo sabato, giorno in cui era rimasto per pagargli la settimana –preferivano farsi pagare a settimana –e quando Olga gli preparò un caffè. Allora Ignacio, con un impulso improvviso e irresistibile, e incoraggiato, perché anche loro gli avevano fatto molte domande, chiese senza mezzi termini se le informazioni che aveva avuto dai suoi compagni erano vere. «So che è un po' sfrontato chiederlo, ma...»

Allora Olga rispose, con la massima naturalezza, che non c'era niente di sfrontato, che ognuno poteva pensare e chiedere quello che voleva. Quanto all'informazione, era vera. Non erano

sposati in Chiesa. «In realtà – aggiunse - avrebbero ritenuto umiliante affidare a una terza persona la missione di benedire un amore nato così liberamente, e di stabilire tra di essi, in virtù di alcune frasi in latino, quelli che chiamavano legami duraturi».

–Se questi legami si rompono qui, Ignacio –concluse, indicando il proprio cuore –, non ci sono benedizioni che tengano; e se non si rompono, non c'è alcun bisogno di benedizioni.

Il ragazzo ci pensò su molto, e la teoria di Olga suscitò in lui qualche dubbio. Riconobbe che, in effetti, quell'unione sembrava solida. Tuttavia, non si poteva sapere fino a che punto avrebbe resistito alla dura prova della gelosia, dell'assenza prolungata, della nascita di un figlio anormale. D'altra parte, era evidente che il matrimonio Alvear-Elgazu avrebbe resistito a tutto, anche se fossero stati colpiti dalle dieci piaghe d'Egitto.

Quel giorno segnò l'inizio di conversazioni regolari. Conversazioni che avrebbero potuto interrompersi quando Carmen Elgazu una sera arrivò trafelata, esclamando: «Ma... mio Dio! Non sapevi chi erano quei maestri o ti sei prestato al gioco?» Mosén Alberto le aveva appena detto testualmente: Dopo Julio García, sono le due persone più deleterie della città».

Matías e Ignacio si finsero completamente sorpresi, anche se intimamente entrambi provavano un certo rimorso. Tuttavia, la cosa non era da mettere in dubbio.

–Ma, mamma... io che ne so che idee abbiano! Quello che posso dirti è che con loro ho imparato di più in una settimana che alla Cervantes in un mese.

–Ma non sono nemmeno sposati!

Matías intervenne:

- Ma, donna, calmati. Non so se sono sposati o no, ma so che io e te lo siamo e che siamo i genitori di Ignacio.

Carmen Elgazu non voleva cedere e piagnucolava. Presagiva grandi catastrofi per la mentalità di Ignacio.

–Lo travieranno, lo travieranno. Non ci mancava che questo.

Ignacio finì per reagire seriamente.

–Ma secondo te seguo il primo che arriva? Ho le mie idee e questo è quanto. E poi, ti ripeto che non se ne parla mai. Siamo quattro in classe. E c'è molto lavoro da fare.

Carmen Elgazu capì che se suo figlio voleva continuare a seguire il corso non ci sarebbe stato niente da fare. Così in quell'occasione spese tutte le sue cartucce, ma Ignacio e Matías non si arresero. Matías finì col dirle che il suo fanatismo a volte era davvero insopportabile.

–Non so cosa vuoi, francamente. Mi sembra che vorresti far andare in seminario anche me. Accidenti alla carità! A chi non la pensa come te negheresti perfino il saluto. – Si alzò e aggiunse – Non ne parliamo più.

Ignacio si dispiacque per tutto questo, soprattutto perché in fondo aveva la sensazione che stessero giocando un po' sporco. E in fondo era vero che provava una forte attrazione per David e Olga... Le loro teorie lo attraevano meno, o meglio, ne sapeva davvero poco. Ma il loro modo di vivere, la loro grande sicurezza, lo influenzavano fortemente.

Il ragazzo non aveva paura di parlare con loro e non negava di credere in tutti i Misteri già avvenuti e che sarebbero avvenuti in seguito. Gli insegnanti, ascoltandolo, reagivano diversamente da Julio. Julio sorrideva, e al massimo iniziava ad accarezzare la tartaruga; Al contrario, David e Olga sembravano prenderlo molto sul serio e spesso si guardavano come per dire: «Vedi fin dove può portare l'educazione ricevuta...»

Olga accendeva spesso una sigaretta, e in quei momenti Ignacio non poteva fare a meno di pensare al padre della ragazza, quando si era fatto esplodere, con un petardo in bocca, davanti al mare. David finiva per metterle una mano sulla spalla, dicendole: «In fondo, penso che siamo abbastanza simili. Non dobbiamo essere d'accordo riguardo al valore delle parole».

Quell'esperienza era importante e Ignacio non perse alcun dettaglio di ciò che lo circondava. Dalle dimensioni delle mappe della classe – quella della Catalogna molto più grande di quella dell'URSS –, al nugolo di polli che camminavano come grandi dame attraverso il giardino annesso alla casa che aveva la scuola.

Dei tre compagni di classe, due arrivavano sempre leggendo *Claridad*. Ascoltandoli, si sarebbe potuto credere che fossero particolarmente elettrizzati delle elezioni e che accogliessero con entusiasmo le notizie che arrivavano da tutte le parti, sui disordini imperanti. Eppure, in fondo mostravano freddezza quando David diceva loro che quel clima di insicurezza era fatale, in tempo di elezioni, e che questo avrebbe solo reso più uniti gli avversari. I tre ragazzi parlavano di socialismo per un'oscura ribellione, oltre che per un'agghiacciante frivolezza giovanile. A volte utilizzavano un vocabolario simile a quello di José, ma sulle loro labbra perdeva metà della sua forza.

Ignacio provava un po' di pietà per loro, perché li vedeva ossessionati dalle problematiche sessuali. E gli sembrava di capire che le radici di quella gioiosa adesione alla rivoluzione proletaria erano lì: più scossoni emotivi, più propensioni per una vita disordinata e, soprattutto, più impunità. Ignacio ammirava gli sforzi di David e Olga per ampliare la loro comprensione, tra una lezione e l'altra. A volte ci riuscivano, ma quando uscivano in strada si vedeva che tutto era rimasto uguale.

I maestri si muovevano nel loro mondo con un equilibrio che era difficile non ammirare. I loro studenti delle scuole elementari –venti maschi e quindici femmine –erano completamente affascinati, almeno durante le lezioni. Lo stesso accadeva ad Ignacio, quando David, senza smettere



di parlare, camminava da un capo all'altro della classe con le mani dietro la schiena, o quando Olga guardava, con un sorriso forzato, lasciandosi lentamente i corti capelli.

Li paragonava continuamente a Julio e gli sembravano molto più sinceri, o almeno, più spontanei. Come il vicepresidente, anche gli insegnanti incarnavano la sua dottrina. Stando davanti a loro, non solo si vedeva la meta, ma la si viveva, la si respirava. Certo, Julio diceva sempre: «I giovani confondono l'ingenuità con la sincerità». Ma era innegabile che David e Olga adattassero le loro azioni alle loro convinzioni. Erano sempre insieme, facevano tutto insieme, non si separavano mai, come esempio vivente della solidarietà umana che sostenevano.

La scuola si trovava quasi in periferia, seguendo la strada dove abitava il Responsabile e risalendo l'Oñar. I muri erano bianchi, sia quelli della scuola, sia quelli della casa, e il giardino era tenuto con cura. Era nota come la Scuola Libera. Le ragazze del quartiere imitavano Olga e indossavano maglioni a collo alto e in estate, i sandali. Certe domeniche i maestri entravano in casa, ballavano al ritmo di un paio di canzoni, bevevano una bibita e tornavano a studiare. Gli studenti, vedendoli per strada, andavano a salutarli.

David e Olga sembravano preferire l'amicizia delle persone umili rispetto a quella delle persone importanti, con le quali sarebbero potuti andare indubbiamente a braccetto. Solo di tanto in tanto frequentavano il professor Morales, uno strano uomo che abitava da solo al quinto piano; e poi gli architetti Massana e Ribas, all' "Estat Català". David e Olga appartenevano all' "Estat Català". E andavano lì ogni sabato sera, a sentire suonare il pianoforte o a parlare di architettura o di libri.

«Ci piacciono le persone normali, le persone che hanno dei difetti», diceva David a Ignacio. Un giorno Olga aggiunse che le persone capaci di lasciarla nel bel mezzo di una conversazione e di sollevarsi da terra con un cerchio luminoso intorno alla testa, suscitavano in lei un enorme sospetto.

A Ignacio non sfuggì l'allusione a César e quel giorno accadde qualcosa di fastidioso. I suoi compagni di classe lo deridevano, perché lui lo prendeva sul serio.

–Devi vivere la vita –dicevano sempre.

Per Ignacio, vivere la vita era esattamente prendere sul serio quelle cose, ma loro la pensavano diversamente. Non smettevano di parlare di certe "cartoline", che vendevano gli addetti alle pulizie, alludevano continuamente alla virilità e assicuravano che nulla era più poetico di una brava ragazza.

–Portami una brava bambina e ti darò l'Iliade!

Nella vita di quei ragazzi c'era qualcosa che aveva sempre incuriosito Ignacio: una certa soffitta di cui parlavano sempre. A quanto pare, era il loro segreto, un legame tra di loro. Doveva trovarsi piuttosto vicino alla scuola, dato che andavano e venivano molto facilmente.

Lo avevano invitato tante volte ad andare lassù e lui aveva sempre rifiutato, per un'istintiva paura. Ignacio, nonostante la Banca, Julio García, David, Olga e tutto il resto, continuava dentro di sé a dare valore a diverse reliquie: l'amore per la famiglia, la castità. Quest'ultima era molto importante per lui. Sentiva che finché avesse conservato indenne tale qualità, il proprio edificio spirituale non sarebbe mai andato in frantumi. Le tentazioni erano tante, e non avrebbe mai dimenticato il turbamento che lo aveva colto quell'estate, proprio nei giorni in cui era rimasto solo con César. Le riviste dal barbiere, piene di immagini delle spiagge, gli si erano offerte con una forza quasi irresistibile. Ma era riuscito a dominarsi al solo pensiero che più tardi avrebbe dovuto affrontare suo fratello.

Adesso gli succedeva la stessa cosa pensando a Pilar. Sua sorella era così pura, nonostante la sua inconsapevole malizia, i suoi sotterfugi con le amiche e che guardava anche dal buco della serratura, che voleva poterla baciare quando ne aveva voglia, senza farlo capire alla ragazza.

E poi, non poteva nemmeno scappare dai suoi compagni di classe o fare giochi da selvaggi. Inoltre, nutriva per loro una stima sincera, perché cercavano di migliorarsi, rispetto alle umili origini delle loro famiglie, studiando. Così finì per accettare il loro invito nella soffitta.

A dire il vero, non avevo idea di cosa avrebbe trovato lassù. I tre ragazzi erano capaci di tutto, sia nel bene sia nel male. Poteva anche trattarsi di qualcosa degno di follia, tipica di quell'età in cui il segreto faceva scattare la fantasia verso mondi mostruosi. Poteva essere qualcosa di divertente, o qualcosa di macabro.

La casa era a poche centinaia di metri dalla scuola, e le scale erano buie.

–È qui –dissero. Ed entrarono.

– Tu, seguici... - gli ordinarono -. Saliremo, entreremo, e appena saremo tutti dentro accenderemo la luce. Così ti farà un maggiore effetto.

Ignacio obbedì. Era l'ultimo dei quattro. Le scale scricchiolavano sotto i suoi piedi, perché erano di legno. Facevano un gran rumore. Si fece strada a tentoni verso la porta e subito ebbe la sensazione di trovarsi in una stanza immensa. Ciononostante, non vide nulla.

All'improvviso la luce si accese. E il ragazzo ne ebbe un'impressione indelebile sulla sua retina. Quattro mura bianche, affollate di immagini senza nome. Erano fotografie di donne nude, prese dal settimanale *Crónica*. In un angolo, un ampio divano. Ovunque, sedie traballanti.

I tre ragazzi scoppiarono a ridere, poiché già si aspettavano lo smarrimento di Ignacio.

La sua prima intenzione fu quella di fuggire. Ma pensò che avrebbero riso di lui per il resto della sua vita. Simulò naturalezza. Eppure, la scoperta di quelle donne nude gli diede un brivido lungo la schiena. Erano dei corpi a figura intera in atteggiamenti di falso pudore. Di una tonalità dorata, piuttosto imperfette, dal punto di vista fotografico. Infine disse:

–Beh... non ho intenzione di discutere, ma avreste dovuto avvertirmi.

E uscì.

E mentre scendeva le scale, sentì un grande turbamento interiore. Perché tutto questo, ora che l'estate era passata? Una volta raggiunta l'aria aperta, fece un respiro profondo. Si dispiacque perché non aveva tabacco per poter fumare. La strada era lunga, si sentiva il rumore del fiume. Pensò alla notte in cui aveva ceduto in Seminario, pensò a padre Anselmo. E quello che gli risuonava più dolorosamente nelle orecchie, era la risata stupida, improvvisa, dei suoi compagni.

Cosa accadeva nel corpo dell'uomo, così imperiosamente teso agli eccessi? Perché le persone insistevano nel non lasciare tranquillo il proprio corpo? Il barbiere, quelli della Banca, Torre di Babele, ogni tanto gli dicevano: «Quando vuoi, quel giorno ti accompagnerò...» David e Olga, che distinguevano il vizio dalle esigenze della natura.

Arrivò a casa; tutti avevano cenato. Carmen Elgazu lo guardò interrogativa. Pilar, vinta dal sonno, si era addormentata, aspettandolo.

\* \* \*

Un giorno César gli aveva detto che per lui il Mistero più grande era quello della Risurrezione. Ignacio credeva nello Spirito Santo. Molte volte aveva sperimentato il suo intervento diretto e preciso, sulla sua testa. Una lingua di fuoco che era scesa su di lui salvandolo dal pericolo. A volte pensava che avrebbe potuto camminare tra gli abissi, e che se avesse chiesto aiuto allo Spirito Santo, sarebbe arrivato dall'altra parte con le mani in tasca, fischiando.

Il giorno dopo la scena della soffitta, a metà mattinata, in Banca, ci ripensò più intensamente che mai. Perché le immagini delle pareti si erano mescolate sul suo tavolo –sezione Mancati Pagamenti –tra i nomi dei commercianti che non potevano pagare le merci, e quando sentì la voce del suo compagno che canticchiava: «Un altro che sta per cadere con tutta la famiglia... E un altro..., e un altro ancora...», e pensava: «Chissà se questa volta sarò io a cadere, con tutta la famiglia!»

E, nonostante ciò, arrivò l'annuncio. All'improvviso sentì dietro di sé i passi del vicedirettore. Immediatamente ebbe l'impressione che doveva dirgli qualcosa di importante. Il vicedirettore gli voleva molto bene e lo informava sempre di ciò pensava potesse interessargli. Ignacio si chiese: «La CEDA...? Un aumento di stipendio...?»

Ma non era niente del genere. Il vicedirettore dispiegò *El Tradicionalista* davanti ai suoi occhi e Ignacio vide un enorme necrologio in prima pagina:

ERNESTO ORIOL,

18 anni,

HA CONSEGNATO LA SUA ANIMA AL SIGNORE

Il suo compagno di biliardo! Ignacio si alzò e rimase come paralizzato. Rilesse il necrologio, guardò il vicedirettore. Questi lo guardò con un'espressione comprensiva e dolorosa. Cosa era successo? Tutto e niente, un evento ordinario ed elementare. Il ragazzo, bello e delicato, che qualche giorno prima gli aveva detto: «A me piace come sei. Succedono anche a me queste cose», era morto. Era lì, a caratteri neri: «ha consegnato la sua anima al Signore».

Ignacio, senza chiedere il permesso a nessuno, come ubriaco, dimenticando di essere un impiegato regolare, si fece largo tra le scrivanie e uscì in strada, e una volta lì iniziò a correre in direzione della casa del suo amico, dando a quella morte un esclusivo senso di redenzione per se stesso.

La scala di quella casa era diversa da quella della soffitta! Al piano di sopra non ci sarebbero stati corpi sui muri, ma candele accanto a un amico.

La porta era aperta. Entrò. Non era mai stato lì, ma pensò che le frecce indicassero la camera mortuaria. Non aveva mai visto una persona morta. Arrivò accanto al letto del suo compagno e l'emozione gli impedì di piangere.

Il cadavere sembrava enormemente rimpicciolito. Ricordò la voce dell'amico, il suo modo particolare di tenere la stecca. Adesso era davanti a lui, asciutto, con il naso puntato verso l'infinito. Quel corpo gli sembrava così asciutto, così morto e simile a un minerale, che a Ignacio non bastò pensare che quello che gli era successo era semplicemente che il suo cuore aveva smesso di battere. Qualcosa di più profondo era accaduto al suo amico; era fuggito da lui. Qualcosa che non si poteva toccare, di non fisiologico, molto più vitale del sangue, dell'aria nei polmoni o del cervello. L'anima, ovviamente, e il necrologio lo diceva molto chiaramente: «Ha dato la sua anima al Signore».

Dal suo corpo –non dalla sua anima –era fuggito - fino alla Risurrezione - lo Spirito Santo.

Fu invaso da una grande tristezza e per molti giorni la voce del suo amico e l'immagine del funerale, presieduta degnamente dal padre e al quale assistette, sostituì nella sua memoria qualunque altra immagine o voce. Ignacio arrivò al cimitero con gli amici intimi e i familiari, senza un ruolo evidente, potendo rispondere solo, se interrogato: «Giocavo a biliardo con lui».

Doveva essere un avvertimento. Avrebbe coltivato quella tristezza come un'altra reliquia, di quelle che non si confidano a nessuno. Avrebbe ricevuto aiuto da un elemento di grande forza, appena arrivato in città: l'autunno, che avanzava tra comizi e previsioni.

L'autunno arrivò in ottobre. Un ottobre profondo, attraversato da luci, di rara ricchezza interiore, turbato di tanto in tanto dal ricordo della soffitta. Le piogge erano arrivate a Girona, tingendola di un colore grigio che dava alle sue pietre una dolce nobiltà. Perché non piangere? Da sempre, la pioggia commuoveva Ignacio, come il calore del fuoco commuoveva i vecchi. E aveva

sempre ascoltato con gioia i racconti di sua madre sulla pioggia sui monti baschi, che finiva per far increspare il Mar Cantabrico. In quell'occasione l'acquerugiola era in sintonia con il suo stato d'animo, e quindi ci si cullava.

Lo commuovevano soprattutto i suoni inaspettati che a Girona l'acqua strappava alle cose. Ad esempio, le gocce si affondavano nel fiume, come dita o come argento. O i suoni della scalinata del Duomo. O dell'anima. La pioggia attirava i suoni dall'anima e Ignacio percepiva questo mistero con perfetta chiarezza.

\* \* \*

Eppure, nessun mistero sarebbe bastato a fermare il fiume del suo cuore. Era impossibile combattere quella corrente. Il suo amico era già stato sepolto; le ore e la stessa pioggia diluivano la sua figura minuta. Le immagini di *Crónica*, invece, sembravano scendere da sole le scale della soffitta e avvicinarsi a lui, esposte sullo sfondo bianco della parete. Erano gigantesche e avevano una scorta. A destra, le teorie di David e Olga, a sinistra il «Ti accompagnerò io...» di Torre di Babele.

Con questo peso un pomeriggio andò a casa di Julio. Volevo chiedergli il secondo volume di *Delitto e castigo*. Voleva anche ascoltare qualche brano musicale, qualsiasi cosa, purché non fosse complicato.

E poi sopraggiunse la rivelazione. Tutto avvenne con una semplicità sconvolgente. Julio non era in casa, e nemmeno la cameriera. Fu ricevuto dalla signora Amparo Campo: «Ti trovo strano..., ma stai molto bene...»

Si accomodò e prese un cognac. E subito si ricordò della frase di José: «Non hai visto che ti mangia con gli occhi?» Era vero. La signora Amparo, che indossava un vestito rosso, gli disse: «Sei diventato un ometto!» Era anche vero. I baffi neri non erano più solo accennati e la sua voce aveva acquistato forza.

– Sono molto felice che tu sia qui!

Ignacio era molto nervoso. Guardò quella donna e fondamentalmente, nulla idi lei lo disturbava; e ravvisava persino una certa grazia in quegli orecchini pendenti.

–Perché non ti siedi qui, accanto a me? Starai più comodo.

## **2.2 Un millón de muertos**

### **Traducción del capítulo 14**

**Dal 1° settembre 1936 al 31 marzo 1937**

DURANTE I MESI DI SETTEMBRE E OTTOBRE si verificarono importanti avvenimenti di ordine militare e psicologico. In primo luogo, le forze «nazionali» che, partendo dalla Galizia, intendevano ricongiungersi con il generale Aranda – che era stato chiuso all'interno di Oviedo dai minatori – riuscirono ad aprire un varco, a forzare il blocco e ad entrare nella capitale delle Asturie. Il fatto era estremamente importante, in quanto dimostrava che i minatori potevano essere battuti. Neanche il blocco di Huesca sfociò con l'occupazione. Huesca continuò a resistere. Teo era lì, incollato alla Valenciana, ma la sua formidabile natura non poteva essere utilizzata. Ascaso dava per scontato che i «nazionali» avessero dissepellito Galán e García Hernandez, e li avessero fucilati di nuovo. Con queste ed altre notizie, il capo anarchico infiammava gli animi del suo popolo, ma Huesca non si arrese. Un compagno di Teo, volontario catalano, commentò: «Beh, li avranno respinti. Ma io dalla parola sacerdote la *sa* di sanità l'ho tolta».

In secondo luogo, i «nazionali» occuparono Irún e San Sebastián. Le forze del generale Mola ebbero il sopravvento sull'esercito basco fino a collegare il confine con la Francia. Fu un combattimento drammatico, che in pratica era iniziato il primo giorno della rivoluzione. I baschi si difendevano con ardore e con fede. La corporatura atletica della razza permise loro di spingere gli sforzi ben oltre l'umano. Ci furono momenti – a Peñas de Ayala, a San Marcial – in cui ciò che spuntava dalla terra non era fumo, ma terra e fumo, e in cui i corpi aderivano al mitra e al parapetto come ventose dotate di volontà. Era terribile sapere che quelli che combattevano erano fratelli. Visto da un aereo, cosa si poteva pensare? I berretti rossi – tra i quali spiccava quello di Germán Ichaso, primogenito di don Anselmo Ichaso – erano scaglie di sangue che si riversavano sui Pirenei. Quelli che combattevano erano fratelli! I baschi che si opponevano all'avanzata di quei *requetés*, che gridavano «Viva Cristo Re» non avevano nulla a che fare con Durruti o Axelrod. C'erano alcuni del Fronte Popolare e, mescolati a questi, alcuni volontari francesi e belgi, perfettamente disciplinati.

Tuttavia, il nucleo dei loro quadri era costituito da nazionalisti baschi, ferventi cattolici, e tra loro si schierarono, intonando inni, un fratello della stessa Carmen Elgazu, Jaime Elgazu, il *croupier* del Kursaal, di San Sebastián. Così, quando i *requetés* sparavano, sparavano contro esseri umani che recitavano le stesse preghiere e cantavano le stesse canzoni: *Riau, Riau; La Sequía: Addio, Pamplona...* Sparavano anche ai preti! È vero, c'erano sacerdoti separatisti che maneggiavano bene le armi, che mentre assistevano i moribondi continuavano a lanciare bombe. Agivano secondo coscienza e ritenevano, come l'oratore sacro che Mosén Francisco ascoltava alla radio, di difendere la causa del popolo come l'aveva difesa Cristo: «Cristo proveniva dal popolo», aveva affermato il presidente basco Aguirre. E a questo aderirono i sacerdoti, che preferirono combattere con i «guerrieri», piuttosto che schierarsi con don Anselmo Ichaso. Cosa si poteva

pensare mai da un aereo? Che il minuto d'amore richiesto da Ignacio non era ancora arrivato, che tutto era terrificante e che un vento folle batteva sulle leggendarie coste della Cantabria.

Parte dell'esercito basco sconfitto si ritirò verso Bilbao, prendendo in ostaggio molte donne. Ma c'erano unità che non avevano altro sbocco se non la Francia. I combattimenti sul ponte di confine con Hendaya e sul Bidasoa furono orribili. I proiettili inseguivano chi attraversava il fiume a nuoto o in barca; e quanto al ponte internazionale, ci furono dei fuggitivi che erano stati fucilati nello stesso istante in cui avevano calpestato la linea di confine. Entrarono in Francia morti, e lì i loro cadaveri avrebbero ricevuto il definitivo *droit d'asil*. Molti rappresentanti francesi e diplomatici assistettero dall'alto all'aspra battaglia, come gli inglesi, dalle alture di Gibilterra, muniti di binocolo, avevano assistito ai combattimenti navali. Non capivano le ragioni del conflitto ed esclamarono: «*Ah, ces espagnols!*» Alcune donne strapparono un bottone dalle giacche dei fuggitivi, per conservarlo come ricordo.

Irùn fu data alle fiamme. Le case crollarono. San Sebastián rimase quasi intatta e la bellezza della sua baia si offrì agli occupanti. Alla manovra aveva collaborato, opportunamente dalla costa, la scarsa Marina Militare «nazionale», mentre quella «rossa» si era rifugiata nel Mediterraneo.

A Pamplona, don Anselmo Ichaso, all'uscita dal Tedeum nella cattedrale, azionò la leva della sua rete ferroviaria e tutti i minuscoli treni, ornati di stelle filanti, sfilarono davanti alla stazione di «San Sebastián», alla presenza del proprio figlio mutilato, Javier Ichaso, e de «La Voz de Alerta», che era stato invitato alla cerimonia. L'altro suo figlio, Germán Ichaso, in realtà, entrò nella capitale di Guipúzcoa con la colonna di Cayuela. Aveva promesso di farsi il bagno a La Concha, ma non lo fece. Invece, in segno di giubilo, gettò in acqua tutte le bombe a mano, che risuonarono lugubrement. Molti *requetés* lo imitarono e sott'acqua i pesci fuggirono, comunicandosi la tremante notizia. Ora le Compagnie navarresi si sarebbero trasformate in Brigate e poi in Divisioni.

La vittoria del generale Mola, in un settore strategico come la provincia di Guipúzcoa, scatenò un'esplosione di entusiasmo in tutta la zona «nazionale», dalla Galizia e Castiglia all'Estremadura e all'Andalusia. Queipo de Llano disse alla radio: «Li abbiamo presi a calci in un posto che conosco». Mateo, già accorpato al fronte, nell'Alto del León, in unione con José Luis Martínez de Soria, allungò il braccio fino quasi a toccare una stella. Il compagno Núñez Maza, completamente dedito ai servizi della Propaganda, se la prendeva con gli altoparlanti, e María Victoria masticava una cicca speciale a Valladolid. Al contrario, nella zona «rossa» la sorpresa fu triste. Il Governo non trovò le parole precise per giustificarlo. Axelrod, l'uomo nato a Tiflis, e con lui i soldati russi che operavano al suo fianco, si indignarono contro il Ministero della Guerra. A Barcellona, Ana María riuscì, come sempre, a introdurre il bollettino nel paniere dei viveri destinato

al padre, che si trovava ancora nel Carcere Modello. Suo padre comprese. A Girona, il colonnello Muñoz passò un intero pomeriggio a guardare attraverso le finestre.

Il terzo evento militare più importante di quel mese di settembre fu la presa di Badajoz e di conseguenza l'unione, il collegamento degli Eserciti «nazionali» del Sud e del Nord lungo il confine del Portogallo, un legame che avrebbe influenzato con forza il corso degli eventi. In effetti, permise il coordinamento della campagna, con una sola mano, e la spinta in avanti delle truppe di strada del Sud, in direzione di Toledo, il cui Alcázar resisteva ancora, e di Madrid. Franco inviò queste truppe. I mori erano molto efficaci nell'offensiva, soprattutto se i legionari gli stavano alle calcagna. Le loro strane urla sconcertavano i miliziani, così alcuni di essi assicuravano che non erano veri mori, ma frati in incognito. Il tentativo di liberare l'Alcázar di Toledo diventò una corsa contro il tempo, di estrema importanza morale. Tutti, non importa chi fosse o meno dalla loro parte, si chiedevano: Sarebbero arrivati in tempo? Provarono con la benzina, ma il tentativo fallì. Ora, esperti dinamitardi continuarono a collocare ordigni nella fortezza per farla saltare in aria. Prepararono due gigantesche mine, una comunista, l'altra anarchica, e diversi operatori cinematografici, tra cui il giornalista belga Raymond Bolen, amico di Fanny, attendevano il momento. L'artiglieria, posta quasi ai piedi delle mura, ridusse ogni cosa a brandelli, e l'interno doveva essere ormai un cimitero. Il Governo di Madrid annunciò più volte che la resa era imminente. «Resistere è disumano!» «Fate uscire almeno le donne e i bambini!» I capi rivoluzionari –Margarita Nelken, Victoria Kent, Federica Montseny e la Pasionaria –affermarono che il colonnello Moscardó, il difensore, era un criminale. Olga ne era assolutamente convinta. D'altra parte, il dottor Relken stimava che militarmente la difesa fosse un notevole successo, molto rappresentativo dello spirito enfatico della razza, e che mettesse a dura prova l'ingenuo Alto Comando di Madrid.

Il quarto fatto di armi di quel mese di settembre fu il singolare fallimento della spedizione catalana a Maiorca, agli ordini del capitano Bayo, spedizione formata da circa quattordicimila uomini, tra cui Santi e molti altri di Girona, così come la Corporazione dei camerieri volontari. Il capitano Bayo, che si adoperò affinché l'operazione fosse condotta sotto la bandiera della Generalitat della Catalogna e non sotto la bandiera della Repubblica, salpò dal porto di Barcellona e sbarcò sulla costa maiorchina, a Cala Madrona, a sud di Porto Cristo, e successivamente, nella cala Morlando, senza grosse difficoltà. L'isola era scarsamente presidiata e vi regnava molta confusione, sebbene i porti naturali di Soller, Pollensa e Alcudia fossero stati armati con l'artiglieria delle caserme. Ben presto, lo sbarco delle milizie catalane seminò confusione ovunque. Se fossero state truppe disciplinate ed esperte, la battaglia non avrebbe avuto colore. Tuttavia, i miliziani mostrarono una schiacciante imprevedibilità e insaziabilità per il bottino, dando tempo ai difensori di reagire e organizzarsi; si distinsero in particolar modo i pelotari del Frontone delle Baleari.



Fattore decisivo, senza dubbio, fu l'arrivo a Maiorca di una squadriglia di aerei italiani che presero il controllo in volo e che paralizzarono i riflessi dei membri della spedizione.

Il capitano Bayo dovette imbarcarsi di nuovo e tornare a Barcellona. A Maiorca lasciò molti morti e prigionieri e allo stesso tempo portò in Catalogna alcuni soldati che erano passati nelle sue file. La rabbia degli sconfitti si riversò all'unanimità sullo stesso obiettivo: l'intervento italiano. «Quel finocchio di Mussolini!» «Ci ha bruciato come i neri!» I giornalisti di Barcellona pubblicarono resoconti dettagliati sull'evento, che alla Banca Arús furono divorati avidamente; si affermava che l'isola delle Baleari viveva sottomessa al capriccio di un favoloso cavaliere romano, il conte Aldo Rossi, avvocato di professione ed esponente di spicco del Partito Fascista, che girava in sella a un cavallo bianco, con indosso dei pantaloncini; alla cintura aveva braccialetti con pallini e un piccolo arsenale di coltelli e granate. Secondo *El Diluvio*, il conte Aldo Rossi, come compenso per l'aiuto prestato alle vacillanti autorità fasciste di Maiorca, impose loro la sua volontà, sia sportiva sia omicida. «*Sparate all'improvviso...*» era la sua espressione preferita. «Alcune contadine – riferiva *El Diluvio* –, vedendolo galoppare di notte per le strade polverose dell'isola, vedevano in lui una sorta di incarnazione di San Miguel».

Tali eventi erano chiari come la luce e avevano il pregio di fissare le posizioni. Coloro che volevano la vittoria dei «nazionali», ignorarono le procedure utilizzate e trovarono una base sicura per le loro speranze; coloro che confidavano nel travolgente trionfo del Governo della Repubblica compresero finalmente che, come ammetteva Prieto nei suoi discorsi e come affermava il dottor Relken nelle sue conversazioni con Julio, «il nemico era forte». Ovunque si parlava di mancanza di disciplina ed era superfluo che «ognuno agisse per conto proprio». Le teorie del generale – scomparso improvvisamente da Girona insieme alle figlie, richiamato misteriosamente dal Ministero della Guerra – trovarono conferma di giorno in giorno. Se i nazionalisti baschi, combattenti di prim'ordine, non erano riusciti a sconfiggere le forze di Mola, come avrebbero potuto sconfiggere i difensori di Saragozza, le eterogenee milizie di Durruti? E come fermare quelli che avanzavano in direzione di Madrid? Sarebbe stato necessario ripartire dalla base, preoccuparsi mille volte di più della prima linea e mille volte meno delle retrovie. Cosa facevano così tante macchine che pattugliavano qua e là? E tanti uomini utili che chiedevano documenti per strada? Perché la colonna «Hierro» aveva lasciato in blocco il fronte di Teruel per «ispezionare la marcia della rivoluzione a Oriente»? Prima la guerra, poi la rivoluzione. Fu lo slogan che si aprì un varco, di fronte alla rabbia del Responsabile, che capì che era possibile portare a buon fine contemporaneamente entrambe le cose.

Queste disavventure, tuttavia, non compromisero affatto il morale per la vittoria, esistente nella zona «rossa». Le loro possibilità erano ancora molto grandi e in molti aspetti della guerra, i «nazionali» difficilmente potevano opporre altro se non la tecnica, la disciplina e la fiducia negli errori del nemico... *El Demócrata*, portavoce come sempre delle meticolose statistiche del capo socialista Antonio Casal, pubblicava in proposito note molto precise. «Le riserve della Banca di Spagna continuano ad essere nostre e nostre sono le zone industriali del Paese e le grandi fabbriche di armi. La Marina combatte integralmente al nostro fianco –cinquanta unità, compresi dodici sottomarini –e tutti i porti del Mediterraneo e quasi tutto il Nord sono, intatti, in nostro potere. Qualcosa di simile si può dire dell'Aviazione. La nostra rete di aeroporti si sta perfezionando, mentre la rete nemica resta confinata all'interno, con piste di atterraggio o molto distanti o scaglionate malamente. Il controllo dell'aria corrisponde ai ribelli sullo stretto fronte di Guipúzcoa ed è nostro, clamorosamente, sugli ampi fronti dell'Aragona e del Sud. Tutte queste cifre e altre simili dimostravano al popolo di Girona che, nonostante le battute d'arresto, altrimenti normali in qualsiasi avventura a lungo raggio, il risultato finale non dava adito a dubbi.

Solo il colonnello Muñoz, con la sua caratteristica obiettività che, tra le altre punizioni, lo aveva reso celibe, analizzava diversamente le circostanze. Il colonnello Muñoz, dal 18 luglio, indossava abiti civili, ma ciò non diminuiva di una virgola la sua competenza negli affari militari. La sua opinione, che non esitò ad esprimere al caffè Neutral, dove ormai si recava spesso, accompagnato da diversi dipendenti della Banca Arús, era che le riserve auree di cui parlava Antonio Casal e che esistevano nella Banca di Spagna –la Spagna era probabilmente la terza potenza mondiale in valuta d'oro –potevano essere ben utilizzate oppure no. «Se l'onestà si trasforma in armi, i calcoli di Antonio Casal saranno esatti, ma se vengono usati per giocare alla roulette a Montecarlo, tutto sarà perduto.» Quanto al vantaggio iniziale di possedere le zone industriali del paese, il fatto era innegabile, sebbene per una lunga guerra anche le zone agricole avevano la loro importanza. «Quello che mi spaventa è la carenza di tecnici nelle fabbriche militarizzate, come la Soler. Come dice molto bene Cosme Vila, fare un bottone non è la stessa cosa che fare una bomba. E la mancanza di certe materie prime? Antonio Casal propone il nostro dominio nel mare come soluzione... All'atto pratico, non è così semplice! Adesso paghiamo le conseguenze di aver buttato in acqua tanti ufficiali a Cartagena... Sì, non ho alcun problema ad ammetterlo e lo affermo: quella è stata una mostruosità. Nella recente battaglia di San Sebastián, per mancanza di comando, la nostra potente Marina si è vergognosamente ritirata nel Mediterraneo, cedendo il Mar Cantabrico a poche feluche nemiche. E se i miei rapporti non mentono, gli equipaggi dei nostri dodici sommergibili non osano immergersi per paura di non sapere come tornare a galla più tardi». Il colonnello Muñoz affermò che qualcosa di simile era accaduto

nell'Aviazione. Al momento, la superiorità nel numero di dispositivi apparteneva al Governo della Repubblica, ma detti velivoli erano di mille marche diverse, il che impediva un adeguato coordinamento, e anche il numero di piloti spagnoli competenti era molto ridotto. «Naturalmente, abbiamo assunto piloti francesi e nordamericani con forti incentivi all'arruolamento e un altro generoso incentivo sui velivoli abbattuti; ma non sono sicuro che per soldi l'uomo possa diventare un eroe, e mi preoccupa anche la possibilità che, tra non molto, Hitler e Mussolini forniscano a Franco una flotta aerea superiore alla nostra».

–Se mi permettete di esprimere la mia opinione –concluse il colonnello Muñoz –, vi dirò che, secondo me, i nazionali hanno vinto il primo *round*.

Le teorie del colonnello Muñoz non facevano una piega. In pochi condividevano il suo pessimismo, anche se la giornalista inglese Fanny, spesso presente al Neutral, insieme a Julio García, sosteneva con insistenza che le parole del colonnello fossero vere. Infatti, ciò che Torre di Babele rispondeva immancabilmente al colonnello Muñoz, rappresentava il sentimento della maggioranza. «Mio colonnello, tutto quello che lei afferma non cambia la radice della questione. L'oro è ancora in nostro possesso e anche gli umili impiegati della Banca sanno cosa significa. Senza denaro si può vincere il primo *round*, ma non il secondo. Nonostante la battuta sui sottomarini che non volevano bagnarsi e le mille marche dei nostri aerei, i fascisti crolleranno. A Franco non lo salverà né Alfonso XIII né il pirata Juan March. E andiamo...!»

E il fatto è che ogni leader, dalla sua posizione, cercava di dimostrare che l'ottimismo generale era giustificato, a volte usando argomenti che invitavano a leccarsi i baffi. Così, ad esempio, a fine settembre *El Demócrata* annunciò trionfalmente che gli attesi, massicci acquisti di materiale bellico all'estero sarebbero diventati una realtà. «Il compagno Julio García, alla vigilia della partenza per la Francia e l'Inghilterra, per l'acquisto di armi, nell'ambito di una commissione ufficiale nominata dalla Generalitat! Saluti al compagno Julio García!» *El Demócrata* aggiungeva che i membri di questa commissione erano praticamente gli stessi che nei primi giorni della Rivoluzione avevano ottenuto da Leon Blum e dal ministro dell'Aeronautica francese, Pierre Cot, i cinquanta aerei *Potez*.

Julio brindò nel mobile bar di casa sua, insieme alla signora Amparo. «Alla tua salute, cara!» La signora Amparo inarcò improvvisamente le sopracciglia: «E perché ti fai chiamare *compagno?*».

Anche Cosme Vila accumulò argomenti pieni di speranza. Certo, non dava la benché la minima importanza al viaggio di Julio García e «aiutanti». «L'Inghilterra e la Francia venderanno armi al miglior offerente.» «Se Franco paga più della Generalitat, le venderanno a Franco.» Cosme Vila basava il suo ottimismo sugli aiuti russi. «Senza bisogno di Commissioni né di polizia, la

Russia si era sollevata a favore del popolo spagnolo. Li rifornirono di personale tecnico e materiale di ogni tipo, via mare, al ritmo che imponevano gli eventi. Nell'ultima settimana, quattro navi mercantili –la *Rostok*, la *Neva*, la *Volga* e la *Brahmil* –erano partite da Odessa e da altri porti dell'Unione Sovietica, dirette a Cartagena. Queste navi, nel viaggio di ritorno, imbarcheranno duecento volontari spagnoli che, dopo i necessari addestramenti, otterranno in Russia il titolo di piloti di bombardieri o di caccia.»

Cosme Vila aggiunse che la Russia aveva deciso di violare l'accordo di «NON INTERVENTO» negli affari spagnoli, firmato di recente a Londra, dopo aver verificato che tale accordo era uno stratagemma inventato dalle democrazie per favorire Franco. *El Proletario* descrisse Chamberlain come un «gesuita sotto mentite spoglie» e Roosevelt come un «paralitico spirituale». Si ricordò che Franco aveva dichiarato che il suo maestro era Pétain e che il Papa mandava oro ai ribelli. Infine, riferendosi all'equilibrio militare, nel primo *round*, sottolineò che subire certe battute d'arresto era conveniente. Il popolo, che tendeva al caramelloso e al sentimentale, ora cominciava a soppesare adeguatamente il fascismo. Ora sapeva che gli italiani –e lo stesso valeva per i tedeschi –erano disposti a massacrare le persone in tutto il paese, proprio come avevano fatto in Abissinia. Ora i contadini estremisti avevano già sentito da vicino le gumi marroquí e molte delle loro mogli e figlie avevano già conosciuto lo stupro. Tutta la Spagna, dalla costa basca alla Linea e Gibilterra, era convinta che lo slogan «pietà per i vinti», lanciato da Prieto, fosse un inganno criminale ordito da uno spirito debole.

Anche il Responsabile aveva le sue ragioni per non dubitare della vittoria; come pure Alfredo el Andaluz, sostituto di Murillo nel POUM, e gli architetti Massana e Ribas, di Estat Català, e David e Olga; e così pure tutti quegli uomini e quelle donne che passando davanti alle bandiere, salutavano col pugno alzato.

D'altra parte, se era innegabile che vi fossero carenze gravissime, forse anche più gravi rispetto a quelle segnalate dal colonnello Muñoz, era anche vero che queste erano compensate dai tratti di efficienza e dedizione che abbondavano sia nelle retrovie come al fronte.

La retrovia! Oltre al crescente successo della «Cassetta postale del Miliziano» e alla decisione del Direttore della Banca Arús di consegnare a Soccorso Rosso il contenuto delle cassette di sicurezza private, affidate alla sua tutela, fu necessario citare l'adattamento quasi miracoloso di molte persone ai bisogni creati dalla lotta. Quest'ultimo era importante, significava il trionfo della dinamica e andava dalla piccola piantagione di tabacco artigianale, tentata dal suocero di Cosme Vila, il guardiano, all'offerta spontanea di alcune donne di guidare camion e tram, l'abbondanza di giovani di entrambi i sessi che avevano iniziato a studiare il russo e l'abilitazione dell'«Asilo Durán» per rieducare gli orfani di fascisti e gli ex seminaristi.

Quanto al fronte, il riferimento dei dati positivi era infinito. A Barbastro un miliziano di Ascaso si recò nel carcere cittadino per vedere il padre, arrestato come carlista, e appena gli fu davanti gli sparò due colpi. Squadre chiamate «della morte», perché avevano promesso di entrare nel campo nemico e di non tornare, finché non avessero potuto portare una mitragliatrice o tre teste. Pastori che, dal territorio «nazionale», comunicavano notizie attraverso il loro gregge di pecore, raggruppandole o separandole secondo un codice concordato. Macellatori che, del bestiame macellato dal Quartiermastro in prima linea, utilizzavano non solo la carne ma anche il sangue, indispensabile negli ospedali per le reazioni di Wassermann e per le colture; i budelli, tanto necessari per ottenere il filo sutura «catgut»; il grasso, di applicazione industriale, per la pirotecnica della guerra, eccetera. E altri esempi di natura emotiva, come quello fornito dai compagni del battaglione «Germen» nel settore di Teruel, i cui uomini impiegavano il loro tempo libero per fabbricare stampelle e bastoni per anziani e bambini mutilati dai bombardamenti. Era, certamente, uno spettacolo magnifico quello che offrivano abbattendo gli alberi, segando il legno e poi lucidandolo, sotto la direzione di un caposquadra. Ogni bastone recava le iniziali del suo costruttore, così Julio García ne chiese uno per il suo Museo privato, che recentemente si era arricchito di un vecchio spegni candeles, il cui cono era d'argento.

Ah no, niente andò perduto! Come avrebbe fatto a perdersi! A parte ciò, la valanga di volontari continuava a ritmo crescente, senza contare che in diverse capitali europee era iniziato il reclutamento di veterani combattenti internazionali, che presto avrebbero portato la loro esperienza. Questo fu un fatto straordinario e dimostrò l'ampia ripercussione che stava avendo il conflitto spagnolo. Il commissario H... Julián Cervera, di ritorno da un breve viaggio a Perpignan, portò la notizia che si trovavano già nel sud della Francia, in attesa dell'occasione per entrare, non solo diversi comunisti e socialisti, ma anche un gruppo di ebrei espulsi dalla Germania, il cui obiettivo era «protestare contro l'espulsione della loro razza da parte di Isabella la Cattolica». Questi ebrei parlavano yiddish, e tra loro c'erano molti polacchi e arabi palestinesi.

D'altra parte, anche i fascisti avevano commesso errori e goffaggini, sottraendo anche risorse e creandosi dei nemici... Per accertarsene bastava ascoltare le loro stazioni radio, leggere i loro giornali e, soprattutto, interrogare i soldati che passavano. L'ultima assurdità trasmessa da Queipo de Llano diceva: «Faremo una città di Madrid; di Bilbao, faremo una fabbrica; di Barcellona, un terreno edificabile». Prospettiva stimolante! Le «norme» di moralità pubblica per l'estate, inserite nei giornali, riportavano il lettore all'inizio del secolo; e, a quanto sembrava, nelle mostre di pittura e scultura, i nudi erano proibiti. I soldati contavano e non la finivano di affermare che le «ragazze di buona famiglia», che a Girona erano dedite a lavare pavimenti e lavandini, a Saragozza e in altre

città, erano dedite a compiacere i mori. La stampa francese descriveva il territorio ribelle come «la reincarnazione del Medioevo».

E c'era di più: l'autunno portava con sé due novità, il cui significato esentava da ogni altra testimonianza. La prima fu una lettera pastorale resa pubblica dal cardinale Gomá; la seconda, l'assassinio di García Lorca. Il giallo e la malinconia dell'autunno, che al solo rannicchiarsi sui tetti predispondeva alla moderazione, non riuscirono a ridurre di un decimo l'irritazione che colse tutti gli antifascisti spagnoli.

La lettera pastorale del cardinale Gomá, arcivescovo di Toledo e primate di Spagna, descriveva la contesa come una «vera crociata a favore della religione cattolica» e assicurava che, «se Dio avesse fatto trionfare l'Esercito nazionale», gli operai «avrebbero definitivamente imboccato la via del raggiungimento delle loro giuste rivendicazioni».

Crociata! E gli omicidi alle Canarie? E la presenza dei mori? E la promessa di consegnare le miniere del Rif a Hitler, la cui dottrina nazista escludeva il cattolicesimo e lo perseguitava fino alla morte? Cristo aveva detto: «Vi lascio la pace, vi do la mia pace». Cristo non aveva dichiarato lo stato di guerra ai monti e alle valli d'Israele.

Quanto alla seconda notizia, aveva lasciato senza fiato mezza Spagna. Sì, era successo: che da entrambe le parti, il nemico si preoccupava di allertare l'anima. García Lorca fucilato a Granada dai «faziosi»! Era possibile? García Lorca assassinato! Nessuno avrebbe potuto spiegare le ragioni di un tale crimine. La testa gitana e lo sguardo olivastro dello scrittore gridavano vendetta dai quattro punti cardinali. Ben presto le guardie civili furono accusate dell'attentato. Si disse che García Lorca fosse stato sorpreso mentre era nascosto in casa di un amico, e che fu portato in un uliveto, di notte, e lì fu fucilato alla luce argentea della luna, che lui aveva chiamato «la mia storia sentimentale». Tuttavia, in seguito si seppe che le guardie civili erano i semplici esecutori dell'atto, che colui che aveva denunciato il poeta era un deputato «di destra», probabilmente per rancori personali. David, che spesso aveva sottolineato come la maggior parte degli intellettuali fossero rimasti assoggettati al Governo, sentì una stazione straniera al servizio dei militari, che attribuiva al poeta una tessera del Partito Comunista. Ma il professor Morales prima, e Axelrod, poi, lo negarono. Il professor Morales aveva conosciuto García Lorca durante una visita che il poeta fece in un paese della provincia, Cadaqués. García Lorca lo aveva profondamente impressionato, perché aveva «negli occhi e nelle parole quel palpito che gli uomini grandi e umili tendono ad avere». Quindi affermò che i fascisti avevano ucciso il poeta solo per quel motivo, perché era l'opposto di Queipo de Llano e di Millán Astray, perché rappresentava il sentimento e l'idea. «García Lorca aveva scritto *Nozze di Sangue* e i fascisti avevano versato il suo, per brindare».

Julio García, nel caffè Neutral, fece una dichiarazione che aveva causato un enorme stupore: il poeta era così diverso, era così disgustato dalle classificazioni, che non solo era un amico personale di José Antonio Primo de Ribera, ma aveva ricevuto da lui –e accettato –l'incarico di comporre il «Poema» della Falange! «Solo Federico può farlo», aveva detto il fondatore «fascista». Julio García addusse un fatto eloquente a favore della sua tesi: «Dal 18 luglio García Lorca, a Grenada, si era nascosto nella casa dei suoi amici falangisti. Ultimamente, nella casa di Luis Rosales, poeta anche lui».

Le parole del poliziotto indignarono l'uditorio. Tutti gli ricordarono «Il romanzo della Guardia Civile spagnola» e altri testi simili. «Non siate sciocchi! –intervenne Julio -. Le guardie civili sono state solo gli esecutori. García Lorca aveva amici anche nel Palazzo Episcopale.»

Fu inutile. D'altra parte, non faceva differenza che le circostanze fossero queste o altre. García Lorca era morto e la sua morte –Fanny e Raymond Bolen inviarono un impressionante necrologio alle rispettive reti di stampa –trasformò il poeta in un eroe e in un mito. Gente che non aveva mai letto una sua metafora gridava: «Guerra senza quartiere!» Molti tricorni rotolarono di nuovo lungo la strada... E lo stesso Jaime, ai Telegrafi, ricordando i Giochi Floreali, confessò a Matías Alvear che era stata una mascalonata. Jaime aveva sempre ammirato molto García Lorca. «Non mi uccideranno mai per i miei versi», disse malinconicamente. Le poesie di Federico che più amava non erano né quelle degli zingari né quelle di New York, ma erano quelle sulla natura. Portava sempre nella borsa la *Canzone d'Autunno* e il giorno in cui il generale Mola entrò a San Sebastián, Jaime non poté fare a meno di leggere la prima strofa al padre di Ignacio e al miliziano che era al suo fianco, a censurare i telegrammi:

*Oggi ho nel cuore  
un vago tremolio di stelle  
e tutte le rose sono bianche,  
bianche come la mia pena*

## **Traducción del capítulo 22**

IL GELO DI NOVEMBRE e il freddo si erano trasformati in pioggia. Dio aveva fatto piovere e la pioggia cadde dolcemente su Bilbao, grigia su Gerona, giallognola sui campi di Castiglia e sulle terre desolate di Teruel. La pioggia cadde anche sul mare: –perché mai piove sul mare? –e

innumerevoli Carmen Elgazu sentivano tutta la paura dell'inverno che si avvicinava, con gli uomini immersi nella guerra. La guerra d'estate era come un ventaglio piegabile, il trionfo di ruscelli di acque limpide; ma l'inverno... Solo la figlia del capo del Coccodrillo, rinchiusa in Manicomio, continuava a issare quello striscione con su scritto: «Grazie».

Lunga guerra... Nessun crollo improvviso, nessuna circostanza insolita. Le due parti si ingrandivano, finché una di esse, scoppiando, avrebbe sommerso l'avversario con il suo succo. Lunga guerra...

A Carmen Elgazu piaceva la pioggia, perché le ricordava Bilbao. Quando pioveva, Carmen Elgazu gettava subito segatura sul pianerottolo delle scale, e Ignacio, vedendo la segatura, si ricordava subito della Banca Arús e di don Jorge. Quando pioveva, Carmen Elgazu metteva immediatamente un secchio all'ingresso dell'appartamento, per far defluire l'acqua dagli ombrelli e diceva a Pilar: «Dai, figlia, mettili le galosce e stai attenta a non inciampare».

Ogni volta che Carmen Elgazu guardava il calendario, vedeva segnata in rosso la data del 25 dicembre. Il 25 dicembre avrebbe portato la spiegazione di ciò che stava accadendo? Carmen Elgazu sentiva le gocce di pioggia tintinnare nel fiume. Ah, quel bianco Natale a Gerona, quando dal cielo i fiocchi macchiavano la terra e tutti insieme, con Mateo, salivano sul campanile della cattedrale! Quella era libertà, bellezza e vita. Era qualcosa di bello, e si sentiva che il freddo faceva bene perché si fermava sulla pelle. Se nevicasse ora, cosa succederebbe? Il freddo della guerra doveva essere tagliente come dieci falci. La neve in guerra doveva essere fango maledetto. «Signore, proteggici. Proteggi questa famiglia che ti ama.»

Matías Alvear, ai Telegrafi, diceva a Jaime: «Quest'anno, per Natale, non potrò comunicare con mio fratello a Burgos. –Poi aggiunse – Sono sicuro che mio fratello è morto». Matías Alvear aveva paura di Queipo de Llano. «È un brutto.» Riteneva che Queipo de Llano rappresentasse coloro che, nell'altra zona, potevano essere responsabili della morte di suo fratello a Burgos. Jaime gli rispose: «Hanno ucciso García Lorca. Che cosa ci si può aspettare?»

Anche Ignacio vedeva avvicinarsi l'inverno con animo inquieto. Julio gli aveva detto: «La guerra sarà lunga, ma temo che da un momento all'altro sarai chiamato alla leva». Era vero. E il ragazzo non sapeva cosa fare. Francia, Spagna «nazionale»...! Come poteva abbandonare quei tre dell'appartamento sulla Rambla? Tuttavia, si sarebbe anche dovuto separare da loro se avessero serrato i ranghi. Avrebbe voluto fuggire, fuggire come era fuggita Marta... Ma non sapeva come fare. Laura aveva sospeso *sine die* le spedizioni in Francia e a quanto pareva, cani addestrati stavano passando al setaccio i Pirenei. E Julio? Matías Alvear disse a Ignacio: «Sta bene, figliolo. Finiresti per sembrare la nostra balia. Ci penseremo noi e qualcosa verrà fuori...»



Qualcosa verrà fuori... Gli stessi colleghi di Ignacio alla Banca Arús stavano sulle spine, dal momento che la chiamata alla leva aveva già interessato uno di loro, Padrosa. Padrosa aveva dovuto rinunciare alla penna per il fucile –il contrario di quanto consigliavano David e Olga quando, in passato, volevano abolire il Servizio Militare –e la sua sedia vuota fu il costante monito di ciò. Il cassiere disse a Ignacio: «Non fare lo sciocco e offrirti volontario. Così potrai inserirti. Se aspetti che ti chiamino, ti daranno un machete e sarai costretto a farti un sacco di trincea». Machete! Improvvisamente, parole remote acquistarono significato. La parola «machete» rimase impressa nella mente di Ignacio, come se fosse stata lanciata da Sidlo, l’anarchico straniero campione di giavellotto.

E come se non bastasse, Marta se n'era andata. La guerra era dispersione. Tutto accadde come in un sogno. Dalla cucina della scuola, Marta era andata a Barcellona, in via Verdi, e da via Verdi, al Consolato guatemalteco. Guatemala! Un'altra parola che, improvvisamente, acquistò un significato.

Marta, grazie al colonnello Munoz, riuscì a far arrivare nelle mani di Ignacio una lettera scritta con mano frettolosa ed esultante.

*Caro Ignacio: è andato tutto bene. Il Colonnello Munoz – per una volta! – è stato un gentiluomo. Mia madre è venuta a prendermi in via Verdi e siamo già tutte e due al Consolato guatemalteco, da dove ti scrivo. Domani salperemo, non so a che ora, diretti a Tangeri, su una nave italiana.*

*Penserò a te in ogni momento. Caro Ignacio! Avevo sognato di stare insieme a te sempre, sempre, e la guerra si è messa di mezzo. Ma ti amo. E ti amerò ovunque andrò, ogni giorno, sempre di più.*

*Puoi immaginare la nostra intenzione: entrare il prima possibile nella Spagna nazionale. Forse lì potrò essere utile alla Spagna, alla Falange. Lì troverò mio fratello José Luis e Mateo...*

*Promettimi una cosa, Ignacio: che farai l'impossibile per incontrarmi. Promettimelo! Proverai? Non perdo la speranza. Gerona mi fa paura... Provaci. Mille volte ti dico: provaci...*

*Tua per sempre, Marta.*

Ignacio era geloso. Era geloso della Patria, di *Cara al Sol*, di Mateo e del fratello di Marta. «Essere utili alla Spagna, alla Falange...» Temeva che Marta nella Spagna «nazionale» avrebbe dimenticato tutto, che avrebbe dimenticato persino di amare, finendo col nutrirsi esclusivamente di giogo e di frecce.

«Domani salperemo per Tangeri...» Su una nave italiana! Com'era insolito tutto ciò! «Marta, anche io sognavo di stare con te sempre, sempre!» Ti amo anch'io e ti amerò ogni giorno di più, ovunque io vada!»

«Gerona fa paura anche a me... E mi fa paura l'inverno che si avvicina. Che Dio ti protegga, Marta!»

Da metà novembre a fine anno accaddero molte cose. Il Guatemala, l'Italia e la Germania riconobbero, come già aveva fatto la Repubblica di El Salvador, il Governo di Burgos, di Franco, un successo internazionale e diplomatico che, pur notevole, non compensò la battuta d'arresto militare subita a Madrid. E poi, inoltre, per uno strano segno, José Antonio Primo de Ribera e Buenaventura Durruti, morirono in poco meno di ventiquattr'ore. José Antonio morì il 20, fucilato ad Alicante; Il 21 morì Durruti, nella Città Universitaria, per una pallottola sparata dalla Clinica Ospedaliera da mano ignota, forse da un comunista o da un nemico personale.

José Antonio Primo de Ribera, che Núñez Maza pensava fosse quello che era, in primo luogo per il suo talento naturale e in secondo luogo perché aveva assorbito gli insegnamenti di Ortega y Gasset, fu fucilato. I reiterati tentativi di liberarlo, di cui José Luis Martínez de Soria aveva parlato a Mateo, il giorno in cui questi era arrivato ad Alto del León, erano falliti. Fallì il primo tentativo, consistente in una proposta di scambio del fondatore della Falange con un figlio di Largo Caballero, detenuto a Siviglia. Il Governo della Repubblica, nonostante la condiscendenza di Prieto, non fu d'accordo e lo stesso Largo Caballero, convinto che suo figlio fosse stato fucilato da Queipo de Llano, ignorò la proposta. Fallì il secondo tentativo, consistente nell'invio ad Alicante di un emissario falangista, una vecchia guardia –emissario sbarcato il 24 settembre nel porto di questa città, dalla torpediniera tedesca *Graff von Spee*, ancorata in acque territoriali – con la missione di corrompere con del denaro alcuni capi FAI. Fallirono gli interventi del duca d'Alba, di Sánchez Román, e ancora, di Indalecio Prieto e di vari ministri inglesi e francesi. E infine, per motivi sconosciuti, fallì l'ultimo tentativo –a cui aveva preso parte il guardiamarina Salazar –che doveva consistere in un nuovo sbarco ad Alicante, con lo scopo di irrompere nel carcere di José Antonio e rapire il detenuto con la forza.

Nell'Alto del León, quest'ultimo tentativo aveva fatto ben sperare. La partenza del guardiamarina Salazar –a quanto pare doveva incontrarsi a Siviglia con altri sei camerati –era stata entusiasmante. Il guardiamarina era a disagio e l'intera centuria si mise in fila, davanti a lui cantando *Cara al Sol*. Salazar aveva detto: «Non mi dispiacerebbe dare la mia vita per salvare quella di José Antonio». Tutti lo videro partire, augurandogli il meglio. «Forza Spagna!» «Per sempre forza!» Mateo, tra sé e sé, si disse: «Darei anche la mia, di vita, per salvare quella di José Antonio».

La settimana successiva fu una tortura per i falangisti dell'Alto del Leon. Si parlavano appena e, durante le ore di guardia, fissavano le stelle. «Ci proponiamo –aveva detto José Antonio – di restituire alla Spagna e agli spagnoli l'orgoglio di esserlo». Dio, se il tentativo era riuscito! José Luis Martínez de Soria ricordò la visita che José Antonio aveva fatto al Duce nel 1933, in seguito alla quale Mussolini dichiarò che il capo della Falange spagnola era «uno degli spiriti più belli che avesse mai conosciuto».

Ma la sorte fu decisamente avversa. Fu Núñez Maza incaricato di salire sull'Alto del León per comunicare la notizia ai suoi compagni. Non era a conoscenza dei dettagli, ma lo sbarco non era stato neanche tentato. Incomprensibilmente, una stazione radio africana aveva avvertito i «rossi» di quanto stava accadendo.

–Come è possibile?

–Non lo so. Salazar non è ancora tornato. Non so di più.

L'indomani, uno degli autisti giunti con i camion dell'Intendenza dichiarò in tono esaltato che a Valladolid circolava insistentemente una sgradevolissima voce. «A quanto pare –disse –due dei nostri all'arrivo a Siviglia si sono ubriacati e hanno sciolto la lingua con delle donne. Da qui la denuncia della radio africana, che era quella di Tangeri.». Nessuno diede credito a tali sciocchezze. «Quando Salazar tornerà, sapremo la verità.»

Per ora l'unica realtà era questa: José Antonio, su richiesta di diversi ministri del Governo e del Partito Comunista, era stato processato ad Alicante e condannato a morte.

Un fuggitivo della zona «rossa» fornì i dati precisi alle gerarchie della Falange, a Hedilla e al suo Consiglio Nazionale. Durante il processo, l'autodifesa di José Antonio aveva prodotto un discorso di prim'ordine, in virtù del quale non solo i membri del tribunale, ma tutti i presenti in aula –miliziani e milizie che avevano occupato i sedili, desiderosi di guardare da vicino il «signorino» -, per un po', persero la capacità di odiare. Inoltre, José Antonio, nel suo discorso aveva espresso la propria angoscia per il fiume di sangue che stava macchiando la Spagna, offrendosi di recarsi nella zona «ribelle» e negoziare lì un cessate il fuoco, un armistizio, impegnandosi a tornare ad Alicante, dove aveva proposto di lasciare in ostaggio i suoi vari parenti detenuti.

Sfortunatamente, l'offerta non si concretizzò. E all'alba del 20 novembre, José Antonio, accompagnato da due falangisti e due requetés del comune di Novelda, precedentemente processati e condannati, fu condotto nel cortile della prigione, dove era già stato predisposto il picchetto.

I cinque uomini si schierarono e José Antonio disse ai miliziani del picchetto: «Mirate bene, perché avrete bisogno di tutte le munizioni.». Subito dopo, José Antonio gettò a terra il mantello, incrociando le braccia, e avanzò leggermente col piede sinistro. Echeggiò una scarica e José

Antonio cadde per primo. Poi caddero i suoi quattro compagni, i due falangisti e i due requetés di Novelda.

Il cadavere di José Antonio venne trasferito al cimitero e quando fu calato dal camion, si staccò da lui un piccolo crocifisso, che José Antonio portava, legato con un nastro rosso. Il portiere del luogo, Tomás Santonja, raccolse il crocifisso e lo pose nuovamente sulle spoglie di José Antonio, sul petto. Poco dopo il fondatore della Falange fu iscritto nel libro IV dei Registri cimiteriali, con il numero 22.450, tomba numero 5, nona fila, baracca numero dodici.

La conoscenza di questi fatti esasperava i falangisti dell'Alto del León. Mateo ripeté sottovoce il numero 22.450 e si disse che avrebbe fatto tutto il possibile per ricordarlo, mentre diversi suoi camerati –Salazar non era ancora tornato... –giurarono senza indugio di chiarire quanto era successo a Siviglia.

–Chi cade cadrà.

–Lo giuriamo?

–Forza Spagna!

–Forza, sempre!

Inoltre, la notizia della morte di José Antonio si diffuse immediatamente in entrambe le zone. Nella zona «rossa» venne data sbrigativamente, senza clamore, il che significa che a Barcellona, a «radio Siviglia», allo spaccio delle orzate sulla Rambla di Catalogna, diedero versioni per tutti i gusti. In alcuni paesi le ragazze «fasciste» si appuntarono ai capelli una fascia nera, in segno di lutto. Pilar fu una di loro, anche se Matías Alvear, non appena se ne accorse, gliela strappò via, come un giorno aveva fatto con il cilicio di César.

Nella zona «nazionale», diversi falangisti, tra cui Mateo, decisero di chiamare José Antonio «l'Assente». Mosén Alberto commentò: «Questa è idolatria». Ma la parola ebbe fortuna. José Antonio era l'assente insostituibile. José Antonio, in momenti come quelli, momenti di sconforto per la sconfitta di Madrid, con la sua integrità e il suo caldo verbo avrebbe guidato i cuori. Salazar aveva detto: «Con lui tutto sarebbe ancora più rigoroso...» Rigoroso e sicuro. Con lui l'unità era assicurata. «In qualunque circostanza, José Antonio adottava l'atteggiamento esatto, nobile ed efficace. Ora il sostituto capo nazionale, Hedilla, autodidatta di Santander, si sarebbe sentito sopraffatto dalla responsabilità.

L'impatto della morte di José Antonio fu grande. A Burgos, la zia di Pilar e sua figlia Paz potevano testimoniare. Il sangue versato ad Alicante zampillò su di loro. Tre giovani falangisti fecero irruzione nella loro casa, le cosparsero di olio di ricino e poi le salutarono, accarezzandole affettuosamente sulle guance.

Buenaventura Durruti morì nella Città Universitaria di Madrid. Il dio anarchico aveva insistito per prendere d'assalto la Clinica Ospedaliera. Ad un certo punto, mentre scendeva dall'auto che lo trasportava, fu colpito da un proiettile. Durruti crollò, un urlo acido rimbombò nell'aria e il personale del capo lo portò all'Hotel Ritz, trasformato in Ospedale del Sangue, dove un gruppo di medici agli ordini del dottor Rosselló, tentò di salvarlo. Furono ore di angoscia, perché i compagni di Durruti consideravano che quella vita fosse patrimonio del popolo. Anche le Brigate Internazionali inviarono dei rappresentanti all'Ospedale e lo stesso Generale Miaja chiese di essere costantemente informato. Fu tutto inutile. Durruti spirò, riprendendo a malapena conoscenza –solo per un attimo balbettò: «Continuate a combattere» – e i marmi del Ritz Hotel contemplarono con stupore come degli uomini duri, dopo una vita di sfida a tante cose, si gettassero a terra come bambini, tra esclamazioni di rabbia.

Il cadavere fu trasferito a Barcellona e alla sua sepoltura parteciparono, secondo i calcoli della giornalista Fanny, trecentomila persone. Durruti era morto tra i suoi. Se fosse caduto in territorio nemico, sarebbe sceso in silenzio in un'umile fossa. Oppure sarebbe stato scorticato dai corvi, sempre neutrali.

La scossa fu quasi elettrica e a Gerona questa volta toccò a Merche mettersi una fascia da lutto tra i capelli. Avrebbe attraversato la strada con Pilar? I lutti s'incrociarono, certo che sì, sotto la pioggia di novembre. C'erano lutti consentiti; altri no. Santi, il pazzo Santi, diceva ovunque: «Ora non voglio più uccidere il mare. Ora voglio uccidere il fronte di Madrid».

Tra gli esaltati apocalittici c'era José Alvear. José Alvear era arrivato a provare un'autentica venerazione per Durruti, nonostante dicesse sempre di lui: «E attenzione, è brutto...» José Alvear si presentò al Ritz, in compagnia del capitano Culebra, e vedendo il viso già morto di Durruti, rimpicciolito sul cuscino, si eccitò incredibilmente. Il cugino di Ignacio, invece, era ubriaco. Cominciò a salire e scendere le scale. Entrava e usciva dalle stanze e apriva i rubinetti. Canela, vestita da infermiera, arrivata da poco dal fronte di Teruel, seguiva il ragazzo cercando di calmarlo. «Ma stai fermo, per favore!» José Alvear non riusciva a far fronte alla sua rabbia e Canela temé che avrebbe fatto qualcosa di folle.

All'improvviso, il capitano Alvear si ricordò del dottor Rosselló. Il dottor Rosselló era il chirurgo che aveva squarciato Durruti e aveva un figlio falangista! Lo Zoppo l'aveva detto a José. Lo Zoppo aveva aggiunto: «Non c'è nessuno che capisca questo pasticcio».

José fece una smorfia e disse al capitano Culebra:

–Vieni con me in sala operatoria.

–Che succede?

–Voglio fare una domanda al ciarlatano! José aggiunse -: Vieni con me, mi comporterò bene.

Il suo amico acconsentì e scese con lui nel seminterrato del Ritz. Lì trovarono il dottore che si lavava le mani in un lavandino del corridoio, circondato dai suoi collaboratori.

José Alvear si fermò davanti a lui e, inclinando la testa e gettandola all'indietro, sbottò:

–Durruti è morto. Ma scommetto che tuo figlio falangista è ancora vivo!

Il dottore prese un asciugamano e cominciò ad asciugarsi, senza perdere la calma.

–Di che si tratta?

José Alvear si guardò intorno.

–Sentite, compagni? Un figlio falangista e lui, qui, che apriva la pancia di Durruti!

Il dottor Rosselló si sentì addosso diversi sguardi inquisitivi.

–Ehi, stupido –disse, con improvvisa energia, appendendo l'asciugamano – E se a uno nasce un bambino con un occhio solo? Mio figlio ha diciannove anni. Quando ho scoperto che cantava *Cara al Sol*, l'ho buttato fuori di casa. Cosa vuoi? Che io lo trovi e lo uccida?

José Alvear ruttò e sembrò che la sua mano stesse cercando la pistola. In quel momento nel corridoio si accese la piccola luce verde, il che significava che il dottor Rosselló era atteso in sala operatoria.

–Dai, deciditi... –lo sfidò il chirurgo – Mi chiamano in sala operatoria. Uccidimi o lasciami lavorare. –José ruttò di nuovo e guardò il capitano Culebra, come per chiedere consiglio – Ti avverto –proseguì il dottor Rosselló – che non ti prendo a schiaffi solo perché sei ubriaco.

Detto questo, si fece strada con dignità. Tutti se ne andarono, e il capitano Culebra e José Alvear rimasero soli. Il capitano Culebra sorrise. «Questo è quello che io chiamo fare il *ridicolo*.» José Alvear piagnucolò un po'. Non riusciva quasi a stare in piedi. Dove aveva lasciato la bombetta?

La sua schiena scivolò lungo la parete, finché il cugino di Ignacio finì seduto sul pavimento, nel corridoio.

–Durruti è morto –ripeté – Durruti è morto. Che bastardo!

Nello stesso momento, Salazar si stava ubriacando in un bar di Valladolid, in completa solitudine. Aveva buttato indietro il cappello e aveva detto alla padrona:

–Ho una faccia da idiota? No? Beh, lo sono.

All'improvviso, tutti si resero conto che il Natale era vicino. Primo Natale di guerra. Tutti sentivano, sopra e sotto alla pelle, che quasi duemila anni prima, Qualcuno aveva detto: «Pace in terra agli uomini di buona volontà». Qualcuno, un uomo, come qualsiasi altro uomo. Piuttosto alto – 1,84 metri -, con la spalla destra leggermente piegata, apparentemente a causa del suo lavoro di falegname. Un uomo dal volto indubbiamente ascetico. Non c'erano fotografie di lui, ma il suo volto era senza dubbio ascetico. Uomo dalla voce profonda. Non c'erano registrazioni della sua

voce, ma questa era indubbiamente profonda. L'uomo che scacciava i demoni, i farisei, che guariva i malati e risuscitava i morti. Se quell'uomo fosse ora a Gerona, a Madrid, a Burgos, quanto sangue potrebbe fermare!

E il fatto è che quest'Uomo era lì, in procinto di arrivare, con il dono più prodigioso, quello dell'ubiquità. Aveva fatto un piccolo pasticcio nel grembo di una donna. Sulla sua fronte c'era una stella, ma non una stella militare, una stella e niente più, una luce che aveva una forma. Sarebbe arrivato nel momento in cui a Barcellona gli aborti stavano aumentando in modo spaventoso e in Nord America moriva la moglie di Einstein, colui che studiava la luce. Sarebbe arrivato nel momento in cui "La Voz de Alerta" consegnava ai suoi superiori del SIFNE piani di città nemiche, in cui erano elencati gli obiettivi da bombardare. Arrivo puntuale. «Pace in terra agli uomini di buona volontà».

L'Uomo avrebbe portato conforto e disperazione. «Così, in questo modo, il mio Padre celeste si comporterà con voi, se ciascuno non perdonerà dal cuore i suoi fratelli». «In verità vi dico che tutte queste cose verranno a ricadere sulla generazione presente.» Si sentivano gli strilloni gridare attoniti: «Edizione straordinaria! Lettere di Pio XI alla sua amante!» E, con analogo stupore, si sentiva l'instancabile Núñez Maza rivolgersi al nemico: «Rossi, Dio è dalla nostra parte!»

Cosa significavano parole simili? Tutti notarono che il Natale era vicino. E con discrezione, uomini e donne, pur senza perdonare dal cuore i propri fratelli, portavano tra i capelli e nel petto, un filo di tenerezza e di commozione.

La Generalitat di Catalogna voleva impedire che il Natale e i Re Magi si celebrassero come in passato, e sostituì queste festività con la «Settimana del Bambino». Il bambino in astratto, poiché il Dio-Bambino era concreto. Protezione dei bambini, regali. David e Olga si recarono ad Arbucias, la cittadina idilliaca, e, come un tempo la CEDA, riempirono di giocattoli e dolci i quaranta bambini sordomuti evacuati da Santander. Cosme Vila portò a spasso suo figlio, suo figlio militante, e gli mostrò Gerona sotto il segno della rivoluzione. Il figlio di Cosme Vila non si mordeva più l'alluce: mordeva ridendo l'orecchio di suo padre. La signora Amparo Campo si lamentava con Julio di non aver avuto un figlio, di finire da sola. «Hai visto i manifesti? Settimana del Bambino! Mi fa una rabbia...» Antonio Casal prese per mano i suoi tre ragazzi e li condusse al circo, un circo che era appena arrivato e i cui pagliacci scherzavano a spese del Governo e dicevano «patate lesse» invece di «patate dolci». I bambini apparivano ovunque, non escluso Manolín, che di tanto in tanto faceva una passeggiata fino all'ex consolato del Guatemala. Bambini che erano davvero bambini, bambini che sembravano adolescenti e perfino uomini, bambini che alzavano il pugno, altri che pregavano di nascosto. «Pace in terra...»

Strana fine dicembre, strano Natale 1936... La Loggia Ovidio di Gerona lo celebrò riunendosi come di consueto in via del Pavone. Gli H. si abbracciarono tra le colonne Yakin e Boaz: si abbracciarono per il trionfo di Madrid. Il colonnello Muñoz predisse: «Il 1937 sarà l'anno decisivo». Gli architetti Ribas e Messana vollero che in quei giorni si scuotessero tutte le campanelle della loro collezione. Il commissario Julián Cervera dedicò un ricordo a Unamuno, che era morto da poco a Salamanca, senza che i dettagli di ciò fossero noti, e dedicò un altro ricordo a García Lorca. Julio García dedicò un ricordo al dottor Rosselló, che nel mezzo del suo lavoro titanico si era ricordato di inviargli la cintura di Durruti, per il suo museo privato. Antonio Casal, il cui volto, secondo il professor Morales, sembrava ogni giorno di più un numero, trasse dalla tasca un pezzo di carta e disse che, se i suoi calcoli erano esatti, in quel momento i «fascisti» avevano un centinaio di aerei, contro gli oltre trecento del Governo della Repubblica. Casal pensò che gli avrebbero dedicato un'ovazione; niente di tutto ciò. Il direttore della Banca Arús si alzò e augurò a tutti «buone feste».

In prima linea, lungo le trincee, correva il gelo dell'eterno. Molti combattenti pensavano che il giorno di Natale non si potesse morire. Ad Alto del Leon fu servita una razione straordinaria. Certo, la tregua non ci fu, né in mare, né in aria, né a terra. Tuttavia, migliaia di proiettili anonimi ne deviarono generosamente il loro percorso e alcune baie somigliavano, per la loro immobilità, al Lago di Galilea.

E i combattenti cantarono. Non era la settimana del bambino; era Natale. Alcuni cantavano per se stessi, altri per il mondo intero.

Anche la famiglia Alvear festeggiò il Natale a modo suo... Alcuni giorni prima, Carmen Elgazu aveva proposto:

–Dobbiamo fare il presepe...

Matías la guardò e rispose:

–Non pensarci nemmeno.

–Perché no?

Carmen Elgazu ebbe un'idea.

–Dentro questa scatola. –E tirò fuori dalla scatola da cucito una scatola rettangolare di sughero, in cui teneva i bottoni, e la mostrò a Matías. Matías guardò un attimo il fondo della scatola e sospirò:

–E va bene. Faremo il presepe.



Così fu. La mattina di Natale, Ignacio e Pilar realizzarono tre minuscole figure di carta sul tavolo della sala da pranzo: San Giuseppe, la Vergine e il Bambino. Da parte sua, Matías pensò all'asino e al bue, ma senza ottenere nulla che somigliasse minimamente a nessuno dei due animali.

–Al diavolo la coppia!

Carmen Elgazu ironizzò, tra battute e verità:

–È colpa tua. Quanto tempo è che non ti confessi?

Pilar venne in aiuto di suo padre e presto la scatola di sughero si trasformò in presepe. Lo misero immediatamente sopra la radio e cercarono una stazione che trasmettesse canti natalizi. Ignacio ebbe fortuna, trovò Radio Jaca e da quel momento tutti rimasero in silenzio, ascoltando devotamente attorno all'apparecchio. Nella parte posteriore della radio, brillava discretamente qualche candela.

All'ora di pranzo, scherzarono, cercando di dimenticare César.

Carmen Elgazu mise cannelloni e pollo al centro del tavolo, e Matías Alvear vi inchiodò la tessera annonaria, come una bandiera.

–Non scherzare! –disse Pilar.

–Se non prendo un po' in giro... –rispose Matías – Scoppio a ridere, il che è anche peggio.

Ignacio aveva comprato del torrone di Alicante. Insisterono affinché Carmen Elgazu lo mangiasse, rompendolo con i denti.

–Se non posso, non posso!

–Provare...! A romperlo...!

Carmen Elgazu si portò alla bocca un pezzo di torrone e tutti, guardandola, imitarono con le mandibole gli sforzi che la donna faceva, per masticare.

–È duro! È duro!

Carmen Elgazu finalmente scoppiò a ridere e il torrone se ne andò. Matías allora raccolse i pezzettini dal tavolo e a poco a poco li mangiò.

–È delizioso –disse.

Dopo il pasto non sapevano cosa fare e Ignacio propose di giocare a carte. Sapeva che ai suoi genitori piaceva molto, anche se Matías preferiva il domino. Loro quattro non avevano mai giocato a carte e quando César era ancora vivo, in cinque erano troppi. Formarono le coppie: genitori contro figli, in una lotta impari. Matías le sapeva tutte; Pilar, nessuna. Matías strizzava continuamente l'occhio alla moglie, che gli chiedeva stupita:

–Cosa succede?

–Ti voglio far capire che ho preso l'asso!

–Beh, dillo una buona volta!

I genitori vinsero tutte le partite. E con queste, vinsero tanti baci. E gli sguardi amorevoli di Ignacio e Pilar. Ignacio, infatti, non si godeva una serata così da molti mesi. Gli sembrava che non fosse vero che era assolutamente solo e che nell'uomo ci fosse qualcos'altro, oltre al cervello. Prolungarono la seduta fino a metà pomeriggio, finché le ombre cominciarono a fluttuare sul fiume.

Fecero in pace uno spuntino. Uno spuntino vicino al fiume, vicino alla canna da pesca, vicino alla radio, che di tanto in tanto diceva loro: «Amatevi gli uni con gli altri». Nessuno voleva ammettere che forse una delle ombre che passavano fuori fosse César. Nella sala da pranzo non c'era altro che luce, una luce discreta nei cuori e nelle candele della radio. Era Natale. I pensieri dei quattro erano un po' più che dei pensieri.

### **2.3 Ha estallado la paz** **Traducción del capítulo 10.**

IL 2 GIUGNO, LA FAMIGLIA ALVEAR VISSE, in quella Gerona che tanto mancava agli esuli, un tenero evento: il trasferimento delle spoglie di César. Ignacio raccolse, infine, dalle mani di don Gaspar Ley, gli arretrati maturati al Banco Arús, certamente non molto cospicui, ma sufficienti per acquistare per sempre un loculo e una lapide.

La scena nel cimitero fu bellissima e semplice. Lì si riunì tutta la famiglia, Mosén Alberto, Marta e Mateo. Erano le undici del mattino. Il sole, inclemente, cadeva senza pietà sui cipressi, sui monumenti funerari, e indorava i viali di ghiaia. Il becchino e due manovali accompagnarono il corteo funebre al loculo che recava scritto *Famiglia Casellas*, che si trovava sulla sinistra. Uno dei manovali fumava; dalla terra emanava come un odore di morte recente.

Mosén Alberto era stato chiamato, ed era arrivato, puntuale ed emozionato. César significava per lui l'innocenza non spezzata e spesso, durante la celebrazione della messa, gli sembrava che se si fosse girato un po' a destra, avrebbe visto ancora il ragazzo, lì, inginocchiato, con le orecchie grandi, gli occhi fissi sull'altare e in procinto di suonare la campanella. Anche Marta sembrava molto colpita, e si era presentata con un mazzo di fiori di campo, che le tremava un po' tra le mani. Mateo camminava a testa alta, cercando di dominare i propri sentimenti.

La famiglia avanzava guardando per terra, presieduta dalla cravatta nera di Matias, cravatta che ora poteva indossare senza che il professor Morales, anche lui morto, glielo impedisse. Ignacio ricordò l'alba grigia quando là, in quello stesso luogo, trovò, tra cento cadaveri, quello di César. Pilar si sentiva come se stesse per svenire sotto il sole. E quanto a Carmen Elgazu, le accadde

qualcosa di singolare. Dal primo momento aveva ammesso la possibilità che il corpo del figlio venisse trovato integro. Sapeva che i miracoli di questa natura erano rari. Ma il corpo di san Narciso, patrono di Gerona, non era rimasto integro per secoli, anche se i rapporti dei medici «rossi» affermavano il contrario? Perché, allora, non poteva succedere la stessa cosa con César? Dopotutto, il ragazzo aveva desiderato per molti mesi di morire per Dio. Lo desiderava così tanto che l'aveva ottenuto. Non stupirebbe, quindi, che anche il suo corpo avesse già ottenuto tale ricompensa.

Presto raggiunsero il loculo con la dicitura *Famiglia Casellas*. A destra di questa e adagiata su una carriola, stava già aspettando, scoperta, una bara nera, nuovissima, con la sigla C.A. «Perché solo le iniziali?», chiese Mateo. Forse perché su di essa, in rilievo, spiccava una croce, che era come il compendio di tutte le parole.

I manovali si avvicinarono con calma indifferente alla lapide con su scritto *Famiglia Casellas* e al termine di un'abile lotta riuscirono a staccarla e ad avvicinarla verso di loro. I resti di César erano stati scoperti. Il momento fu solenne e terribile. Perché lì c'era ancora della carne, anche se corrotta e, perfettamente riconoscibile, l'abito del ragazzo. Carmen Elgazu, che non capiva che i vestiti sarebbero durati più a lungo della pelle, emise un singhiozzo lacerante, che doveva essere penetrato nell'eternità. Ma non voltò la testa. In effetti, l'unica che lo fece, con un senso di vertigine, fu Pilar. Gli altri tennero duro. Carmen Elgazu, con gli occhi arrossati e con un rosario che le pendeva dalle mani, assistette addirittura a come i manovali si impadronissero di quel corpo che, gioiosamente dolorante, aveva custodito nelle sue viscere.

I manovali, cercando di non fare rumore, trasferirono con cura i resti nella bara. L'operazione risultò dolorosa. Una volta terminato, provvidero a inchiodare la parte superiore della bara, con cui César scomparve per sempre. La sua riapparizione, sotto il sole cocente, era stata breve come la sua vita.

Dopo aver inchiodato la bara, i manovali, obbedendo a un segnale di Mosèn Alberto, rimasero immobili accanto alla carriola. Allora il sacerdote cominciò, con voce rotta, il Padre nostro, al quale tutti risposero. Mosèn Alberto caricò drammaticamente la frase «sia fatta la tua volontà» e terminò la preghiera dicendo brevemente: «César, prega per noi».

Subito dopo, uno dei manovali prese la carriola, la cui unica ruota iniziò a muoversi. Dietro di lui, il corteo funebre avanzò. A Matias sembrò che sua moglie stesse barcollando e l'afferrò per un braccio. Carmen Elgazu si sentì confortata, perché, in effetti, per alcuni secondi le si era offuscata la vista ancora più del solito, e aveva avvertito come una pugnalata all'inguine.

Il nuovo loculo era lontano. Dovevano salire un falsopiano ed entrare nella parte moderna del cimitero, sul lato ovest, che il nuovo sindaco, «La Voce d'Allerta», aveva fatto costruire. L'incavo della nicchia appariva laggiù in basso, nero e vampiresco.

La carriola e i suoi compagni si fermarono davanti a quella buca rettangolare. Appoggiata al piedistallo a sinistra c'era una lapide di marmo, le cui lettere bianche dicevano:

*Qui giace*  
CÉSAR ALVEAR  
*che morì per Dio e per la Spagna*  
*il 20 luglio 1936*  
*a sedici anni di età.*  
*RIPOSA IN PACE*

I manovali presero in braccio la bara e la collocarono dolcemente nel loculo. D'altra parte, la chiusura di questo con la lapide risultò laborioso. E mosche e alcune formiche ronzanti, con stupore e gratitudine di tutti, preferirono restare con César e si lasciarono murare.

Il loculo era finalmente chiuso. Allora Marta andò avanti e depose il suo mazzo di fiori di campo, che smise di tremare. Mosén Alberto recitò un altro Padre nostro, questa volta in coro con il becchino stesso, il quale, berretto alla mano, era arrivato. Invece, i due manovali raccolsero i mozziconi di sigaretta che avevano lasciato sul cornicione del loculo attiguo, e scomparvero con i loro attrezzi al seguito.

Dopo la preghiera, Mosén Alberto pose fine al pietrificarsi che aveva preso il sopravvento su tutti. «Andiamo...?», propose. Matias annuì con la testa.

La comitiva riprese a camminare, alla ricerca del viale centrale, che portava direttamente all'uscita. Questa volta fu Ignacio a prendere per un braccio Carmen Elgazu, mentre Mateo alzava gli occhi al cielo azzurro che si innalzava sopra le mura.

Varcarono la soglia del cimitero e si ritrovarono fuori. L'auto di Mateo e il taxi che Matías aveva noleggiato di proposito, stavano aspettando sulla strada principale, già posizionati in direzione di Gerona. Prima di salire, Mateo si accese una sigaretta con mano malferma. Per un attimo fu tentato di offrirne uno a Matías, ma non osò. Matías sembrava invecchiato e non si decideva a mettersi il cappello.

Si divisero tra i due veicoli e iniziarono il ritorno alla Rambla. Tutti tacevano. Solo Pilar, che si era già ripresa, commentava come parlando tra sé e sé:

–*Riposa in pace...* Perché non «nella pace di Dio?»

Ignazio rispose:

–È la stessa cosa. Quando si dice pace, si sottintende che è la pace di Dio.

Le due auto si fermarono al Ponte di Pietra e tutti scesero. Il sole stava ancora tramontando, ma i volti erano pallidi, come se provenissero da una regione remota e ghiacciata.

Mateo e Marta si salutarono commossi e se ne andarono. Gli altri salirono nell'appartamento sulla Rambla, la cui porta Ignacio aprì con estremo rispetto, come se all'interno li aspettasse la chiave chiarificatrice di tutto quello che stavano vivendo.

Pilar alzò le persiane e la sala da pranzo si illuminò. Quella luce improvvisa rafforzò un po' gli animi. Carmen Elgazu si rivolse a Mosén Alberto e, superando l'imbarazzo, gli chiese:

–Vuoi un caffè?

Mosén Alberto accettò.

\* \* \*

Pochi minuti dopo erano seduti a tavola, davanti alle tazze fumanti.

Quello fu il momento che Mosén Alberto scelse per comunicare una strana notizia che avrebbe concluso le emozioni della giornata.

–Ebbene... disse, sciogliendo lo zucchero con il cucchiaino–. Tutto questo è molto doloroso, ma devo dirvi una cosa che potrebbe esservi di conforto. –Si fermò e aggiunse – : il vescovo ha deciso di aprire alcuni fascicoli di beatificazione nella diocesi. Uno di questi fascicoli è quello di Cèsar.

Matias si accigliò, ma Carmen Elgazu, che aveva sentito delle voci in parrocchia riguardo a questo, esclamò, tra i singhiozzi, semplicemente:

–Oh, mio Dio...!

Ignacio, dal canto suo, aveva fissato Mosén Alberto. Ci fu un momento di attesa. Il ragazzo sarebbe forse esploso? Accadde tutto il contrario... Mosén Alberto aveva parlato con la sua voce migliore, da prete e da amico. Così Ignacio, alla fine di quel suo sguardo, disse:

– Certo, se qualcuno merita di salire sugli altari, quello è mio fratello...

Il fatto che Ignacio dicesse *mio fratello* anziché dire Cèsar, commosse tutti.

Pilar non poteva, con il suo cuore. Si alzò di scatto, rovesciando la tazza di caffè. E andò singhiozzando nella sua stanza e si lasciò cadere a faccia in giù sul letto, su quel letto dal quale, quando pioveva, sentiva il tintinnio delle gocce nel fiume.

Nessuno andò in aiuto di Pilar. Tutti rimasero fermi e silenziosi nella sala da pranzo. Il caffè versato da Pilar aveva schizzato la bella tonaca di Mosén Alberto, ma lui riuscì a nasconderla.

## Traducción del capítulo 16.

IL MESE DI AGOSTO IRRUPPE in città e con esso il caldo dell'inizio dell'estate si intensificò così tanto che *Amanecer* lo definì torrido.

Non erano solo le sorelle Campistol che spalancavano i balconi per arieggiare il laboratorio, e l'Oñar che mandava un pessimo odore; tutti cercavano ovunque un po' di brezza, e nel fiume e dappertutto erano comparsi topi enormi, come quelli dei negozi Collell, che César non osava neanche prendere a calci.

La ferrovia, lungo la quale passeggiavano alcuni sacerdoti e alcuni clienti veterani della Sezione Buoni della Banca Arús, al tramonto appariva deserta, e l'asfalto delle strade era rovente. I giovani si allentavano il nodo delle cravatte, mentre le domestiche, facendo il bucato, si schizzavano compiaciute. Quanto agli anziani, i migliori strateghi della città in queste imprese, andavano a prendere il fresco sotto ai portici della Rambla o della Piazza Municipal; oppure andavano nella Cattedrale ad occupare per un po' i conchi dei canonici; oppure andavano alla Dehesa. Sì, molti di loro andavano alla Dehesa, in compagnia del loro bastone, e lì si sedevano sulle panchine ricavate dalla pietra antica. Sembravano aspettare la morte, ma non era così; in realtà osservavano, come Dimas sul fronte aragonese, la minuscola vita animale che brulicava ai loro piedi, e nello stesso tempo venivano colti di sorpresa da frotte di bambini che sbucavano all'improvviso dagli alberi e gli si avvicinavano, fingendo di minacciarli con pistole e con pugnali giocattolo.

Non mancavano quelli che cercavano sollievo al Museo Diocesano, nelle cui sale Mosén Alberto, pieno di entusiasmo –sebbene anche la sua salute non fosse più quella di prima –, passava le ore a catalogare i pezzi che riusciva a recuperare. Di recente, il Servizio di Confine aveva restituito alcune vecchie casse, alcuni dipinti e un paio di immagini; e, quale inedita acquisizione, vale la pena ricordare che il nuovo commissario agli Scavi gli aveva regalato un teschio rinvenuto nei dintorni di Ampurias.

Per le strade e sui marciapiedi la gente andava volentieri in giro in abiti succinti, ma l'intima sensazione che ciò avrebbe ricordato l'era «rossa», la «maleducazione» dei miliziani, faceva sì che tutti cercassero di mantenere la compostezza. Tutti, tranne una discreta percentuale di donne, che comparvero all'improvviso sfoggiando ardite camicette, sotto le quali facevano capolino forme sinuose. In effetti, queste camicette –bianche, rosa, verde-azzurro, come le stelle nei fuochi d'artificio –si stavano moltiplicando e sembravano impadronirsi della città. Questa era la domanda.

Il signor vescovo poteva disporre la separazione dei sessi nei bagni della piscina e vigilare sulla taglia degli *slip* usati lungo il Ter; ma il lieve fremito dei corpi delle donne sfuggiva alle ordinanze. Sfuggivano alle ordinanze anche il sudore dei malati nei piani non ventilati e il martirio dei fuochisti che dovevano alimentare di carbone le macchine dei treni.

Una precisazione andava fatta: le notti si erano un po' raffreddate. Per questo i tavolini dei caffè, soprattutto quelli della Rambla, si riempivano dopo cena di uomini che, proprio come i fornai, uscivano a fumare una sigaretta e a chiacchierare. Si organizzavano piacevoli riunioni, dialoghi senza fretta, interrotti di tanto in tanto dai rintocchi dell'orologio del Duomo, che a quell'ora risuonava di gotica maestà. Ramón, il cameriere del Caffé Nacional, contemplando quella calma, col tovagliolo sulla spalla, ricordava più che mai Maiorca e canticchiava note impalpabili di Chopin.

Gli assidui di queste riunioni erano, a un tavolo, sempre lo stesso, il colonnello Triguero, che ora era sorprendentemente frequente nelle sue visite a Girona, e il capitano Sánchez Bravo, figlio del generale. A un altro tavolo, gli eterni giocatori di scacchi, alcuni dei quali avevano sopportato impassibili l'apocalisse dei bombardamenti durante la guerra. E a due tavoli insieme, tradizionalmente riservati, Matías e i suoi amici, che in quelle settimane si erano accordati per spostare a quell'ora i loro incontri, per poter fare un riposino dopo mangiato.

I giocatori di scacchi non vedevano niente: ordinavano un caffè e, assorti nella scacchiera, a volte impiegavano mezz'ora a scartare l'involucro della zolletta di zucchero.

Il colonnello Triguero e il capitano Sánchez Bravo, invece, vedevano tutto. Appassionati di alcolici, ordinavano cognac, allungavano le gambe... e parlavano di affari. Che affari? Nessuno lo sapeva. Mescolavano numeri e strani nomi. Quando si avvicinava qualcuno, tacevano. In qualche occasione i camerieri e il giovane lustrascarpe avevano colto singole parole: rifiuti, vendite all'asta, Società... Cosa diavolo voleva dire? Il capitano Sánchez Bravo era il presidente del Girona Club di Calcio e mancavano poche settimane all'inizio del campionato. Perché non parlavano mai di calcio? I lustrascarpe nei caffè affettavano facce scettiche: «Sarebbe bello se il presidente dimenticasse i suoi doveri verso i tifosi...!»

E Matías e i suoi amici? Finalmente sembravano aver dimenticato la politica! Come se il caldo di agosto avesse spazzato via i discorsi patriottici e gli editoriali di *Amanecer*. Parlavano di sciocchezze, anche se sempre con un po' di pepe. Galindo, il vecchio scapolo dei Lavori Pubblici, deciso ad aumentare lo stipendio dei lavoratori stradali, oltre a chiedere perché il Sindaco non organizzasse delle sessioni di cinema all'aperto sulla Rambla, come a suo tempo faceva Cosme Vila, secondo le cronache, era ossessionato dalle donne. Matías supponeva che anche i ventilatori del suo ufficio fossero danneggiati, come quelli dei Telegrafi. Galindo scuoteva la testa. «Capitemi.

Sono brutto e ho uno stipendio ridicolo. Le donne non mi guardano neanche. E sono così belle! Che ci posso fare? Voi siete sposati...» Tutti si prendevano gioco di Galindo, perché sapevano che era un donnaiolo testardo e impenitente.

Marcos, il galiziano dei Telegrafi, l'uomo che lamentava la mancanza di orinatori pubblici a Girona, affermava che in quel periodo era allo stesso tempo felice e infelice. Felice perché la sua calvizie assoluta, che normalmente lo faceva soffrire tanto, in quel periodo dell'anno era una benedizione. «Non so come fate a sopportare tanta peluria»; sfortunato, perché il caldo gli provocava diarree terribili, che lo costringevano a comprare senza sosta medicine, cambiando farmacia per non dare nell'occhio. Galindo attribuiva il disturbo di Marcos al timore che sua moglie, la «bellissima Adela», quella che voleva socializzare con le signore della buona società, gli giocasse un brutto scherzo. «Adela vuole farla fesso, Marcos, lo confessi... Io, al posto suo, non la perderei di vista...!» Quest'ultimo era un insulto, ma Marcos non reagiva. Era timido. In casa, mentre Adela si guardava allo specchio – spesso completamente nuda –, lui si dedicava alla sua collezione di francobolli di Ceylon e del Madagascar. Si era specializzato in quelle due isole, non sapeva perché. Certe sere Adela, che a casa si annoiava, appariva all'improvviso sulla Rambla, al raduno. Per tutti i santi! Ogni volta il cappello di Matías si alzava di parecchi centimetri sopra la sua testa. E ogni volta Adela, sedendosi accanto a lui, gli diceva: «Sa, Matías, che il suo Ignacio è un bel briccone? Ieri l'ho incontrato e lui mi ha fatto i complimenti come se io avessi vent'anni...»

L'altro frequentatore, Carlos Grote, viveva felicemente. Abituato alle Isole Canarie, in quelle notti d'estate si sentiva come un pesce nell'acqua. Quando arrivò a Girona, d'inverno, si era considerato perduto, ma in agosto riacquistò sicurezza. Aveva moglie e tre figli e, come funzionario della Delegazione dei Rifornimenti, godeva di alcuni vantaggi per alimentare la dispensa. Era, invece, il più pettegolo e maligno della riunione. Arrivava sempre con un bagaglio pieno di notizie... «Quella vedova, Oriol o come si chiama, è a caccia... E incasserà! Col tempo.» «A voi vanno bene gli Esercizi Spirituali? Una settimana rinchiusi a sentir parlare di inferno. Dovrebbero vietarlo! E dovrebbe essere vietato anche l'inferno...» Galindo si innervosì nel sentirlo. «Basta, amico delle Canarie... Perché non lasci in pace la gente e ci racconti quella barzelletta sulla donna svedese che faceva nudismo a Tenerife?»

Prima estate del dopoguerra. Torrido agosto. Gli insetti morivano nelle lanterne. Jaime, quello «epurato», spingeva per le strade un carretto dei gelati a marchio *La Mariposa*. L'idea di Esther di fondare il Tennis Club stava prosperando. Prosperò anche l'idea de «La Voz de Alerta», di fondare il Tiro al Piccione. Durante il giorno, nelle cave vicine al cimitero, avevano ripreso a risuonare i martellamenti degli scalpellini, segno che i fratelli Costa, dal carcere e facendosi aiutare dalle mogli, tornavano a occuparsi dei loro affari. Al Ristorante del Puente de la Barca si servivano



nuovamente le rane e molti *gourmets* andavano nei vivai e dicevano, indicando con l'indice: «Quella...! E anche quell'altra!»

\* \* \*

La vita rinasceva e di conseguenza si sentiva di nuovo la parola «estivo». La gente pensava, come in passato, al piacere del mare. Tutto era però così recente, che pochissime famiglie poterono prendersi una vacanza e trasferirsi sulla costa. Il notaio Noguer e sua moglie affittarono una casa nella città di Calella. Manolo ed Esther andarono a Sant' Antonio di Calonge con i loro due figli, perché gli avevano detto che i tramonti nella baia di Palamós erano meravigliosi e perché fino a ottobre Manolo non avrebbe aperto il suo studio legale privato. Diversi consiglieri, che improvvisamente avevano lasciato l'anonimato, andarono con i loro familiari a L'Escala, dove noleggiarono barche e comprarono galleggianti e canne da pesca. Quasi nessun altro si assentò da Girona, e le auto che circolavano erano pochissime.

Ma ecco che «qualcuno» lasciò la città, tornando alle vecchie abitudini –in questo caso, la città di Barcellona –e si stabilì a San Feliu de Guixols: Ana María e i suoi genitori. Ignacio ricevette una cartolina da Ana María, da quella città costiera così piena di ricordi. «Vediamo se un giorno prendi il treno e vieni a trovarmi –diceva la fanciulla con i ciuffetti, uno per lato –. Mi troverai sulla spiaggia che sai, quella di San Telmo, sdraiata al sole; o seduta in barca, a leggere. Mio padre non ha ancora recuperato la sua barca di prima della guerra, ma mi ha comprato un'altra palla blu... E il mare è dove è sempre stato, che respira.»

Ignacio restò qualche minuto con la cartolina in mano. Marta lo stava aspettando. Sentì un bisogno urgente di recarsi all'appuntamento con Ana María. La calligrafia della ragazza era grande, bella, da «scuola a pagamento».

Il guaio era che il colonnello Triguero lo teneva legato alle Frontiere. Continuava con i suoi viaggi a Figueras e Perpignano, e immerso, da solo, nel mondo degli esuli e dei loro problemi. Non aveva più rivisto Canela. Per cosa? Ma continuò a prendersi cura di coloro che morivano negli ospedali francesi, delle donne che aspettavano per strada il ritorno del loro «uomo» e continuò a riportare in Spagna, ad ogni viaggio, molte lettere, che in questo modo sfuggivano alla censura, da quando Ignacio le metteva in qualsiasi cassetta delle lettere, a Figueras o Girona.

Parlò con il colonnello Triguero e lui, che era di ottimo umore, gli disse: «La prossima settimana prenditi un paio di giorni di ferie e vai dove vuoi a bagnarti il sedere. Ma portati un accappatoio, perché so che ci sono guardie civili a sorvegliare le spiagge.»

Era vero. La predica del vescovo riguardo alla moralità sulla costa aveva portato con sé quel comunicato del Governatore. Guardie a due a due, fucili in spalla, facevano a turno a sorvegliare. Bisognava indossare l'accappatoio appena usciti dall'acqua, pena la multa per la prima infrazione ed

espulsione, in caso di recidiva. Così, nella cartolina indirizzata ad Ana María, Ignacio scrisse: «Aspettami il 12. Ma cerca di corrompere le guardie, perché desidero vedere il colore della tua pelle».

\* \* \*

Arrivò il 12. Ignacio si preparò a intraprendere il viaggio a San Feliu de Guixols. La scusa che aveva inventato per giustificarsi con Marta e con la famiglia era che voleva visitare il campo estivo che Mateo aveva allestito lì per i ragazzi delle Organizzazioni Giovanili. «Mi piacerebbe saperne di più –disse – Vedere Mateo e i suoi soldatini di piombo». Uno di quei soldatini era il piccolo Eloy.

Tutti lo considerarono naturale e Ignacio salì sul sonnolento treno che collegava Girona alla città costiera.

Il viaggio, che doveva durare due ore buone, gli diede il tempo di pensare molto. Per prima cosa ricordò l'estate del 1933, durante la quale David e Olga avevano riunito i loro studenti a San Feliu de Guixols –embrionale anticipazione del *Campo Estivo* ora organizzato dalla Falange –, che gli permise di conoscere Ana María. L'immagine di Olga in costume da bagno, che usciva dall'acqua come una dea, gli si impresse di nuovo nella mente con un sollievo insolito: i suoi capelli lisci, il suo corpo olivastro. Vedendola, Ignacio era rabbrivito come poche volte nella sua vita. Ricordò anche che David e Olga fecero di tutto, in quella *Colonia*, per convincere i loro studenti che l'anima non era immortale. Con quale risultato? L'anima era ancora immortale e ora gli insegnanti, in base all'ordinanza di Julio García, erano in esilio in Messico, pubblicando libri –che genere di libri? –e probabilmente gli mancavano l'umile scuola di Calle de la Rutlla e le scogliere della Costa Brava.

Poi Ignacio pensò a quello che gli aveva raccontato Gaspar Ley, il nuovo direttore della Banca Arús di Girona, sul padre di Ana María, quando il ragazzo era andato in ufficio a reclamare i suoi averi. Perché Ignacio era così a disagio ora che Gaspar lo chiamava Don Rosendo e diceva che era «importante» e «qualcosa di straordinario»? Indubbiamente, grazie a questo, Ana María ora poteva sdraiarsi al sole a San Feliu de Guixols.

Poi pensò ad Ana María. Cosa provava per la ragazza? Non lo sapeva... In realtà, a parte le cartoline che aveva ricevuto da lei, gli ultimi due ricordi che aveva della ragazza erano di tipo opposto. Uno, il caldo bacio che le aveva dato, quando lui e Moncho partirono per Madrid, per raggiungere l'Ospedale *Pasteur*; l'altro, l'anatema che lei gli aveva lanciato, quando era venuta a sapere dell'esistenza di Marta, per bocca dello sventurato Mosén Francisco. In quell'occasione, la ragazza gli aveva detto: «Hai giocato con me in modo ignobile». La frase sembrò risolvere la

questione. Ma ora Ignacio, mentre il treno assonnato si avvicinava al suo destino, attraversando i vasti campi che lasciavano intravedere il mare, ebbe la segreta sensazione che Ana María continuava a volergli bene e che il destino, nonostante Marta, non era stato segnato.

I fatti gli diedero ragione. Ignacio arrivò a San Feliu de Guixols a metà mattina e si diresse velocemente verso la spiaggia di San Telmo. Non vide la barca in acqua, perché non c'era, ma vide la palla blu. E accanto a lei, coperta da un accappatoio, ma comunque con le sembianze di «una dea», Ana María... E la gioia di lei, quando riconobbe il ragazzo, era contagiosa come quando, a volte, in un banco di pesci, si diffonde il panico o la voglia di emigrare.

– Ignacio! Pensavo non venissi...

– Che dici? Non te l'ho scritto?

– Ah, Ignacio, come sono felice...!

Ignacio questa volta non era arrivato lì attraversando sott'acqua la recinzione che delimitava l'area di pagamento. Era arrivato lungo la Passeggiata sul Mare, con indosso giacca, pantaloni e scarpe. Si sentiva così ridicolo vestito a quel modo sotto il sole cocente, che disse alla ragazza: «Scusami. Vado a spogliarmi e torno». Affittò una cabina e presto ricomparve anch'egli con indosso l'accappatoio regolamentare, un accappatoio rosso, lungo fino ai piedi, che non gli donava molto.

– Dov'è tuo padre?

– È andato a pescare sul pontile.

– E tua madre?

– È andata con lui.

Ignacio era enormemente felice che Ana María fosse sola. Si sedette accanto a lei sulla sabbia, sotto una tettoia di canne. Quando fu seduto, gli si scoprirono le ginocchia, bianchissime, e si sentì di nuovo ridicolo. Ma se ne dimenticò. Vide accanto a sé la palla blu, la accarezzò... e i due ragazzi iniziarono a chiacchierare.

Ana María, seguendo la sua abitudine, si interessò subito della famiglia di Ignacio. «Che mi dici di casa tua? Stanno bene? Ci sono novità? Cosa fa Pilar?»

Ignacio le fornì i dettagli precisi.

- Tutto bene... Comunque! A parte per quanto riguarda César, non ci possiamo lamentare.

Ana Maria annuì.

– Tuo padre lavora sempre ai Telegrafi?

– Sì, con la sua veste grigia... –aggiunse Ignacio sorridendo → Ma quando esce si mette il cappello.

Ana María tracciava con i piedi nomi immaginari sulla sabbia. Di tanto in tanto si voltava verso Ignacio e lo guardava dritto negli occhi.

– E Pilar? Raccontami tutto.

- Beh, Pilar è un tesoro. Un bonbon falangista, ovviamente...

Ana María formò una O con il pollice e l'indice, come se stesse per dire: *Okay*. Poi commentò:

– Sempre con il tuo amico, con Mateo?

Ignacio fu sorpreso che Ana María ricordasse il suo nome, e rispose:

– Oh, ovviamente! Questo è certo.

Ignacio ritenne quindi indispensabile fare lo stesso, con Ana María e le chiese della sua famiglia. Gli disse che già sapeva di loro tramite Gaspar Ley, ma in realtà la conversazione con lui era stata breve.

–Tuo padre non si risentirà per la sua permanenza in prigione? Non è malato o cose del genere?

Ana María protestò energicamente, confermando così le informazioni di Gaspar.

–Malato, lui? No! È in ottima forma... –aggiunse la ragazza → Fino a che punto! –E guardò il pontile, come se dal luogo dove si trovavano, potesse riconoscere la sagoma di *don Rosendo*.

Ignacio, fingendo la massima naturalezza, chiese:

– Cosa fa tuo padre adesso?

Ana María aggrottò la fronte. Senza dubbio l'argomento non le piaceva.

–Non lo so. Affari! Non spiega mai niente a casa. –Inaspettatamente, aggiunse → Ma va a Madrid almeno una volta alla settimana.

Ignacio non volle insistere. E all'improvviso sentì caldo e propose ad Ana María di entrare in acqua. Lei accettò e indossò una cuffia bianca. Adocchiarono le guardie –sedute su uno scoglio, che fumavano - e si tolsero l'accappatoio proprio sulla riva. Ed entrarono in mare...

Quanti ricordi! Ana María, con la sua cuffia, entrò. Ignacio la seguì, avanzando così piacevolmente che gli parve di sciare, e all'improvviso si tuffò e, come una volta, finse di afferrare le gambe della ragazza e di tirarle come se volesse trasformarla in una sirena. E Ana María rise. E la sua risata risuonò, come se «El Niño de Jaén» suonasse le nacchere.

Furono dieci minuti di ebbrezza, perché l'acqua, se diventa ricordo, può andare alla testa. Una zattera con tante persone galleggiava lì vicino, ma loro scoprirono un buco in cui entrare, e da lì si tuffarono in mare più e più volte, provando ogni tipo di figura. Ignacio cominciò a fare il pagliaccio, e Ana María applaudiva. E all'improvviso, scomparve. «Arrivederci!» disse, e s'immerse, s'immerse fino al fondo, un fondo verde e limpido, come i suoi occhi.

Finito il bagno, tornarono sulla spiaggia e si sdraiarono bocconi, un po' distanziati, perché Ignacio, vedendo fumare le guardie, ebbe voglia di farlo anche lui. E ripresero il dialogo, questa volta in tono più intimo.

– E tu, Ana María, come stai? Parlami di te... cosa fai?

– Ah! Molte cose... voglio finire il liceo. Faccio Servizio Sociale. E accompagno mia madre al cinema, ovviamente!

– Già... - continuò Ignacio → Ti piace il Servizio Sociale?

– No. È una noia mortale. Ma voglio imparare, capisci? – Ana María giocherellava a togliersi lo smalto dalle unghie → Un giorno dovrò governare una casa... – All'improvviso aggiunse → Oh, e voglio migliorare il mio inglese!

Inglese...? Ignacio era sorpreso. Tutti studiavano il tedesco. Ana María non diede spiegazioni e continuò a parlare. A volte andava al porto da sola perché le piaceva guardare le barche. «Spero che tornino presto i transatlantici. Credo che sia arrivato solo quello che portava il conte Ciano.» Le piaceva anche visitare il quartiere della Cattedrale. I chioschi erano una delizia. Invitavano a pensare.

– Mi piace pensare, sai? Lo faccio anche a letto.

– E a cosa pensi?

– Oh! Sono molto poco originale. Spesso penso a quanto sia bello che la guerra sia finita. – In un altro dei suoi slanci, aggiunse → Non senti anche tu, a volte, come un enorme desiderio di recuperare il tempo perduto?

Ignacio aveva già affondato il mozzicone di sigaretta nella sabbia. Lui e Ana María erano ancora sdraiati a faccia in giù, e i loro volti ora erano molto vicini. Incredibilmente, la ragazza aveva una goccia d'acqua rimasta intatta sulla punta del naso. Ignacio, con l'indice, lo schiacciò. Poi lei gli chiese:

– E tu, Ignacio? Quando mi farai sapere qualcosa di te? Cosa fai?

Ignacio sorrise di nuovo. Si dilungò con Ana María, alla quale, inaspettatamente, tutto ciò che riguardava Perpignan e gli esuli sembrava interessarla. Anche se ciò durò pochissimo. All'improvviso la ragazza tagliò corto: «Certo che erano proprio dei mascalzoni!»

Ignacio allora cambiò argomento e disse:

– Ma quello che voglio è diplomarmi e finire presto gli studi.

– Finirli?

– Certo! Tutte le sere studio fino a tardi... A settembre ho l'esame. Il ventisei.

– Terzo anno, vero?

– Sì... - Ignacio guardò di nuovo la ragazza, sorpreso, come quando gli aveva sentito pronunciare il nome di Mateo → Come è possibile che ti ricordi?

– Ah, ah!

Lui, compiaciuto, continuò a spiegare:

– Il terzo, a settembre. Questo significa che a giugno del prossimo anno potrò avere il pezzo di carta in tasca.

Ana María si avvicinò un po' di più a Ignacio. «Avvocato...», mormorò. Aveva messo in bocca un granello di sabbia e il sapore salato le piaceva. I suoi occhi ora avevano il colore della felicità, delle mattine limpide.

Tornò alla realtà e chiese:

– E poi... hai intenzione di esercitare?

– Certo - rispose Ignacio → Devo difendere il popolo, non credi?

Ana María osservò:

– Gli avvocati a volte devono accusare...

– No, no, per niente! Sulla targa della mia porta scriverò: «Se volete accusare qualcuno, rivolgetevi a un altro ufficio».

Ana María rise e mentre lo faceva inghiottì inavvertitamente il granello di sabbia salata che stava assaporando con tanto piacere.

Poi chiese:

– Ma come farai ad esercitare la professione di avvocato... alla tua età?

Ignacio sembrava molto sicuro.

- Non penso di poter esercitare subito. Prima di allora, dovrò fare almeno due anni di praticantato.

– Dove?

– Il solito. Nello studio di un altro avvocato che abbia prestigio e che possa insegnarmi.

Ana María annuì:

– Certo, certo...

La ragazza sembrava così interessata a tutto ciò che Ignacio aggiunse:

–In seguito, quando il mio viso ispirerà fiducia... addio, molto bene! Lavorerò per conto mio.

–Fece una pausa e concluse → E per guadagnare soldi.

Ana María lo guardò interrogativa. E Ignacio pensò tra sé: «Perché riesco ad essere onesto con Ana María e invece fingo sempre con Marta?»

–Non stupirti se ti parlo così, Ana María. Ho detto quello che sento; sono determinato a fare soldi. –Sollevato, continuò → Sono stanco di vivere in ristrettezza, capisci? In una casa senza riscaldamento e con vecchi mobili.

Ana María nascose per un secondo la fronte nella sabbia. Poi la sollevò:

– Ma di solito non ti lamenti, vero?

– Lamentarmi? No... perché? Ma non ho intenzione di piangermi addosso. Voglio essere produttivo. – Ignacio rifletté e aggiunse → Non voglio che i miei figli arrivino a sedici anni, come me, facendo i fattorini in una Banca.

Ana María aveva cambiato espressione.

– A volte... guadagnare soldi costa caro.

Ignacio la guardò.

– So cosa intendi dire. Ma non si tratta di esagerare. –Si passò il dorso della mano sulla fronte, per asciugarsi il sudore → Puoi avere successo senza far male a nessuno. Si tratta di cogliere le occasioni.

Era evidente che Ana María aveva sentito molte volte discorsi simili... Anche lei si asciugò il sudore dalla fronte. Come conciliare quello con la targhetta che Ignacio aveva intenzione di mettere sulla porta?

– Questa tua decisione... –fece notare, cautamente → ha a che fare con la guerra?

Ignacio annuì.

– In parte sì. Ero un bambino e mi hanno dato un fucile. Questo conta, giusto? –Ana María rimase in silenzio, e Ignacio, notandolo, aggiunse → Per favore, non guardarmi come se avessi intenzione di rapinare gioiellerie o aprire casseforti! Semplicemente, mi sono stancato di avere incertezze e ora ho preso delle decisioni, e una di queste è fare soldi.

Ana María scelse di non drammatizzare le cose.

– Quali altre decisioni hai preso, se si può sapere?

Il ragazzo rispose, con la stessa sicurezza di prima:

– Di stare lontano dalla politica.

Ora la ragazza giocava con la cuffia bianca.

– Ti senti deluso?

– No, no! Niente di tutto questo... Ma ho capito che non sono nato per quello, che non va bene per me.

In questo Ana María lo seguì senza grandi difficoltà.

– Lo capisco molto bene. A me succede la stessa cosa. Ignacio provò come una gioia sottile.

– Non ti piace metterti in mostra, vero?

–Niente cose eclatanti... preferisco agire in solitaria. E fumare una sigaretta di nascosto...

Il clima era di nuovo cordiale. Ignacio prese una manciata di sabbia con entrambe le mani e, formando una scia, la fece scivolare dolcemente.

–Spagna, Spagna!... Scusami, ma sono un po' stufo. Voglio essere Ignacio. –Prese un'altra manciata di sabbia e ripeté l'operazione – Ci sono persone che sembrano aver già dimenticato il loro nome e si definiscono «atto di servizio» o «Alcazar di Toledo».

Ana María suppose che Ignacio si riferisse a Marta. Ma aveva deciso di non alludere a lei, come se non esistesse.

– Posso chiederti se ti sei stancato anche della religione?

Ignacio, inaspettatamente, si stava per alzare con studiata lentezza e finalmente si voltò e rimase seduto. E guardò lontano.

– È impossibile non credere in Dio guardando il mare.

Ad Ana María la risposta piacque così tanto che imitò il ragazzo e si sedette a sua volta, mettendosi proprio accanto a lui.

–Sei sempre un adorabile impostore. Dove hai imparato quello che hai appena detto?

Ignacio rise, lusingato.

–Un gesuita di Girona mi aiuta molto in questa faccenda: padre Forteza.

– Oh! Sì? Lo frequenti molto?

– Non ho mai parlato con lui. Ma lo vedo... e mi basta. Gli ci vogliono tre quarti d'ora per dire la messa. E se non stai attento, ti fa santo per tutta la vita!

Ana María si volse a Ignacio e guardò intensamente le sue labbra, con un leggero tremito.

– Non vorrei che tu fossi un santo... –disse la ragazza.

Ignacio guardò a sua volta le labbra di Ana María, rosse e umide...

Spero di non cadere in una simile tentazione.

Ana María, che aveva studiato Ignacio con molta attenzione, a questo punto si disse: «basta». Guardò in lontananza, il mare. Ed ebbe due intuizioni. La prima, che l'inverno prossimo Ignacio avrebbe fatto molti viaggi a Barcellona, perché lei avrebbe supplicato il Cristo di Lepanto che la Guardia di Confine lo mandasse lì, invece di mandarlo a Perpignan. La seconda si riferiva a qualcosa di più travolgente: Ignacio, il cui aspetto era nobile nonostante la sua spavalderia –e nonostante l'accappatoio –sarebbe stato suo. Non sapeva come e senza dubbio avrebbe dovuto lottare duramente contro Marta. Ma qualcosa le diceva che alla fine, con o senza soldi, Ignacio sarebbe stato suo, e questo era l'importante. Certo, avrebbe dovuto agire con astuzia e chiedere consiglio al suo amico Gaspar Ley e, meglio ancora, alla moglie di questi, Charo. E smetterla di scrivere semplici cartoline, per riempire invece pagine e ancora pagine, su carta molto femminile,



arricchendo di intenzioni ogni parola. Ma questa necessità non la spaventava. Se faceva ginnastica svedese per mantenersi in forma, perché non avrebbe dovuto fare ginnastica spagnola, per conquistare Ignacio?

– Sono felice, Ignacio. Sono giunta alla conclusione che, nonostante tutto, la guerra ti ha reso migliore. Sei meno sconcertante. Ti sei prefisso un obiettivo e l'otterrai. Ciò ispira grande fiducia.

– Ah, non c'è il minimo dubbio! Vieni di nuovo in acqua?

Rimasero lì, nell'acqua e sulla sabbia, finché, verso le due e mezzo, Ana María vide arrivare dal Lungomare, maestosa, una macchina grigia, abbastanza simile a quella che a Girona usava la signora Cecilia per andare dal parrucchiere e ai tavoli delle petizioni.

– I miei genitori! Ecco che arrivano...

Ignacio sobbalzò e si alzò, aggrovigliandosi con la cintura dell'accappatoio.

– Devo svignarmela...

– Va bene! Non così in fretta...

– Sì, sì, me ne vado...

– Non andare. Resta vicino... –aggiunse Ana María – Dove possa ancora vederti.

Si strinsero la mano, un po' frettolosamente.

– Quanto tempo rimarrai a San Feliu?

– Fino alla fine del mese, credo.

– Tornerò.

– Non voglio farmi delle illusioni...

– Scrivimi.

– Non preoccuparti...

Ignacio si allontanò. Andò verso le rocce fischiettando. Finì per sedersi lì, vicino alle guardie, che salutò.

– Fa molto caldo, eh?

–Figurati... –Una delle guardie si toccò la manica della divisa e poi, con l'indice, indicò il suo tricorno.

Da quel punto esatto, Ignacio poté contemplare a proprio piacere i genitori di Ana María che scendevano dall'auto grigia. Don Rosendo Sarrò: l'uomo che fiutava gli affari e che andava a Madrid ogni settimana, era alto, sportivo. In effetti, la Prigione Modello non si notava e aveva indubbiamente una personale autorità. Dall'interno dell'auto prese un enorme cesto di vimini. La madre era più sofferente e nonostante le vacanze estive, aveva la pelle color latte.

Ana María non si alzò nemmeno per salutarli. Li accolse freddamente, mentre frugava nella sabbia col piede destro. Non sembrò contenta nemmeno quando il padre aprì la cesta, che pareva molto pesante e che doveva contenere il pescato della giornata. Invece, la madre fece un sacco di storie.

Ignacio, senza sapere il perché, si sentì a disagio, come se fosse un intruso. Andò nella cabina e si vestì. Che caldo! Al momento di lasciare la spiaggia, riuscì a fare un cenno di saluto ad Ana María. E andò sul Lungomare, dove un fotografo ambulante lo importunò per fargli una foto.

– No, no, non mi interessa!

Il fotografo prese dalla tasca un bloc-notes e una matita.

– Faccio una caricatura?

– Un altro giorno, amico...

Ignacio rimase solo. Una fame terribile lo invase. Poi guardò verso il Monte San Telmo, che si stagliava alla sua destra, punteggiato qua e là di macchie brune tra gli alberi. Erano le tende del Campo Estivo che gestiva Mateo. Il suo amico sarebbe stato lì, al suo posto, a insegnare ai bambini, ai soldatini di piombo, a chiamarsi «combattimento» e «Alcázar de Toledo».

Si mise in viaggio in quella direzione. Fischiettò di nuovo, come se fosse felice. Raggiunse il pendio senza difficoltà. La guerra lo aveva davvero migliorato? Fisicamente, certo. Abituato alle escursioni degli Sciatori, le gambe gli obbedivano. Ad un tratto si rese conto che quando camminava «dettava il ritmo» e cambiò ritmo. Man mano che guadagnava quota, il mare sottostante gli sembrava più trasparente. Si voltò e guardò la spiaggia che aveva appena lasciato. Pensava che uno di quei puntini che vedeva fosse Ana María e cantò, ripensando agli Sciatori, alle canzoni al chiaro di luna:

*Se vuoi sposare le ragazze di qui  
Dovrai andar a cercar la capitale a Madrid...*

Finalmente arrivò al cancello d'ingresso del Campo. Due frecce stavano di guardia. Un cartello appeso tra due pini diceva: «CAMPO DELLA GIOVENTÙ ONÉSIMO REDONDO».

\* \* \*

Ignacio non si era sbagliato pensando che Mateo sarebbe stato lì, al suo posto. Mateo aveva preso così a cuore l'idea di avere un Campo modello, che aveva previsto tutto; dal posto su quel monte –ideale, dal momento che sulla vetta sorgeva un eremo e i venti erano salubri e stimolanti – all'approvvigionamento, che veniva effettuato giornalmente da Girona per mezzo di autocarri.

Aveva volutamente scaglionato e distanziato le tende in modo che i ragazzi, salendo e scendendo per andare dall'una all'altra, calpestassero i cespugli e creassero nuovi sentieri; ma da ognuna di quelle tende si potevano toccare gli alberi con la mano e si poteva vedere il porto di San Feliu nella conca e, a destra, l'immensità dell'azzurro.

Mateo aveva reclutato a Girona e provincia un centinaio di ragazzi delle più diverse estrazioni sociali, che suddivise in squadre. Gli interessava proprio l'eterogeneità. Che Pablito, il figlio del Governatore, potesse frequentare gli orfani assistiti dall'Assistenza Sociale e "Il Niño di Jaen». Era necessario che l'aria aperta, il cameratismo e l'estroversione tipici dell'età, spazzassero via il più possibile le differenze. Quella prova sarebbe stata la pietra di paragone per moltiplicare, negli anni a venire, i Campi lungo la costa, organizzando in ognuno di essi i consueti turni.

Mateo, prima di lasciare Girona, aveva detto a Pilar: «Vado a vedere se riesco a mettere in testa a quei ragazzi qualche idea di base»; cioè, proprio quello che anche Ignacio aveva immaginato. Pilar aveva risposto: «Va bene. Ma promettimi che una volta al giorno ti ricorderai che io esisto.»

Mateo, poi, aveva lasciato Girona emozionato. Amava, certo, avere a che fare con l'animo giovanile e sognava –proprio come Pilar aveva raccontato a Marta in treno, nel suo recente viaggio a Barcellona –di avere tanti figli da plasmare a suo piacimento. Gli occhi illuminati dei bambini, nei quali si potevano scrivere le parole più belle, lo stimolavano in quella direzione. Pensare che quelle vite avrebbero poi formato la generazione che avrebbe governato la Spagna, lo faceva rabbrivire di responsabilità. Aveva però subito verificato che c'era un ostacolo: quei bambini, sicuramente per immaturità, avevano vissuto la guerra ma non ne avevano compreso a fondo il significato. Tutti, tranne Pablito, l'avevano incontrata nella zona «rossa» e avevano visto mitragliatrici, miliziani e aerei da bombardamento. Alcuni erano rimasti senza casa –la casa distrutta –e la maggior parte aveva assistito alla fuga in Francia dell'Esercito «rosso» sconfitto; ma le loro menti avevano solo registrato quello che in tutto ciò c'era, di sovversione, sconvolgimento e confusione; ben poca cosa. L'idea di «grandezza» era loro estranea quanto l'idea di «firmamento» poteva esserlo per le stelle. Rispondevano al richiamo delle trombe, allo sventolio delle bandiere e cantavano inni a squarciagola; ma il loro era un entusiasmo istintivo, con una dose di ammirazione per l'ordine imperante, dopo il caos che li aveva circondati per tre anni. Non avevano più fame. Non sentivano più bestemmie. Nelle vetrine c'era la luce elettrica e il sindaco portava il cilindro. Anche i cani erano ingrassati. Ma ci voleva un duro sforzo per far capire loro che dietro quel cambiamento si celava qualcosa di più del trionfo del più forte o l'inevitabile fine di un ciclo. La sofferenza era stata eccessiva per quegli spiriti in embrione, per cui spesso ora mettevano in atto, senza rendersene conto, atteggiamenti difensivi. Sì, un qualcosa di amorale, cinico o un'improvvisa indifferenza li

rodeva dentro. Eloy, ad esempio, il «piccolino» della famiglia Alvear, divenuto *assistente* di Mateo, una volta aveva guardato la pistola che portava alla cintura e gli aveva chiesto: «Ma hai ucciso qualcuno?» Un ragazzo del paese di Llers, paese praticamente saltato in aria, a seguito di un'esplosione, una sera tagliò le corde di alcune tende con un coltello da capra per il semplice piacere di vederle crollare. E il più giovane del Campo, di nome Ricardito, pur ignorando quali fossero le privazioni, visto che suo padre era stato a capo dei Rifornimenti, si divertiva a schiacciare le lucertole con la punta delle sue espadrillas e quando gli mandavano qualcosa guardava, ostentando sicurezza e chiedeva: «E perché?» In qualunque occasione, gruppi di bambini ponevano ripetutamente domande assurde a Mateo, per esempio, se era vero che i bambini tedeschi non si ammalavano mai.

Nonostante tutto Mateo, temprato da tante vicissitudini, aveva piena fiducia che il tempo e il metodo avrebbero sanato tutte le barriere psicologiche che si frapponevano al suo compito. Era particolarmente ottimista quando i cento ragazzi facevano il bagno, urlando e agitando le braccia con una gioia incontaminata, battesimale, e ancora di più la sera, quando ogni squadra accendeva un falò davanti alla tenda corrispondente. Allora Mateo, mentre accarezzava la testa quasi rasata di Eloy, contemplava la cerimonia e sentiva addolcirsi l'anima. Ricordava le notti che aveva passato al fronte, altri falò, e i volti illuminati dei ragazzi e il tremito delle fiamme gli ripetevano come un ritornello: «Saranno miei, saranno nostri. I loro sentimenti saranno incanalati. Nessuno potrà strappare quella giovinezza».

Certamente, il ragazzo possedeva una capacità di concentrazione che indicava che la «politica», con suo grande rammarico, non lo aveva disumanizzato. Cercò di non esagerare nel suo piano di catechesi. Proprio il comportamento dei suoi allievi gli dimostrò che questi erano «uomini» e non un groviglio di riflessi. Per questo, per ogni giorno aveva programmato nel Campo un settanta per cento di atti di libera espressione, e un trenta per cento di disciplina. Non di più. Il suo motto era: «Se questi ragazzi devono essere incanalati attraverso la Falange verso posizioni importanti, cosa posso fare se non conoscere, almeno, le loro inclinazioni caratteriali?»

Mateo restò fedele a questo motto. Si mise al lavoro fin dal primo giorno. Volle incontrare uno ad uno i ragazzi che popolavano i pendii di San Telmo. Preparò un questionario, che i ragazzi dovevano provvedere a compilare personalmente. Pose domande alla rinfusa e scrisse le risposte. Osservava l'espressione dei volti nel sentire determinate parole, nel provare la stanchezza e perfino nel contemplare il mare. Aveva uno schedario che, secondo il suo lessico, descriveva come «caldo e diretto». E bisogna ammettere che uno schedario del genere gli era molto utile.

Improvvisamente giunse alla conclusione che – come accadeva con i detenuti quando si presentavano davanti al Tribunale Militare, – i ragazzi delle città costiere erano più intelligenti e

fantasiosi rispetto a quelli della montagna. Forse erano anche più coraggiosi o più predisposti a intraprendere un'avventura. Osservò anche che i più magri sognavano a voce alta, e che quelli che avevano sempre sete erano i più erotici. Perché quella fu una delle piaghe con cui Mateo ebbe a che fare: la masturbazione. C'erano ore in cui i ragazzi scomparivano nel bosco con qualsiasi pretesto e all'improvviso, come morsi da un serpente antico come il mondo, sbirciavano per assicurarsi che nessuno li vedesse, e commettevano il peccato del vizio solitario. Mateo rifletté molto, in proposito, e alla fine, per sua stessa decisione, si astenne dall'intervenire. Il dottor Gregorio Lascasas lo perdonerà! Come avrebbe detto il compagno Davila, quello era un sollievo naturale che sfuggiva anche alle ordinanze.

Un altro fatto in particolare attirò la sua attenzione: c'erano differenze fondamentali tra i ragazzi che avevano una madre e quelli che l'avevano persa. Questo lo colpì profondamente, poiché lui, Mateo, aveva perso la sua da piccolo. Quelli che non avevano una madre sembravano un po' sfuggenti, come oppressi da una vaga insicurezza. A volte si arrabbiavano senza ragione; avevano più bisogno di protezione e affetto. Non capivano i loro compagni, quando, all'arrivo della posta e riconoscendo la calligrafia della madre sulla busta o leggendo il nome di lei sul mittente, dicevano «bah!» e aprivano svogliatamente la lettera. Se solo loro avessero potuto riceverne una uguale! Mateo verificò che non avere una madre era una mancanza terribile, un fardello che impediva ai ragazzi di raggiungere la pienezza del loro io più profondo, e che in certi momenti li riempiva di un'incontenibile tristezza.

A parte questo, Mateo, senza rendersene conto, prestava particolare attenzione alle schede corrispondenti ai ragazzi di Girona, della capitale. E diversi di questi lo sorpresero al punto da fargli venire i grattacapi. Ciò non accadde con Eloy. Il suo obiettivo era chiaro: il ragazzo voleva colpire la palla, fare il calciatore e gli interessava solo avere amici, crescere forte come una quercia e imparare a cadere senza farsi male. Né rimase sorpreso dalla scheda del «Niño de Jaen»: non c'era alcun conflitto. Lo zingaro, grande vincitore in Piscina, il 18 luglio, voleva ballare. Il suo punto vita ondeggiava da solo, il suo corpo adottava posture armoniche, trasformava i sassolini in nacchere e, schioccando le dita, improvvisava ritmi di ogni genere. «Il Nino di Jaen», con la sua ciocca di capelli sulla fronte e il colore violento dei fazzoletti che usava, era un po' l'elfo del Campo ed era diventato a pieno titolo il personaggio più popolare.

Invece Mateo ebbe una grossa sorpresa con Felix, il figlio di Alfonso Reyes, ex cassiere della Banca Arús. Il ragazzo, che si trovava al Campo su raccomandazione di Ignacio, ascoltava con aria imbronciata tutti i discorsi politici, il che era logico, visto che suo padre era stato imprigionato ad Alcalá de Henares, dove, per riscattare le sue condanne, aveva anche scolpito crocifissi, come gli altri prigionieri; ma trascorreva la giornata intagliando figure di legno e disegnando. Il disegno era

senza dubbio la sua ossessione. Portava sempre in tasca matite e gomme da cancellare. Ma nelle sue opere mostrava un'inventiva prodigiosa, come se volesse evadere o fondere tra loro gli elementi della realtà. Quando disegnava il mare, lo riempiva di biciclette e non di barche. Quando disegnava le tende a punta, posizionava su di esse scudi con simboli rari. E se mai osava disegnare un volto umano, lo riempiva di occhi. Occhi sulla fronte, sulle guance e uno molto grande sul mento. Cosa voleva vedere Felix? Forse il motivo per cui sua madre era in carcere e suo padre scolpiva crocifissi.

In ogni caso, il massimo della sorpresa Mateo la ebbe dal figlio del Governatore, Pablito, che con i suoi quindici anni era il ragazzo più grande della montagna di San Telmo. Nel questionario aveva scritto che voleva essere «un uomo». La parola suonava come una sfida, ma Pablito non era uno spaccone. Al contrario, si lamentava sempre che, essendo figlio di tale padre, gli altri ragazzi lo trattassero con deferenza, o non osassero essere intimi con lui, e che alcuni, perfino, lo adulassero. Era alto e biondo –l'orgoglio di María del Mar –ma non si dava delle arie, anzi. Indossava la maglia azzurra più sporca del Campo e già il primo giorno aveva ammaccato la borraccia. Mateo fece di tutto per penetrare nelle pieghe della sua ribellione, ma fu inutile. Lo stesso Pablito non sapeva perché facesse così, e non altrimenti. Aveva già finito il quarto anno di liceo e sapeva tante cose, perché tra l'altro aveva un'ottima memoria. Aveva capacità di comando, ma ne faceva a meno, come se provasse un'allergia quasi rabbiosa per i militari. Non parlava mai di suo padre. Mateo era giunto alla conclusione che un tempo doveva averlo ammirato molto, considerandolo un eroe, ma ora, nell'intimo, lo censurava per aver goduto di tanto potere.

- Pablito, cosa significa «Voglio essere un uomo»?
- Beh, un uomo. Come gli altri, ma a modo mio.
- Non vedi una contraddizione in questo?
- No.
- Perché hai fatto tardi per andare al mare?
- Sì, devo dare l'esempio, lo so! Ma ero lassù, a fare pipì.
- Dormi male, vero?
- Dipende. Ho l'impressione di russare e di infastidire gli altri.
- Lo sai che sei il campione dell'appetito?
- Oh, certo! Mangerei un bue. Mi dispiace.
- Se dovessi gestire questo Campo cosa faresti?
- Quello che fai tu. Ti stimo molto e tu lo sai.
- Ti piace la Storia?
- Vorrei che il suo personaggio più importante non fosse Caino.

– Non pensi che a volte sia necessario combattere?  
– Sì, penso di sì, ma non mi piace. Preferisco la letteratura.  
– Non ti vedo felice qui, come lo eri a Girona. Non fischietti nemmeno. E dire che il Campo dovrebbe incoraggiarti a farlo!

– Beh, sono felice, davvero. È che... preferisco scrivere.

– Cosa scrivi?

–Qualunque cosa. Tutto quello che penso. –Si toccò la fronte – Un giorno verrà fuori.

– Dei versi?

– No per favore!

– Cosa ti infastidisce?

–Le cavolate. Mi domando cosa facciamo qui, tutti insieme, perché gli insetti pungono, perché io mi chiamo Pablito.

– Ti piacciono le donne, vero?

– Come lo sai?

– Ti piace anche fumare...

– Beh! Mi piacerebbe fumare una pipa, come il generale.

– A chi vuoi più bene, a questo mondo?

– Mah! Oggi, per esempio, a mia sorella, a Cristina.

– Cosa provi quando alziamo la bandiera?

– A volte, una grande emozione. Ma, come regola generale, quello che vorrei sapere è cosa provano gli altri.

–Ricapitolando, Pablito, tu sei un po' quello che io proprio non volevo essere: un giudice.

– È possibile. Ma puoi dirmi perché uno è fatto così?

– No. Non posso risolvere questa scheda per te.

Ah, il meraviglioso e astruso mondo infantile! Il Campo Giovanile Estivo era uno strano campo di osservazione. Quando Mateo, a notte inoltrata, i falò già spenti, si ritirava nella sua tenda a riposare – Eloy russava, già russava, su un mucchio di paglia! –; ripensava alle immagini e alle parole viste e sentite durante la giornata e non riusciva a stabilire un collegamento. Ogni ragazzo era una domanda, una profezia, una probabilità infinita. Forse quell'età –quella di Pablito, quella di Felix –era la peggiore... Forse la natura resisteva all'auspicabile «lavoro comune», alla meticolosa programmazione. Sparavano in tutte le direzioni, come forse potrebbe fare il fucile di un ceccino epilettico: verso il calcio, verso il flamenco, verso la masturbazione. E verso la politica? Quanti, tra quei ragazzi del CAMPO ONÉSIMO REDONDO, vorranno fare i politici? Non si sapeva. Felix voleva dipingere biciclette nel mare; Ricardito, il più giovane, voleva schiacciare le lucertole con la

punta delle sue espadrillas; Pablito voleva mangiarsi un bue. Da dove sarebbero spuntati i futuri leader, dalla costa o dalle montagne? Da chi sognava ad alta voce o da chi aveva sempre sete? Dagli orfani di madre?

Mateo si ripeté ancora una volta, ignorando ciò che il Professor Civil gli aveva detto prima, che il Dottor Caos era ottimista quando affermava che gli uomini stavano avanzando in uno squadrone. Come massa, come collettività, era vero; ma nel chiostro individuale... In quel Campo allestito sul pendio di San Telmo, a San Feliu de Guíxols, cento ragazzi indossavano camicie azzurre, ma quei cento azzurri erano diversi.

\* \* \*

Quando Mateo scoprì, da una delle frecce che facevano la guardia all'ingresso, che Ignacio era lì, schizzò fuori dalla tenda e si lanciò giù per la collina, zigzagando attraverso le scorciatoie che i passi dei ragazzi avevano creato tra i cespugli.

– Ignacio! La sorpresa del secolo!

– Non mi aspettavi, eh?

Si abbracciarono.

– Non capisco a cosa si deve tanto onore!

– È molto semplice. Ho una fame tremenda. Sono venuto a mangiare i ventisei punti della Falange.

– Ah, scusa, ragazzo, quello non è mangiare! Quello è pensare.

– Allora dammi un piatto di ceci e una bella bistecca.

### **Traducción del capítulo 21.**

ALLA DATA ANNUNCIATA, il 26 settembre, Ignacio e Mateo superarono il loro terzo anno di Giurisprudenza a Barcellona. Tutto si svolse come previsto; gli esami furono «patriottici», non ci furono difficoltà. Ignacio si presentò con una camicia azzurra e quattro onorificenze belliche; Mateo, con la stella del guardiamarina e una sfilza di emblemi e simboli. Inoltre, firmarono con lo spettacolare “Evviva la Spagna!” ciascuno degli esercizi scritti. Promossi. Erano esami collettivi, come le assoluzioni, in caso di emergenza. Collettivi e felici. Nelle aule, scherzi e risate. E fuori, all'uscita – gli diedero le note sul posto –, inni e canti. Nei caffè accanto all'Università ci fu uno scroscio di applausi per la Rivoluzione Nazionale-Sindacalista. In realtà, i promossi furono così tanti che il futuro legale della regione sembrò garantito per molto tempo. La nota più originale la diede



un ex legionario. La sua euforia fu tale che, brandendo la scheda, guardò tutti e gridò: «Viva la Morte!»

Ignacio diede la notizia per telefono ad Ana María. Non aveva più tempo per uscire con lei, perché, per ordine del colonnello Triguero, sarebbe dovuto tornare a Gerona la notte stessa. «E poi, sono venuto con l'auto ufficiale di Mateo, e anche Mateo vuole tornare subito. Devi capirlo...». Ana María non lo capì. Pensò che il ragazzo avesse fatto un passo indietro rispetto al suo atteggiamento amoroso a San Feliu de Guíxols, in quella splendida mattinata sulla spiaggia. Però non si demoralizzò. Si chiuse nella sua stanza –il padre della ragazza aveva acquistato una splendida torre a Sarriá –e scrisse una lunga lettera a Ignacio. Lettera che, prima di metterla nella cassetta postale, mostrò a Charo, moglie di Gaspar Ley, che commentò: «Figliola, se dopo un poema poetico come questo il giovane non si decide, è meglio che tu vada in convento».

\* \* \*

Durante il tragitto Barcellona-Gerona i due ragazzi, Mateo e Ignacio, ebbero un dialogo franco e cordiale, come ai bei, vecchi tempi. Parlarono di Pilar. Mateo era disposto a sposarla presto, anche se la situazione internazionale lo preoccupava. Parlarono di Marta, che aveva aiutato Esther ad assicurarle, contro ogni previsione, tre tavoli da bridge a Gerona. Parlarono del dottor Andújar, lo psichiatra arrivato da poco in città per occuparsi del Manicomio. «Mi ha fatto una grande impressione –disse Ignacio – Certo, i medici a me fanno sempre impressione. Ma lui ha davvero qualcosa di speciale. È encomiabile. Deve essere un uomo di valore». A quanto pare – aggiunse Mateo – ha una mania per l'Estrema Unzione. Appena vede passare il prete con il chierichetto e l'ombrello, li raggiunge e sale alla casa del malato. Ho conosciuto la sua figlia maggiore. Si chiama Gracia e giuro che il nome le sta a pennello». Parlarono di Paz, la cugina di Ignacio. Secondo alcune indiscrezioni, tra i tanti uomini che erano pazzi di lei c'era José Luis. «Credo che per sbottonarle la camicetta sarebbe disposto a entrare nell'UGT.» Poi parlarono della notte, che li colse lungo la strada, e i fari dell'auto si misero a seguire la strada come cani poliziotto. La notte piaceva a Mateo. A letto aveva le idee chiare. Gli era già successo al fronte, sotto il firmamento. «Ho preso le mie decisioni migliori di notte.» A Ignacio succedeva il contrario. Da tempo soffriva di insonnia e le lenzuola gli sembravano nidi di vespe. E quando riusciva ad addormentarsi, sognava, sognava molto, faceva sogni terribili: che la Banca Arús era stata rapinata, che Mosén Francisco era resuscitato e lo aveva abbagliato con uno specchio, che la bella Adela lo aveva invitato a casa sua per prendere il tè. «Amico! –esclamò Mateo – se va a finire così, non andartene in giro con le ragazzine!»

Come si stimavano a vicenda, i due ragazzi! E in realtà avevano poche occasioni per stare da soli e chiacchierare piacevolmente. Approfittarono di quel viaggio per recuperare, così come ne avevano approfittato il Governatore e i suoi, quando erano andati ad aspettare il conte Ciano.

– Ignacio, ti ricordi molto della nostra guerra?

– Tanto. Più di quanto immagini. È come un sipario, sullo sfondo. A te non succede la stessa cosa?

– Eccome! Non mi sono ancora abituato a non camminare per le montagne e a non guidare un plotone dietro di me. È stato così difficile! E così bello...

– Bello? Questo bisognerebbe chiederlo ai morti.

– Anche i morti lo trovarono bello. Sono caduti per un ideale. Non hai sentito l'ex legionario?

– L'ho sentito, certo. Ma è vivo. E ci furono quelli che sono morti stupidamente, senza sapere il perché.

– Non muori mai senza sapere il perché.

– Non esagerare, Mateo. L'eroismo non è un obbligo. Quando te lo metterai in testa?

– Mai.

– Mi dispiace. Mi dispiace per te...

– Ignacio..., ti ricordi quando tornasti dal fronte? Parlavi diversamente...

– Ero ubriaco. Mi sentivo come contagiato. Ora quello che voglio è imparare.

– La guerra è una grande lezione.

– Mi sembra che la grande lezione sia la pace. E il Diritto Civile.

– La pace spesso offusca il cervello. E bada bene che questa teoria non è mia. È di Dostoevskij, che se non sbaglio è il tuo santo preferito.

– Con tutto il rispetto per l'illustre epilettico, avrei preferito non vederti mai con una pistola alla cintura.

– Ci sono pistole necessarie. O non la pensi così? Ti ricordi di Cosme Vila?

– Guarda, lasciamo perdere e parliamo ancora di Pilar e Marta, e del dottor Andújar... All'Università ho visto un mutilato cieco. Una di quelle pistole necessarie lo ha reso cieco. Vorrei che il povero ragazzo potesse amare la notte tanto quanto te...

Matteo restò in silenzio. Per un momento si immaginò senza occhi. Non avrebbe potuto guidare la macchina, i cui fari seguivano la strada! Ma reagì subito. E anche Ignacio. Tacitamente, decisero di concludere il viaggio in buona armonia, parlando di ciò che poteva unirli e non di ciò che li separava.

– Quindi, *Viva la Vida?* esclamò Mateo, con improvvisa sincerità.

–Viva la vita, sì –sottoscrisse Ignacio, accendendosi una sigaretta e passandola a Mateo, che se la portò alle labbra, aspirando con profondo piacere.

L'auto imboccò la strada di arrivo a Gerona, dove l'accoglienza che fu riservata ai ragazzi, nelle loro rispettive case, fu trionfale.

Don Emilio Santos, che, mentre le sue gambe guarivano stava recuperando il suo umorismo e la sua serenità, disse ironicamente a Mateo:

–Non ti sembra un abuso essere stato promosso senza aver annusato un libro? Mettendola così, se il generale Sánchez Bravo avesse insistito, a giugno gli avrebbero conferito il titolo di ingegnere agronomo...

Nell'appartamento sulla Rambla, Matías fu ancora più esplicito. Disse a Ignacio:

–D'accordo, sei stato promosso. Ma quest'inverno dovresti studiare seriamente, non trovi? L'anno prossimo vorranno che tu conosca il Diritto e non che canti *Cara al sol*. E penso che dovresti riprendere le lezioni con il professor Civil.

Ignacio acconsentì. Ma si sentiva così lontano da quei libroni che teneva sopra l'armadio! Per il momento, il giorno dopo chiamò Marta –ah, era necessario riconciliarsi con lei! –e la portò al ristorante di Puente de la Barca, dove mangiarono, come un tempo i fratelli Costa e come i *gourmets* ora, cosce di rana vivacizzate dal chiacchietto. Marta, nonostante le cosce di rana, si sentiva felice... E per premiare l'«impresa» di Ignacio, gli regalò un vecchio orologio da tasca, col quadrante blu, che era appartenuto a suo padre, il comandante. Ignacio prese con amore l'orologio tra le mani. Gli erano sempre piaciuti i vecchi orologi da tasca, con la catena. «Grazie, Marta – le disse emozionato, aprendo e chiudendo più volte il coperchio argentato – È bellissimo». Marta spiegò: «Mio padre lo comprò in Africa.»

In vista dell'autunno, i componenti della famiglia Alvear si sarebbero collocati nel posto più appropriato. Considerato che lo stipendio di Matías ai Telegrafi era ancora esiguo –al momento le promesse del Sindacato Verticale stavano sonnecchiando orizzontalmente... –e che Ignacio avrebbe impiegato qualche mese per laurearsi, fu deciso che Pilar avrebbe iniziato a lavorare. «Non c'è altra alternativa. Devi aiutarci.» Pilar accettò di buon grado..., a condizione che le rimanessero delle ore per completare il Servizio Sociale, che era stato dichiarato obbligatorio.

Mateo si incaricò di risolvere il problema: i primi di ottobre Pilar iniziò a lavorare, mattina e pomeriggio. Al mattino al Salvacondotto, il cui ufficio era stato installato al pianterreno del Governo Civile; nel pomeriggio, presso la Delegazione di Forniture e Trasporti. «Così guadagni due stipendi –gli disse Mateo –e la giornata diventerà meno monotona per te.»

A Pilar non piaceva il lavoro al Salvacondotto. Quelle file di persone che si avvicinavano allo sportello con l'aria di uccellini spaventati, per consegnare la documentazione, la rendevano

nervosa. Le veniva voglia di gridare: «Ma qui non mangiamo nessuno!» I salvacondotti erano richiesti soprattutto per potersi muovere nella zona di confine –il colonnello Triguero non voleva guai sulla sua terra –; e per ottenerli erano necessarie due garanzie. Pilar dimostrò di avere poca pazienza. «Due, signora! Due approvazioni e non solo una! Non ha letto le istruzioni sulla porta?» Oppure: «E la foto? Come facciamo a darle il salvacondotto se non ha portato la foto?» A volte, esaminando le domande, all'ora di chiusura, prestava attenzione all'ortografia e alle firme, e pensava tra sé: «Mio Dio, Spagna. Questo è un problema di scuola elementare!»

Il suo capo diretto era, chi l'avrebbe mai detto? Alfonso Estrada. Alfonso Estrada, ventidue anni, ex combattente nel Terzo di Nostra Signora del Montserrat e attuale presidente della Congregazione Mariana. Alfonso e suo fratello Sebastiano –che era stato alle *Baleari* e che dalla fine della guerra era stato terzo ufficiale su una nave passeggeri della Compagnia Transatlantica –, di lì a poco avrebbero ereditato una cospicua fortuna lasciata dal padre, che era stato capo della CEDA e che i «rossi» avevano assassinato. Ma a quanto pare c'erano delle difficoltà testamentarie, e per il momento l'eredità non si poteva toccare.

Pilar si divertiva molto con Alfonso, che si era iscritto gratis a Filosofia e Lettere. Alfonso era ben piantato, appassionato di musica –suonava elegantemente il pianoforte –ed era anche un conservatore nato. Forse alludeva troppo spesso alle tematiche religiose, di cui Pilar era un po' stufa, a causa di Carmen Elgazu; ma lo faceva con gioia. La cosa sorprendente in lui, era che «credeva ai fantasmi». In altre parole, era affascinato da tutto ciò che conteneva mistero, dai fenomeni fisici alle leggende della giungla o del suo avversario, il deserto. Sicuramente in Russia, sul lago Baikal, si sarebbe divertito. Nei momenti di calma in ufficio, gli piaceva parlare con Pilar della possibile vita su Marte e, soprattutto, raccontarle storie terrificanti, con abbondanza di castelli inglesi, apparizioni, fulmini e misteriose orme di persone morte da anni. Al ragazzo bastavano solo quattro parole e un gesto, per creare l'atmosfera giusta, e quando mancava la corrente, il che accadeva spesso, si precipitava con piacere ad accendere un paio di candele. Gli piaceva anche parlare di chiromanzia e degli effetti delle droghe. «Non sarai uno spiritista, come il Responsabile?», gli chiedeva Pilar. «Beh, quasi...», rispondeva Alfonso, la cui voce bisbigliante, al fronte, gli era valsa il soprannome di *Sordina*. Certo, il ragazzo ammetteva che padre Forteza lo aveva influenzato in quel senso, anche se assicurava che, in tutta onestà, aveva cominciato ad affezionarsi a quelle cose sui parapetti, nelle notti di guardia. «Al fronte, di notte, si vede l'invisibile e si sente il silenzio, capisci? Anche mio fratello Sebastián è convinto che i pesci abbiano la loro lingua e il loro mondo. Sì, sì, ridi! Oh, dai, peccato che tu creda solo in ciò che può essere rappresentato...!»

Pilar lo ascoltava divertita.

–E in tutto questo, perché non ti trovi una ragazza? Asunción crederebbe a tutto quello che mi dici e a molto altro...

Alfonso Estrada fece un gesto eloquente ed evitò l'argomento. Non si sapeva se fosse per Asunción, in particolare o per le donne in generale.

–Ecco cosa non mi piace di voi fedeli –rimproverava Pilar – Parli di tutto, anche di fantasmi, ma non di ragazze. Ti spaventiamo o cosa?

–Spaventarmi? –Alfonso rise -. Io mi rado con *Gillette*, proprio come Mateo...

–Il giorno in cui mi racconterai una barzelletta sporca, ci crederò...

Alfonso Estrada era amato da tutti, grazie alla sua squisita correttezza. Padre Forteza non era stato l'unico a predirgli un grande futuro.

Alla Delegazione dei Rifornimenti e dei Trasporti, dove Pilar lavorava di pomeriggio, l'atmosfera era diversa. Lì il compito fu molto più facile per la ragazza, perché su sua richiesta l'assegnarono alle «Tessere Annonarie», dove era già stata all'epoca «rossa», agli ordini di Torre di Babel. «Si vede –commentò –che devo essere io a distribuire il cibo della città.»

Il suo capo, in questo Servizio, era proprio Carlos Grote, il pettegolo di Matías. Pilar lo chiamava *La Gazzetta della Città*. Però piaceva anche a lei, perché era un uomo molto affettuoso e perché mostrava grande rispetto per Matías. A Pilar la chiamava «figliola». «Io ci sono, qualunque cosa ti succeda, figliola, lo sai.» «Non si preoccupi signor Grote. Ma credo che non mi succederà nulla.»

Il signor Grote era l'esatto contrario di Alfonso Estrada. Pur essendo isolano – «di Santa Cruz e non di Las Palmas», precisava sempre –, non aveva la benché minima inclinazione per i misteri, «Le cose sono o non sono», era il suo motto. Era stato socialista da tutta la vita e credeva, come Antonio Casal, che la società ruotava attorno all'economia e alla lotta di classe. Estremamente meticoloso, controllava le «Tessere Annonarie» come il vescovo la sua cartella sacerdotale. «Quei diabolici cognomi catalani... –borbottava sempre – Com'è facile scrivere López o Ramírez.»

Il signor Grote scoprì che i pettegolezzi, che mal si addicevano a Galindo al Café Nacional, piacevano molto a Pilar. Così, ogni pomeriggio portava alla ragazza la sua razione di pettegolezzi. «Lo sai che il Governatore ha portato in dono a suo figlio Pablito, un'armonica? Sarà per vedere se gli calma un po' i nervi...» «Che partita di poker ieri sera al Casinò! Il tuo amico - o il tuo camerata, se preferisci –Miguel Rossellò, ha perso anche la camicia.» «Ehi, Pilar... Perché non dici a Mosén Falcó di chiudere un occhio sulla censura dei film? Ha escogitato un piano... Non è colpa di nessuno se non ha mai baciato una donna...»

Un giorno il signor Grote entrò nell'ufficio di Pilar con una faccia cupa e disse alla ragazza:

–Pilar, oggi ti porto la notizia del secolo...

–Che succede? Qualcosa dal dottor Chaos, è come se lo vedessi...

–Ti sbagli... Si tratta di tuo fratello César.

Pilar rimase inchiodata alla sedia e guardò il suo capo con stupore quasi comico.

–Non allarmarti, donna! E non chiedermi come l'ho scoperto... lo so da fonte certa, e basta. –

Pilar restò in attesa – Si tratta della questione della beatificazione...

Pilar alzò la testa e la sua espressione ricordò quella del direttore del *Gerona Jazz*, il popolare Damián, quando faceva un assolo di tromba.

–Ma, signor Grote! Non so di cosa sta parlando!

Il signor Grote si sfregò le mani con piacere.

–Ascoltami, figliola... e mi ringrazierai. In quei fascicoli c'è un difensore: non si sa ancora chi sarà. Ma c'è anche un accusatore, detto «l'avvocato del diavolo», che ha il compito di ricercare i vizi dell'imputato. Inizi a capire? Ebbene, ecco: nel caso di César, l'«avvocato del diavolo» sarà Mosén Alberto...

Pilar era sbalordita e quell'informazione sembrava più una storia degna di Alfonso Estrada. Tuttavia, nel bene o nel male, i pettegolezzi del signor Grote di solito erano veri! Ora, perché parlare di difetti se si trattava di César? Che difetti poteva avere suo fratello? E perché doveva essere proprio Mosén Alberto a occuparsi di cercarli?

–L'ha scelto il vescovo, figliola... Ha la sua importanza, no?

Pilar finì per mordersi le unghie ed esclamò:

–Ecco, signor Grote, non c'è migliore «avvocato del diavolo» di lei.

E il signor Grote giustificava, a modo suo, la sua passione per il ficcanasare altrui. Si annoiava a casa, con sua moglie. Sua moglie, anche lei delle Canarie, «sebbene di Las Palmas e non di Santa Cruz», passava la giornata a sbadigliare e a lamentarsi dell'umidità di Gerona e di quanto sarebbe stato rigido l'inverno. «Sai cos'è una maniaca, Pilar? Beh, quella è mia moglie. Ha una sola ossessione: la pulizia. Tutto deve brillare! Ti sembra interessante? Io preferisco dedicarmi ai pettegolezzi...» «Ecco, figliola, sei ancora in tempo! Prima di sposarti –e che Mateo mi perdoni – conta fino a cento.»

La verità è che Pilar cercava di ricambiare il signor Grote e così si divertì a raccontargli le stranezze, i «misteri» che Alfonso Estrada le aveva raccontato la mattina, ai Salvacondotti. Ma il signor Grote, circondato da patatine, rise di gusto. «Come, cosa dici? Che i pesci parlano? Eh! Chissà che vocione avranno i cetacei!» «E c'è vita su Marte? Quanti abitanti, vediamo un po'? Sai che mi piacciono le cifre esatte...»

Insomma, Pilar era contenta... Mateo –con il permesso del signor Grote –le avrebbe regalato l'anello di fidanzamento il 6 gennaio, cioè il giorno dei Re Magi; il Servizio Sociale era una

magnifica istituzione; con i due stipendi che percepiva poteva aiutare i genitori e poteva persino permettersi di ordinare un abito da sera alle sorelle Campistol, in vista del ballo di gala che si sarebbe tenuto al Casino l'ultimo giorno delle Fiere; Marta era ancora come una sorella, per lei, anzi, e le aveva proposto di accompagnarla ad Alicante per trasferire le spoglie di José Antonio; come se non bastasse, il battito di Pilar era normale come un orologio. Cosa avrebbe potuto chiedere di più?

Due cose la preoccupavano: che a volte provava un segreto piacere nel rifiutare un salvacondotto, e che in fondo al cuore, senza sapere esattamente il perché, desiderava che la Germania attaccasse di sorpresa un altro paese e che lo invadesse in tre settimane, come aveva fatto con la Polonia.

\* \* \*

Eloy, il «girino», avrebbe continuato ad essere legato alla famiglia Alvear fino a nuovo ordine, poiché gli sforzi compiuti dalla Sezione Femminile e da Carmen Elgazu nel Nord, per trovargli i parenti, erano falliti. Avevano ottenuto dei riferimenti da un individuo di Guernica esiliato a Tolosa, di professione minatore, e che «potrebbe essere tuo zio». Ma il presunto «zio» negò qualsiasi relazione con Eloy.

In considerazione di ciò, ogni decisione fu rinviata, tanto più che il ragazzo era felice nella casa degli Alvear e loro, pur sapendo che ciò non poteva durare all'infinito, ne furono felicissimi. Anche Claudia, la donna delle pulizie, solitamente scontrosa e riservata, provava una grande simpatia per il ragazzino, tanto più che Eloy, sempre pronto a dare una mano in casa, l'aiutava a pulire i vetri, a togliere il bidone della spazzatura e a togliere le ragnatele dal soffitto con la scopa. Ultimamente aveva insistito per rifare i letti... «Ma se non sai come fare! –rideva Carmen Elgazu – Se poi ci si aggrovigliano i piedi nessuno riuscirà a chiudere occhio! Dai, prendi il macinino e macina il caffè...»

Eloy gradì molto l'arrivo di Manuel, da Burgos. Divennero buoni amici. Non avevano molto di cui parlare, perché Manuel amava i libri ed Eloy il calcio. Ma giocavano insieme a parchis e a carte, in attesa che iniziassero le lezioni al Gruppo Scolastico di San Narciso, e andavano spesso sulle sponde del Ter. A volte Matías, uscendo dall'ufficio, li trovava entrambi ad aspettarlo accanto alla Croce dei Caduti, che era stata eretta proprio davanti ai Telegrafi. Eloy, vedendolo, lanciava svelto in aria il berretto basco che Matías gli aveva portato da Bilbao, mentre Manuel sorrideva un po' impacciato, come sempre. Matías si emozionava, quando si avvicinava a loro, e li avrebbe volentieri invitati a fumare.

Eloy pensava da tempo di guadagnare qualcosa, per contribuire in qualche modo al bilancio familiare. E da lì ebbe un'idea degna dell'omino che cominciava ad essere. Il ragazzo, che era tornato dal Campo di Onesimo Redondo molto cresciuto, abbronzato dal sole e con le lentiggini sul viso molto più visibili, senza dire niente a nessuno un bel giorno si recò allo Stadio Vista Alegre e chiese del responsabile della manutenzione del campo di calcio. Quel dirigente si chiamava Rafa, abitava proprio lì, con la moglie, accanto agli spogliatoi dei giocatori, ed era molto popolare e alla mano.

Eloy si offrì di aiutarlo. Durante la settimana sarebbe potuto andare tutti i pomeriggi, una volta terminate le lezioni e, naturalmente, la domenica, tutto il giorno. Doveva esserci così tanto da fare! Ungere gli scarpini dei giocatori; gonfiare i palloni; prendersi cura dell'erba del terreno di gioco...

–Basta che mi diano qualche dritta... e ogni tanto mi facciano tirare in porta, a me basterebbe.

Rafa, che non aveva figli, ascoltò il ragazzo con divertita attenzione e alla fine gli disse ridendo:

–Perché no? Possiamo provarci.

Buone notizie! Che suonino le campane della Cattedrale! Eloy, miracolosamente, si trasformò nella mascotte ufficiale del Gerona Calcio.

Rafa aggiunse, indicando l'armadietto dei medicinali:

–Quando inizia il campionato, magari ti porteremo anche in trasferta.

–Sì, sì! - esclamò Eloy – Una mascotte porta sempre fortuna!

Il gesto del «girino» fu ben accolto nell'appartamento della Rambla. Ignacio utilizzò metà del suo stipendio alle Frontiere per comprargli degli «scarpini regolamentari» e Carmen Elgazu promise di fargli una maglia da giocatore personalizzata con i colori del club di Gerona, che erano il rosso e il bianco. «E i pantaloncini?» chiese Eloy. «Avrai anche i pantaloncini, non ti preoccupare; e i calzettoni...»

Quella notte Eloy, addormentato nel letto che era stato di César, sognò che il Gerona Club di calcio, grazie a lui e a Rafa, era al primo posto in classifica sin dalla prima partita.

\* \* \*

Settembre portò un altro problema alla famiglia. Questo interessò in modo specifico Carmen Elgazu. Il ciclo mestruale della donna fu in questo caso veramente impressionante. Un'emorragia terribile. Carmen Elgazu trascorse ventiquattr'ore contorcendosi e a tratti, svenendo.



Matías decise:

–Devi andare da uno specialista. Questo non mi piace.

La parola «specialista» non piacque affatto a Carmen Elgazu, ma capì che non c'era altro rimedio.

Il decano di ginecologia di Gerona era il dottor Pedro Morell, che Matías aveva salutato in un paio di occasioni. Matías, dai Telegrafi, lo chiamò al telefono chiedendogli un consulto.

–Quanti anni ha sua moglie? –chiese il dottore.

–Quarantasette.

–Venite domani alle quattro.

L'indomani, alle quattro in punto, il dottor Morell, uomo molto conosciuto a Gerona, perché aveva fatto nascere mezza città, li ricevette nel suo studio, sulle cui pareti erano appesi, oltre a un crocifisso, una serie di diplomi e alcune incisioni con immagini sulla maternità.

Il dottor Morell, in camice bianco, per prima cosa sottopose Carmen Elgazu a un meticoloso interrogatorio. Nonostante la discrezione delle sue domande, Carmen Elgazu si sentiva a disagio e in più di un'occasione arrossì. A un tratto Morell si alzò e la invitò nella sala delle visite.

–Andiamo a vedere... –disse -. Vediamo.

Invitò anche Matías, ma lui disse:

– Se non le dispiace, aspetto qui... – Rimasto solo, l'uomo si accese una sigaretta, avvicinandosi alla finestra, dalla quale poteva vedere la fontana che sgorgava dalla piazza.

La visita, condotta coscienziosamente, fu esauriente, e al termine di questa il medico e Carmen Elgazu rientrarono nello studio. Il dottore si sedette. Era un uomo che non usava mezzi termini.

–Non è chiaro –spiegò, rivolgendosi a Matías – Darò a sua moglie delle medicine. Poi la visiterò di nuovo e decideremo.

Carmen Elgazu impallidì.

–Decideremo?

–Sì - confermò il dottor Morell – Secondo quanto si vedrà, dovremo intervenire. Ha perso peso?

–Sì un po'...

Il medico spiegò loro che poteva rendersi necessario un piccolo intervento. «Ma per il momento è prematuro fare una diagnosi.»

Matías era sconcertato. «Secondo quanto si vedrà, dovremo intervenire...» L'uomo non osò fare altre domande. Quanto al dottor Morell, li vide in imbarazzo, ma fece un gesto che significava: «Così stanno le cose.» E strappando abilmente la pagina da un blocco, iniziò a scrivere la ricetta.

Matías e Carmen Elgazu uscirono dalla visita sottobraccio. Dopo pochi passi cercarono di raddrizzare la schiena, per non sembrare dei vecchi.

–Cosa significa questo? - chiese Carmen Elgazu, rompendo il silenzio.

Matías provò a reagire.

–Non lo so, Carmen... - Poi aggiunse → Ma ricordati che ha detto che tutto dipende dalla prossima visita.

Attraversando il Ponte di Pietra, Carmen Elgazu all'improvviso si fermò.

–Penso – disse –che dovremmo fare una novena a Santa Teresita del Bambino Gesù...

Matías si fermò a sua volta, toccandosi il cappello. E commentò:

–A Santa Teresita? Non credo che per certe cose sia la più indicata...

## 3– COMMENTO TRADUTTOLOGICO

### 3.1 Il processo traduttivo

#### 3.1.1 Considerazioni generali

L'atto del tradurre, un tempo inteso come mera (e automatica) trasposizione di un testo da una lingua all'altra, ha assunto, negli ultimi anni una forte connotazione multidisciplinare: il fatto che alla traduzione concorrano competenze che derivano da discipline ed orientamenti diversificati hanno portato all'affermazione che la traduzione è di fatto l'esito di un "processo" nel quale certamente il livello linguistico ha pur sempre una sua centralità, ma che coinvolge una serie di layers (storici, letterari, socio-culturali) che concorrono alla comprensione del testo inteso nella sua dimensione complessiva.

Le teorie linguistiche sulla traduzione ha visto, nel recente passato una serie di fasi. Tra gli anni Cinquanta e Sessanta del secolo scorso prevalse un approccio strutturalistico alla traduzione: in esso prevaleva l'esigenza di analizzare il testo in una prospettiva fondamentalmente incentrata sull'analisi linguistica. Fu la Scuola di Praga (ed in particolare Jakobson) che propose una visione diversa, nella quale il testo non poteva essere più correttamente compreso solo attraverso la lingua, ma anche attraverso una serie di elementi di contesto che gli conferiscono senso e significato. Jakobson ebbe il merito di allargare lo spettro di possibilità legate alla traduzione e ne indicava tre dimensioni fondamentali:

- **endolinguistica**, o "riformulazione": è il processo che viene messo in atto quando i segni linguistici di un testo vengono riformulati con altri segni linguistici appartenenti allo stesso contesto linguistico.
- **interlinguistica**, che secondo Jakobson era la "traduzione propriamente detta": è il processo che prevede la riformulazione dei segni linguistici in una lingua diversa da quella originaria;

- **intersemiotica**, o «trasmutazione»: essa prevede che i segni linguistici vengano interpretati (anche) da segni non linguistici che appartengono a sistemi semiotici diversi, come avviene ad esempio nella trasposizione di un libro in un film<sup>20</sup>.

L'approccio di Jakobson, di fatto, superava la prospettiva degli strutturalisti, che assegnavano un ruolo fondamentale al principio di equivalenza, sul quale si basavano per definire le corrispondenze tra il testo originario e la sua traduzione. Per quanto essi distinguessero tra equivalenza formale, che punta a riprodurre fedelmente la struttura dell'originale ed un'equivalenza dinamica, che invece ambisce più ad ottenere sul destinatario del testo tradotto lo stesso effetto che viene prodotto dal testo originale sui destinatari della lingua di partenza, in ogni caso la relazione dialettica tra i segni e le strutture interne ed esterne alle lingue di partenza e di arrivo è considerato la sostanza del processo di traduzione<sup>21</sup>.

Negli anni Settanta gli studiosi iniziarono a vedere degli oggettivi limiti nell'approccio formalistico alla traduzione e mostrarono una maggiore attenzione al testo e ai contesti culturali nei quali esso veniva recepito. L'equivalenza continuava ad essere un elemento importante, ma oltre ad una dimensione formale (basata sulle equivalenze di forma e contenuto) venne messa in evidenza anche una prospettiva dinamica (nella quale si svolge la relazione tra emittente e ricevente): la dinamica della traduzione appare così straordinariamente simile alle teorie della comunicazione di tipo "meccanicistico" in voga in quel periodo, che sottolineavano come il ricevente fosse in grado di ricostruire il messaggio anche in presenza di interferenze.

Un punto di svolta venne da Popovic, che sostenne l'impossibilità di definire l'equivalenza all'interno di un processo di traduzione, dato che essa comportava sempre una deviazione: da questa intuizione deriverà l'esigenza di una nuova disciplina della traduzione, sostenuta in particolare con i *Translation Studies*<sup>22</sup>. Si tratta di un filone di ricerca piuttosto vivace ed interessante che propone una serie di contributi significativi che partono però tutti da un presupposto: la traduzione doveva essere inquadrata in un

---

<sup>20</sup> Jakobson R. (1959), "On linguistic aspects of translation", Brower R. (ed), *On translation*, Cambridge, Harvard University Press, p. 233

<sup>21</sup> Nida, E. (1964): *Towards a Science of Translating: With Special Reference to Principles and Procedures Involved in Bible Translating*, Leiden

<sup>22</sup> Popovic A. (1979), *The nature of translation*, Mouton, The Hague

particolare contesto socio-culturale e questo inquadramento era essenziale per la sua comprensione.

Si tratta di un cambiamento significativo e la traduzione inizia da questo momento a ricevere importanti attenzioni da parte degli studiosi: la traduzione non consiste nell'espressione di uno stesso contenuto in un'altra forma o di uno stesso significato in un altro linguaggio, ma viene posta alla base della comunicazione internazionale. L'obiettivo principale è studiare la funzione della traduzione nel complesso dei sistemi culturali delle varie epoche, approfondendo la conoscenza strutturale di quelle società. Even-Zohar e Toury, esponenti della scuola di Tel Aviv, sviluppano la *Polysystem theory*: di nuovo applicando alcuni elementi delle principali teorie della comunicazione, i teorici della traduzione come "polisistema" evidenziarono il ruolo delle interferenze, dei canoni letterari e dei sistemi di relazione caratterizzati dalle opposizioni "centro-periferia" e "tradizione-innovazione". Il processo traduttivo acquisiva così una marcata complessità, nella quale assumevano un ruolo determinante le influenze tra le varie culture (interferenze): ognuna di esse rispondeva a caratteristiche precise stabilite dal gruppo dominante (canone); l'incontro con le altre culture provocava un mutamento, una revisione del canone attraverso il quale emergevano le citate opposizioni tra innovazione e tradizione e tra centro e periferia: con esiti che potevano portare anche ad una modifica dell'equilibrio tra centro e periferia e tra tradizione e innovazione. Nel concreto, questo significa che il panorama letterario di ogni cultura è monopolizzato da testi canonici considerati legittimi dalle istituzioni perché coerenti con il sistema di valori da esse propugnato: questa centralità dei testi canonici viene però costantemente insidiata dai testi non ufficiali, che occupano la periferia del sistema letterario; questi possono ambire a far parte del sistema letterario attraverso il sottosistema dell'innovazione. In questo contesto, la letteratura tradotta viene considerata come un sistema all'interno del più vasto polisistema letterario. Un polisistema stabile (cioè in grado di controllare e tenere in equilibrio tradizione e innovazione, centro e periferia) tende a imporre i propri modelli alle traduzioni, mentre al contrario uno debole o instabile è maggiormente influenzato dai modelli che importa. La traduzione assume un ruolo centrale in tre situazioni: quando una letteratura è

giovane o in fase di stabilizzazione, quando è periferica o debole, quando una cultura è in crisi<sup>23</sup>.

Abbiamo accennato a questi approcci perché essi hanno avuto il merito di portare all'attenzione della riflessione alcuni temi che fino a quel momento erano stati del tutto ignorati (come quello del ruolo del traduttore come possibile vettore di manipolazione del testo); e tuttavia, questi approcci sono stati oggetto di critiche perché ponevano come centrale il problema della ricezione del testo tradotto, ma sottovalutavano l'analisi delle tecniche e dei procedimenti che erano alla base del processo della traduzione.

Furono Bassnet e Lefevere a mettere in risalto il tema della traduzione come operazione di riscrittura del testo: il traduttore, infatti, non si limita mai a recepire il testo in maniera passiva, ma in sostanza lo riscrive, adattandolo ai sistemi culturali del suo tempo<sup>24</sup>. La dinamica della traduzione non è quindi una operazione neutra e non avviene in un ambiente asettico rispetto al contesto socio-culturale di ricezione. Il traduttore è dunque un "mediatore culturale", capace di valorizzare il contatto tra culture diverse perché le conosce entrambe ed è in grado di adeguare il testo originale alle esigenze e alle sensibilità dei fruitori<sup>25</sup>.

Il termine manipolazione, in questo contesto, non assume un significato deterioro, ma ha una sua connotazione tecnica: essa si esplica in diverse tipologie (volontaria, involontaria, interculturale e intraculturale) che caratterizzano la codifica e decodifica (o meglio: ricodifica) del messaggio.

Nelle varie correnti di pensiero legate alla traduzione emerge come il ruolo dell'analisi del testo sia stato spesso sottovalutato, al punto che alcuni autori hanno notato che nel definire il ruolo del traduttore raramente emergesse quella del critico in grado di interpretare il testo<sup>26</sup>. Nel corso degli anni Novanta del secolo scorso erano emerse alcuni indirizzi di studio che tendevano, attraverso un approccio funzionalistico,

---

<sup>23</sup> Even-Zohar I. (1990), "Polysystem Studies", *Poetics Today*, XI, 1

<sup>24</sup> Lefevere A. (1992), *Traduzione e riscrittura. La manipolazione della fama letteraria*, UTET, Torino

<sup>25</sup> Apel F. (1993), *Il manuale del traduttore letterario*, Guerini e Associati, Milano

<sup>26</sup> Borgogni D. (2016), "Analisi del testo e traduzione. Una proposta euristica", *Lingue e linguaggi*, 18, pp. 13-29.

a determinare un modello di analisi testuale che potesse essere applicato universalmente ad ogni tipologia di testo destinato alla traduzione, ma questi tentativi si erano rivelati sostanzialmente infruttuosi. Ad essere semmai considerato centrale è il progetto traduttivo nel suo complesso: è in quel contesto che vengono definite e rese esplicite le scelte ed i criteri che guidano la traduzione e che dunque hanno anche la finalità di illustrare le motivazioni di alcuni passaggi che altrimenti potrebbero essere considerati arbitrari.

Questo tipo di approccio è sostenuto da quanti vedono la necessità di far coesistere il momento dell'analisi linguistica con quello dell'analisi stilistica e letteraria. Secondo questi due approcci di analisi del testo non sono alternativi, ma complementari ed è necessario che essi siano integrati tra di loro:

*“[...] approaches which are essentially linguistic and those which are essentially literary can both be accommodated and indeed integrated, so that they relate to each other not as alternatives but as complementary studies, meeting in the acceptance of major categories. Literature is a prime example of language in use; no systematic apparatus can claim to describe a language if it does not embrace the literature also”<sup>27</sup>.*

Questo tipo di impostazione comporta una spinta verso un modello di analisi che comporta non solo la valorizzazione linguistica, ma che raccoglie anche molti degli stimoli stilistici e letterarie: due momenti che devono essere considerati inscindibili perché da una parte offrono un solido aggancio con il dato linguistico, ma dall'altro si aprono ad una dimensione euristica nei confronti di altre dimensioni del testo che comunque sono rilevanti e delle quali il traduttore deve tener conto durante la sua opera. E' tutto sommato, una questione di equilibrio: la finalità dell'analisi del testo è infatti quella di consentire al traduttore di conoscere il testo nella sua struttura linguistica; la quale, a sua volta, dovrà essere analizzata anche alla luce di elementi culturali, storici e sociali del periodo nel quale l'opera è stata prodotta e più in generale di tutte le “tensioni” (incluse quelle personali dell'autore) che sono emerse nel corso del suo processo di formazione. Sotto questo punto di vista, non emerge un conflitto tra analisi

---

<sup>27</sup> Sinclair J. 2004, *Trust the Text: Language Corpus and Discourse*, Routledge, London, p.

linguistica e testuale e piuttosto la lingua letteraria non è altro che un esempio di lingua in uso: l'una non può essere descritta – e quindi neanche compresa – senza il supporto dell'altra<sup>28</sup>.

Lo stretto rapporto tra analisi testuale e analisi linguistica si rende evidente anche nel fatto che il traduttore può cogliere (e dunque valorizzare) il complesso intrecciarsi di elementi che compongono un testo: che non è mai circoscrivibile “solo” ad un aspetto linguistico o testuale, ma è piuttosto una ricca rete di interrelazioni nelle quali lingua e stile sono sostenuti dagli aspetti culturali, ideologici e performativi<sup>29</sup>.

### *3.1.2 Aspetti metodologici*

L'atto del tradurre, un tempo inteso come mera (e automatica) trasposizione di un testo da una lingua

L'opera di Gironella presenta una serie di caratteristiche che la rendono paradigmatica della complessità e della ricchezza del processo traduttivo: è per questo che abbiamo dedicato tanto spazio, nella prima parte di questo commento, ad inquadrare il contesto complessivo nel quale le opere di Gironella vennero prodotte e recepite dal grande pubblico.

La traduzione di Gironella consente infatti di evidenziare tutti i passaggi logici ed operativi che consentono di passare dal testo originale alla sua trasposizione in una lingua diversa dall'originale e che si compongono di tre momenti principali:

1. un'analisi del prototesto, finalizzato alla sua comprensione e alla sua decodifica;
2. una fase di trasferimento mentale del messaggio;
3. una fase di ristrutturazione del messaggio nella lingua di arrivo.

Abbiamo iniziato quindi affrontando la lettura delle opere di Gironella, seguendo l'orientamento di una parte della letteratura che ha definito questa prima parte “lettura del lettore”. Si tratta di un momento particolarmente importante perché, pur non richiedendo di giungere ad approfondimenti analitico-testuali, consente di connettere il

---

<sup>28</sup> Borgogni D. (2016), cit., pp. 14-16

<sup>29</sup> Delabastita D., D'Hulst L. (1993), *European Shakespeares. Translating Shakespeare in the Romantic Age*, John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia, pp. 13-14



traduttore all'opera: in questo processo, infatti, è opportuno fermarsi alla fruizione dell'opera in quanto tale, cercando di apprezzarne i vari aspetti narrativi nello stesso modo con cui li vivrà il lettore dopo la traduzione. e che invece debba fermarsi alla fruizione dell'opera come, dopo la traduzione, la vivrà a sua volta il lettore dopo la traduzione<sup>30</sup>.

In sostanza, in questa prima fase ci siamo limitati a considerare il testo non per le emozioni che dovrà trasmettere (questo aspetto arriverà più avanti), ma per quelle che riesce a suscitare. Nell'ambito del processo traduttivo, si tratta quindi di approfondire la comprensione del testo passando per prima cosa nelle emozioni che esso suscita per prima cosa a noi stessi, cercando di vivere ancora la dimensione del lettore come propedeutica a quella del traduttore<sup>31</sup>.

Una volta preso confidenza con il testo originale attraverso la “lettura del lettore” siamo passati ad un'analisi più approfondita e specialistica. Il testo è stato così esaminato nei suoi meccanismi e nei dispositivi sintattici, nelle tecniche, negli stili e in tutti gli aspetti di contesto e riferiti a quell'intreccio di temi e relazioni ai quali abbiamo accennato nel primo paragrafo: aspetti che, per quanto riguarda l'opera di Gironella, assumono una significativa complessità, visto che la sua opera abbraccia (sia nella narrazione, sia nella fase di produzione) un arco temporale molto ampio. Sotto il profilo tecnico, abbiamo cercato di porre attenzione sugli aspetti delle interferenze sociolinguistiche ed in particolare ai tecnoletti, all'ideoletto e al linguaggio gergale. L'importanza di questi tre elementi è piuttosto significativa per quanto riguarda l'opera di Gironella.

Sotto il profilo dell'interferenza dei linguaggi specialistici, il riferimento più importante è legato al tema del grande lavoro di studio e di documentazione che è alla base della narrazione della trilogia: si tratta di un aspetto al quale Gironella ha sempre dato grande importanza e che lo ha portato ad affrontare la lettura di una mole piuttosto importante di saggi, contributi, riviste e documenti, processo indispensabile per poter ricostruire in forma romanzata una “verità storica”. La saggistica – storica o sociale che

---

<sup>30</sup> Ottaiano M. (2022), “Dalla lettura alla revisione: le sei fasi possibili della traduzione letteraria”, *Hispanismo y didáctica universitaria: cuestión y perspectivas*, 1-2, pp. 55-68.

<sup>31</sup> Caproni G. (1996), *La scatola nera*, Milano, Garzanti

sia – ha un suo linguaggio tecnico; averne una certa familiarità, consente non solo di coglierne le inferenze sulla narrazione, ma anche di disporre di alcuni punti di riferimento per la ricostruzione e la comprensione delle variabili storiche, sociali e demografiche del racconto.

Il secondo punto di vista è legato alla lingua utilizzata nei romanzi. Per quanto fosse catalano, Gironella non scrisse mai nella sua lingua originale ed anzi, a più riprese ha affermato la superiorità del castigliano sulla sua lingua materna. Nella Spagna degli anni immediatamente successivi alla affermazione del franchismo, questo aveva anche un valore politico, perché il regime impediva la pubblicazione di opere scritte in lingue “periferiche”: addirittura, la produzione di opere in castigliano erano un requisito per la partecipazione al Premio Nadal che lo videro vincitore nel 1946. Ma in generale, la scelta del castigliano non sembra, per Gironella, una mera opzione tattica, ma una scelta strategica, dettata dalla motivazione che egli riteneva il castigliano più ricco del catalano<sup>32</sup>. Abbiamo infine cercato di prestare attenzione al complesso delle variazioni di un sistema linguistico in ragione del contesto in cui esse vengono utilizzate (diafasia) e si possono intrecciare con variazioni relative al contesto socio-economico (diastratia) ed infine del mezzo con cui esse vengono veicolate (diamesia): tutti aspetti che sono determinanti per la comprensione del testo e che abbiamo anche cercato di indagare attraverso il complesso rapporto tra scrittura e metascrittura<sup>33</sup>. Sotto questo punto di vista, Gironella rappresenta un caso piuttosto interessante non solo perché rispetto alla trilogia egli si è reso disponibile ad affrontare la modalità con la quale ha affrontato la scrittura in numerose interviste e contributi, ma anche perché ha sentito il bisogno – soprattutto nei primi due romanzi – di premettere al testo delle considerazioni (le “aclaraciones indispensables” alle quali abbiamo più volte fatto riferimento nel primo paragrafo) che inquadrassero le sue scelte narrative e le rendessero il più possibile trasparenti per il lettore.

---

<sup>32</sup> In un'intervista del 2001 apparsa su *El Mundo*, Gironella paragonò la lingua castigliana e quella catalana a due pianoforti, uno con cento tasti ed uno con ottanta: “Yo escogí el piano de cien teclas, y el otro piano ya no lo toco más”, avrebbe concluso. . Fillière C. (2006), “De la búsqueda de la novela total al encuentro del éxito masivo: la trilogía de José María Gironella y su trayectoria como objeto predilecto de la historia cultural”, cit. p. 295.

<sup>33</sup> Pistolesi E. (2015), “Diamesia: la nascita di una dimensione”, Pistolesi E., Pugliese R., Gili Fivela B. (eds), *Parole, gesti, interpretazioni. Studi linguistici per Carla Bazzanella*, Roma, Aracne, pp. 29-55.

Una volta acquisito, attraverso la fase dell'analisi, la comprensione del testo, abbiamo affrontato la seconda fase, quella relativa al trasferimento mentale del messaggio. Anche in questo caso, siamo passati da due momenti distinti: quello della traduzione "propriamente detto" e quella della revisione.

Il testo, che fino a questo momento è stato analizzato, compreso e assorbito all'interno dei tutto sommato confortevoli confini del codice linguistico originario è stato ri-creato in una lingua diversa. In questa fase abbiamo sperimentato la prospettiva che aveva proposto Steiner, quando aveva sostenuto che sostanzialmente tradurre significava rivivere l'atto creativo che aveva portato alla formazione dell'originale<sup>34</sup>. Ci siamo confrontati quindi con la difficoltà di scegliere tra diverse opzioni possibili, per poi cercare di definire uno stile di traduzione che sembrasse da un lato rispettoso del testo originale e dall'altro in grado di "restituire" nella nuova lingua la struttura e le emozioni della lingua originaria cercando di non alterare il significato originario del testo nel processo di adattamento tra la lingua di origine e quella di arrivo.

Quando parliamo di processo, tuttavia, dobbiamo avvertire che esso non è lineare, ma circolare e questa fase è quella che maggiormente ha evidenziato questo aspetto: mano a mano che procedevamo nella traduzione, infatti, è stato necessario confrontare più volte il testo originario con quello di arrivo, attuando una "revisione in presenza del prototesto" che parte della letteratura definisce come *source oriented*. In questa fase, infatti, il testo originario è stata una presenza costante ed un riferimento importante: la circolarità di traduzione-revisione *source oriented* è infatti apparsa indispensabile per evitare errori morfologici, grammaticali e di senso. Il confronto con il testo originale si è manifestato, in questa fase, non sempre semplice; ma in qualche modo ha avuto una funzione rassicurante, nella consapevolezza che è proprio nella relazione con esso è possibile acquisire, come traduttori, una propria identità: che come sostiene una parte della letteratura non è quella di scrittore "trasparente" o "invisibile", secondo alcune teorizzazioni, ma come uno scrittore il cui perimetro di azione potrà essere più o meno ampio a seconda proprio di quanto gli viene consentito dal prototesto

35

---

<sup>34</sup> Steiner G. (1994), *Dopo Babele*, Milano, Garzanti, p. 21

<sup>35</sup> Terracini B. (1996), *Conflitti di lingue e culture*, Torino, Einaudi.

Nell'ultima fase abbiamo trasposto il testo in lingua italiana. Essa di fatto è iniziata dove si era conclusa quella precedente, ovvero dalla revisione; solo lasciando da parte il nostro testo originale. Nella trasposizione abbiamo cercato di maturare una prospettiva di narrazione che fosse adeguata ai possibili destinatari della nostra narrazione, immaginando un "lettore modello" destinatario della traduzione. Abbiamo riflettuto (e cercato di trasporre nella traduzione) sul fatto il potenziale lettore modello della nostra traduzione non corrisponde all'ideale di lettore al quale Gironella aveva indirizzato il suo romanzo originale: non solo per l'ampiezza del tratto cronologico che separano i nostri giorni dal periodo storico in cui quelle opere vennero composte, ma anche per le condizioni socio-politiche profondamente mutate: nella Spagna della metà del Novecento, la guerra civile spagnola era una ferita ancora aperta e ben lontana dal rimarginarsi; e anche se volessimo allargare l'analisi della ricezione del testo a livello internazionale, i conflitti ideologici che allora erano alla base della società europea oggi acquisiscono un valore completamente diverso<sup>36</sup>. È stato quindi necessario affrontare una presa di contatto con il sistema culturale, sociale, politico e persino simbolico della Spagna degli anni della produzione delle opere di Gironella, operando in una dimensione interlinguistica e cercando di raggiungere l'obiettivo di "[...] offrire la più leale versione di quel testo nella propria cultura"<sup>37</sup>.

### *3.1.3 La considerazione del tempo nella Trilogia*

I romanzi di Gironella che sono stati oggetto della nostra attività di traduzione presentano interessanti prospettive di analisi per quanto riguarda le considerazioni cronologiche. Gironella ha infatti inserito la narrazione all'interno di una rigorosa linea cronologica, tanto che in alcune fasi essa sembra predominare sulla stessa struttura narrativa, ma che mostra una grande coerenza interna.

---

<sup>36</sup> Sul tema della differenza tra il lettore immaginato dall'autore originale e quello che rappresenta il potenziale target dell'opera di traduzione vedi Osimo B. (2011), *Manuale del traduttore*, Hoepli, p. 119.

<sup>37</sup> Ottaiano M. (2022), "Dalla lettura alla revisione: le sei fasi possibili della traduzione letteraria", p. 66.

Una coerenza che appare certamente evidente nella collocazione nello spazio dei personaggi, che avviene con l'integrazione di temi e scenari che dal locale (in particolare, quando la narrazione riguarda la cittadina di Girona) si allargano fino ai livelli nazionali ed internazionali nei quali vengono inserite le vite dei personaggi. Ma ancora di più, la coerenza dei tre romanzi di Gironella è evidente nella concezione del tempo che attraversa tutta la trilogia.

Il cuore dell'azione è evidentemente rappresentato dagli eventi bellici: la loro preparazione, la loro descrizione e la loro metabolizzazione nella struttura sociale hanno una forza intrinseca: l'azione, la potenza narratrice incontra gli interessi dei lettori proprio nel momento in cui lo scontro tra le diverse fazioni mostra la grandezza e la mediocrità degli esseri umani.

Come ogni romanzo storico, anche la trilogia assorbe al suo interno l'evento storico; la rappresentazione del tempo, in questa prospettiva, può rappresentare una gabbia (perché "imprigiona" il messaggio della narrazione), ma nel caso dell'opera di Gironella essa assume piuttosto un elemento ineludibile, fondamentale per dare credibilità al messaggio che l'autore affida ai propri personaggi.

Nei tre romanzi, la narrazione segue una continuità che non viene mai interrotta: di fatto è come se si trattasse di un'unica grande opera, le cui continuazioni, come se fossero delle sequenze interne, sono separate da uno spazio vuoto tipografico.

Nella cronologia degli eventi nei quali si innestano le vicende dei personaggi, la storia lascia però il posto ora ad una storia sociale, ora ad una storia della mentalità ed è arricchita da una visione intima della storia dei personaggi che (come abbiamo visto nel caso di Ignacio Alvear) talvolta è riferita anche alle esperienze autobiografiche dell'autore.

Nel piano narrativo, tuttavia, esistono alcune differenze nella concezione del tempo nei tre romanzi. In *Los cipreses crecen en Dios*, la periodizzazione appare piuttosto lineare: un'asse narrativa che incorpora gli aspetti sociologici e psicologici dei personaggi e della società in generale. Dei tre libri, il primo è anche quello nel quale l'equilibrio tra la storia e l'immaginazione è maggiore: anche se esiste un certo parallelismo tra la crisi della nazione e quella dei personaggi, la suddivisione interna del periodo mette chiaramente in evidenza come la cronologia costituisca una sorta di

“premessa” alle vicende dei personaggi: i fatti storici sono sempre collocati all’inizio di ogni partizione interna.

Il primo episodio, "Dall'aprile 1931 al novembre 1933", si apre con la proclamazione della Seconda Repubblica; ma si conclude con un elemento narrativo legato alla vicenda personale di Ignacio Alvear (quello nel quale egli perde la sua verginità).

Questo schema narrativo, fatto di alternanza tra eventi storici e narrazione, si ripete in tutto il romanzo: la dichiarazione di indipendenza della Catalogna prelude al discorso autoritario di Matías al figlio nel secondo capitolo; le speranze della famiglia Alvear per la vittoria del Fronte Popolare nella terza parte fanno da preludio alla posizione politica dei membri della famiglia Alvear fino alla chiusura del romanzo, nella quale viene raccontata l’esecuzione di César Alvear e che rimane, nella struttura narrativa del romanzo, l’unica data non legata ad un evento storico della rigida sequenza temporale impostata da Gironella.

E’ l’uso del tempo nel romanzo che rende la finzione parte integrante della storia e della realtà: cosa che rappresenta un presupposto perché gli obiettivi narrativi di Gironella possano essere efficaci: romanzare la realtà e ricostruire le ragioni della guerra civile e delle sue conseguenze sulla società spagnola.

Dei tre romanzi, *Un millón:de muertos* è quello nel quale il trattamento del tempo assume caratteristiche più interessanti. La narrazione della guerra, per quanto inserita in una prospettiva del tutto storica, non vede la presenza di nessuna data reale. Gironella mette in atto una cronologia fittizia, legata alle vicende di Ignacio Alvear, la cui partecipazione in prima persona alle vicende della guerra civile è un elemento fondamentale dell’intreccio narrativo.

Specularmente al primo romanzo, che si concludeva con una data fittizia (l’unica), il secondo si chiude con una data reale: quella del 1 aprile 1939, quello della conclusione della guerra civile. Anche in questo caso si tratta di *unicum*, visto che questa è l’unica data non fittizia che compare in *Un millón de muertos*.

Abbiamo visto come la caratteristica di *Ha estallado la paz* sia quella di riportare la narrazione su un piano più intimo, recuperando un approccio che era già stato utilizzato da Gironella in alcune parti di *Los cipreses*. Questo aspetto comporta che le divisioni interne del romanzo abbiano un minor legame con la storia militare

spagnola ed europea. Le date sono essenzialmente legate alla vita privata e collettiva dei personaggi e gli eventi che ne costituiscono la cornice (l'invasione tedesca della Polonia, l'intervento della División Azul in Russia, l'entrata in guerra degli Stati Uniti) sono decisamente sullo sfondo rispetto agli eventi intimi e familiari. E non è da considerare casuale che l'ultimo evento della trilogia sia una scena familiare: la visita di Matías e Carmen al nipote appena nato César Santos Alvear.

Apparentemente, quindi, le vicende individuali (il tempo individuale) sembra aver preso il sopravvento sul tempo storico; tuttavia, una parte della critica ha osservato che questa sottolineatura (presente del resto non solo nell'ultimo capitolo di *Ha estallado la paz*, ma sostanzialmente in tutto il romanzo, è una prefigurazione di come il nuovo regime franchista abbia inteso portare avanti un discorso di ricostruzione sociale e politica: eliminando, di fatto, il riferimento alla storia recente, agli eventi della guerra civile, per promuovere una autocelebrazione destinata a rafforzare la gestione del potere.

La critica ha considerato con una certa perplessità l'uso del tempo da parte di Gironella per descrivere le vicende dei propri romanzi. Gironella tuttavia usa il tempo non solo come elemento strutturale dei romanzi, ma anche come oggetto della narrazione. Ciò accade soprattutto in *Ha estallado la paz*, che racconta i primi anni del regime franchista: non esprime nessun tipo di disaccordo (e d'altronde non avrebbe potuto farlo senza incorrere nella censura), ma descrive il modo con cui il nuovo potere controlla i cittadini, sottoposti alla rigidità di un "tempo funzionale": storia, tempo e politica sono gli elementi che di fatto il nuovo regime elimina dal contesto sociale spagnolo. In sostanza, esiste una linea temporale progressiva, ma non esistono più gli eventi: ne esiste uno solo (il trionfo del franchismo), che si ripete all'infinito in una continua autocelebrazione che è funzionale al mantenimento del potere. Il tempo è dunque scandito dal ritmo delle celebrazioni del passato glorioso e con un presente pacificato, ma senza storia. Questa prospettiva è ben presente nell'ultimo romanzo della trilogia, ma Gironella non arriva a denunciare la distorsione che il regime franchista porta in seno alla società spagnola: tutto sommato, quell'esito sembra essere coerente con le aspettative e con il pensiero politico dell'autore.

Gironella elabora diverse modalità di intendere la temporalità. I personaggi del suo romanzo seguono una trattazione della storia che presenta tre diversi cicli temporali:

- il tempo naturale (quello delle stagioni, il tempo biologico e la durata della vita umana);
- il tempo psicologico e dell'introspezione;
- il tempo sociale, nelle sue manifestazioni collettive, siano esser religiose o lavorative.

Tuttavia, da un romanzo storico ci si aspetterebbe un maggior legame con la realtà; e invece la maggior parte degli eventi sono legate alle vicende personali dei protagonisti delle pagine di Gironella, ai quali lo scrittore sembra affidare una sostanziale diffidenza nei confronti della storia.

L'atteggiamento predominante nei personaggi della trilogia è una sostanziale avversione di fondo per ogni accadimento che possa alterare o turbare il naturale corso della vita: il tempo è percepito come "portatore di caos", come nemico, che domina e travolge gli individui. Così, più che dalla rigorosa precisione delle date Gironella sembra interessato a definire le "durate": caratterizzate da una maggiore o minore lentezza, ma sempre alla portata degli esseri umani. Come a misura d'uomo sono anche le dimensioni psicologiche e simboliche del tempo: anche quando queste sconfinano nell'irrazionale e della superstizione, che rimangono sempre "luoghi" nei quali l'uomo si rifugia quando le infrastrutture sociali gli crollano intorno.

A conclusione delle considerazioni sulla gestione del tempo nella trilogia possiamo non accennare all'uso strumentale della cronologia da parte di Gironella, la cui visione sostanzialmente negativa della storia è fondamentalmente dovuta all'uso che egli fa delle date, sempre più invasive e presenti nello spazio narrativo con il progredire della narrazione. Date e tempi sono utilizzati per costruire un impianto antagonista alla minaccia comunista e socialista e rappresentano i due schieramenti in maniera molto diversa.

Questo aspetto è evidente in due episodi che si trovano alla fine di *Los cipreses creen en Dios*. Il primo è rappresentato dall'insurrezione di Gerona, che viene raccontata con una rigida suddivisione cronologica scandita non solo dai giorni, ma anche dalle ore e dei minuti, a rappresentare la perfetta gestione dei militari franchisti.



Quando le posizioni si invertono – ed è questo il secondo episodio – e sono i repubblicani a dover prendere l’iniziativa, il quadro cambia completamente: Gironella rappresenta la cronica disorganizzazione delle milizie repubblicane con una gestione del tempo completamente diversa: tanto minuziosa era stata quella usata per descrivere comportamenti e attitudini falangiste, quanto evanescente è quella utilizzata per descrivere il modus operandi delle brigate internazionali e dei loro alleati: qui le ore scompaiono e le azioni assumono una cadenza ripetitiva: un caos in movimento che è alimentato dalla violenza delle passioni ma che non trova alcuna organicità.

In conclusione, la modalità di gestione del tempo da parte di Gironella è coerente con il progetto di dare una descrizione di come dalla guerra civile siano sorte nei fatti due società diverse e difficilmente conciliabili, entrambe rilevanti nella costruzione dell’idea di Spagna che Gironella vuole proporre. Anche quella della parte che perso, nonostante dalle pagine dei romanzi della trilogia la visione politica di Gironella finisca per emergere, sia pur con una modalità carsica. La dimensione storica è così interpretata attraverso l’assorbimento e l’elaborazione di un evento

## 3.2 Le traduzioni.

### 3.2.1 *Los cipreses creen en Dios. I capitoli 11 e 12.*

Del primo volume della trilogia degli Alvear ci siamo occupati della traduzione dei capitoli 11 e 12. Si tratta di due capitoli contigui, piuttosto lunghi e articolati, nei quali si intrecciano diversi temi narrativi decisivi a determinare lo svolgimento della trama non solo interna a *Los cipreses creen en Dios*, ma anche nello sviluppo complessivo del lavoro di Gironella sulla guerra civile.

I temi della narrazione possono presenti nei due capitoli, possono essere suddivisi in almeno tre gruppi concettuali:

- la costruzione dell'identità dei personaggi: in particolare Ignacio e César;
- il groviglio degli avvenimenti storici e socio-politici della Spagna del periodo, inseriti nel quadro delle lotte ideologiche;
- uno spaccato della vita sociale spagnola;

Le due identità che maggiormente vengono tratteggiate nel capitolo 11 sono quelle di Ignacio e César. Per come è strutturato il capitolo, si ha quasi l'intenzione che Gironella voglia mettere in correlazione due psicologie di personaggio che apparentemente si trovano agli antipodi.

Il capitolo 11 inizia con il saluto tra Ignacio e José; quest'ultimo ha iniziato Ignacio ai rudimenti del pensiero anarchico e i due hanno partecipato anche ad una manifestazione nelle ramblas che ha visto una grande partecipazione di popolo e che ha talmente emozionato Ignacio da lasciargli la sensazione di un istintivo desiderio di salire su un palco e di prendere la parola. Quello che emerge dalle pagine di Gironella è dunque la personalità estremamente ricettiva di Ignacio: che se da un lato è un tratto caratteristico della curiosità e della vivacità intellettuale del giovane, dall'altro lo espone alla fascinazione che su di lui esercitano alcune persone. Siamo in presenza di un tratto della personalità di Ignacio che lo accompagnerà per tutta l'opera di Gironella, ma che è ben presente fin dalle prime battute del capitolo. La descrizione di questo tratto del carattere è introdotta da una "predica" della madre, Carmen Elgazu, che aveva colto l'entusiasmo di Ignacio il giorno della manifestazione sulla Rambla:

*Ti lasci trasportare dalla prima testa calda. Cosa vuoi, aggiustare il mondo? Non capisci che sei un moccioso?*

Questo primo accenno al suo carattere è poi approfondito in una riflessione interiore di Ignacio ed è caratterizzata da una locuzione, che evidentemente ha riflettuto sulle parole della madre. Ignacio si rende conto di essere un animo inquieto, volubile e condizionabile “secondo il modo in s’infilava il cappello”:

*Secondo il modo in cui s’infilava il cappello... Gli sembrava di scoprire un dettaglio molto importante: che in fondo a colpirlo non erano le idee, ma le persone. Che seguiva le persone, non ciò che queste dicevano. La cosa era evidente pensando a José*

Questa riflessione sulla sua intima natura lo porta comunque a riflettere che l’esperienza vissuta insieme al cugino gli ha lasciato una piacevole sensazione: quella di essere tutto sommato riconosciuto dagli altri: dagli impiegati nella banca in cui lavora, persino nell’incontro di alcuni personaggi marginali (lo Storpio che circola attorno al bar Coccodrillo; Blasco, l’addetto alle pulizie del Bar Catalogna e persino Julio, il poliziotto marxista). In questo quadro descrittivo del carattere di Ignacio, Gironella propone un messaggio piuttosto forte che introduce un tema che poi sarà sviluppato nel prosieguo del suo racconto e che in parte evidenzia il processo che sta alla base della tragedia della guerra civile: quello dell’identificazione delle persone con le loro idee. Ignacio si rende conto che la considerazione che le persone hanno di lui è legata all’identificazione tra lui e José e, per una proiezione ideologica, rispetto ad una posizione anarchica di difesa dei lavoratori e dei più deboli. Ma in fondo Ignacio è ancora troppo giovane, un ‘moccioso’, come gli ha detto la madre: fatica a confrontarsi con gli impegni scolastici, è ancora in imbarazzo quando viene messo davanti alla realtà femminile. Nei capitoli presi in esame, in particolare, il rapporto con il mondo femminile è rappresentato da due episodi che hanno come tratto comune una scala. Nel primo episodio, è lo Storpio a invitare Ignacio a salire la scala che conduce ad un locale sopra il bar Coccodrillo, dove potrà “vedere sua moglie”; Ignacio comprende tutto, ma si rifiuta di salire quella scala, limitandosi ad un parallelismo tra la scala e la vita:

*La cosa veramente terribile di quella sala doveva essere stata la quotidianità: salire e scendere le scale centinaia di volte, un giorno rendersi conto che un determinato gradino comincia a scricchiolare, a cedere, un altro giorno che la mano resta attaccata alla ringhiera con disgusto. Viverla, quella era la parola, e respirarla.*

Alla seconda esperienza legata alla salita della scala, Ignacio non potrà sottrarsi. Sono alcuni coetanei che lo fanno salire in una stanza buia, dove – una volta accesa la luce – Ignacio si trova davanti una serie di fotografie di nudo femminile. Un percorso di iniziazione al corpo femminile, che – preso di sprovvisa – mostra un certo grado di disappunto rispetto all’iniziativa dei suoi

compagni. “Avreste dovuto avvertirmi”, dice ai suoi amici prima di uscire, percorrendo a ritroso la stessa scala, dispiaciuto che quel momento così importante fosse stato in qualche modo banalizzato.

Tanto è volubile e ancora in formazione Ignacio (ma di fatto lo sarà per tutto il romanzo e in generale per tutta l'opera di Gironella) quanto invece sicuro delle proprie scelte e della propria missione si mostra César. César, che ha seguito la vocazione ultracattolica della madre, è entrato in seminario e segue gli insegnamenti della sua guida spirituale, Mosén Alberto. César mostra un carattere deciso e intransigente che rappresenta davvero l'opposto di quello di César. Il padre lo sorprende ad indossare il cilicio: una pratica mortificatoria che gli aveva provocato delle ferite che sarebbero state curate dal medico e che César aveva abbracciato all'insaputa di Mosén Alberto. La nettezza della vocazione di César è entusiasta e decisa: il regalo di una valigetta con il necessario per il mestiere del barbiere lo porta immediatamente a mettersi al servizio degli ultimi: e così gira per i luoghi più miserevoli della città a radere e a fare i capelli ai diseredati che non avrebbero potuto permettersi una rasatura: un gesto di testimonianza cristiana colto con ammirazione dallo stesso Mosén Alberto e tutto sommato, sia pure con una punta di ironia, anche dalle persone che accettano di buon grado di farsi radere da César.

La natura decisa di César comporta anche un rapporto piuttosto articolato con Mosén Alberto, che riflette sul fatto che in alcuni momenti il rapporto con il giovane di casa Alvear è invertito: la fede “totalizzante” di César è così contagiosa che nei momenti di crisi Mosén Alberto lo ritiene il suo mentore, in una “inversione” del rapporto che mette in evidenza da un lato i dubbi che il clero spagnolo poteva avere in quel particolare frangente storico e dall'altro che il clima che si stava lentamente creando nella Spagna degli anni Trenta era tale da imporre ad ognuno una scelta di parte. Che César ha fatto in maniera netta, una volta per tutte, mentre Ignacio finirà per accettarla (quasi come un percorso fatto di esclusioni successive) nel corso della sua maturazione personale.

Il secondo tema che i due capitoli mettono in evidenza è legato alla descrizione della situazione sociale e politica della Spagna. Va detto che in questa fase, la trattazione di questo tema è ancora (volutamente?) piuttosto confusa e che Gironella lascia sospese molte questioni legate agli sviluppi di quegli anni. Il tema è legato agli aspetti della gestione della scala cronologica e costituisce un esempio dell'approccio complessivo che Gironella ha rispetto all'uso del tempo. Gli elementi che servono a determinare la scansione temporale di quel 1933 sono soprattutto due: le imminenti elezioni e il giubileo di Roma. Su questo asse cronologico, si innestano le vicende dei personaggi: che con esse però non hanno se non un contatto marginale. Le elezioni consentono di svolgere una riflessione sul clima politica del momento: la grande frammentazione dei due blocchi

contrapposti (Matías conterà 21 partiti nel blocco di sinistra) e soprattutto – questo è davvero un aspetto significativo, perché evocativo – un deciso cambio di tono delle manifestazioni pubbliche: “una scossa elettrica”, dice Gironella, che porta ad un cambio di comunicazione evidente:

*Ignacio notò subito il cambio di tono rispetto ai comizi di alcuni mesi addietro. La moderazione era scomparsa, dando così ragione alle teorie del cassiere. Tuttavia, i partiti di destra avevano, secondo lui, un punto spiacevole: si limitavano ad attaccare l'avversario, a mettere in luce la minaccia estremista che l'orientamento dei Sindacati rappresentava. E lo si vedeva completamente ignaro dei problemi autentici delle classi bisognose. [...] Ignacio non era spaventato da tutta quella confusione. Avrebbe voluto seguire a poco a poco il corso degli eventi, per arrivare a un criterio definito: ma non voleva perdere di vista i suoi problemi personali, soprattutto quello posto dagli studi, costretto a ritrovarsi insegnanti idonei per il sesto anno di liceo.*

L'atteggiamento di Ignacio davanti alla lotta politica, che ovviamente in occasione delle elezioni si va facendo sempre più dura, è quindi quello di un osservatore curioso e interessato: curioso nel vedere il movimento che c'è dietro una campagna elettorale così sentita ed interessato a coglierne gli sviluppi; ma ancora non così immerso nella lotta da non dare la priorità alle proprie vicende personali, in particolare quelle degli studi. Un'osservazione piuttosto interessante è offerta dalla necessità di scegliersi “insegnanti idonei”: la natura volubile di Ignacio lo espone infatti al pensiero di quelli che ritiene persone autorevoli (come David e Olga, biasimati dalla madre perché non sposati).

E' anche interessante notare come nel pensiero che Gironella attribuisce a Ignacio vi sia una neppure troppo velata critica alla politica della destra, troppo conservatrice, eccessivamente concentrata ad evidenziare i pericoli del comunismo e tutto sommato disinteressata dei problemi del popolo. Nella presentazione delle elezioni del 1933, tuttavia, Gironella mostra cosa intende – nella descrizione del quadro politico e sociale nel quale ambienta il suo romanzo – per imparzialità: pone sul piatto della bilancia anche i limiti della proposta politica della sinistra (eccessiva frammentazione, proposte intransigenti e temibili per la parte più conservatrice del paese, programma violento di alcuni dei partiti che ne componevano la coalizione). Insomma, una critica bilanciata che accomuna le due parti nell'atteggiamento di esagerare le promesse elettorali e nello scavare ancora più profondamente un solco ideologico che ben presto si sarebbe trasformato in una lotta aperta e violenta.

Ma non è ancora il momento. Mentre una parte del paese si dispone a vivere una tornata elettorale tormentata e dai toni accesi, la vita si svolge come sempre. E' in questo contesto che viene inserito l'ulteriore elemento cronologico: quello del giubileo. Il viaggio a Roma di Mosén Alberto, accompagnato dai coniugi Noguer, avviene nel contesto delle vacanze estive: un momento di vita sociale che descrive una Spagna tutto sommato ancora serena, che non ha ancora interrotto la sua rete di relazione per far spazio ad una lotta politica senza quartiere. Forse non del tutto inconsapevole (anche se nella descrizione della partenza e del ritorno dalle vacanze Gironella sembra dare l'impressione che in realtà lo fosse: come se una parte rilevante del paese fosse refrattaria dal lasciarsi travolgere da una passione politica che doveva invece esserle fatale), ma comunque pervicacemente attaccata ad una voglia di normalità e di serenità che ben presto sarebbe stata spazzata via.

Il notaio Noguer e la moglie torneranno da Roma entusiasti: il Vaticano, con i suoi splendori li aveva emozionati e aveva rafforzato la loro convinzione politica ("Il Vaticano! Il Vaticano! E quei cretini che vogliono distruggere la religione!"). Un entusiasmo che aveva contagiato anche Mosén Alberto, che aveva raccontato agli Alvear la sua esperienza, colpendo in particolare quelli che della famiglia avevano sentimenti religiosi più marcati César e Carmen Elgazu. Il racconto della vista del Papa (sia pure in occasioni collettive, come un'udienza o il momento in cui Pio XI si era affacciato al balcone) rappresenta dei piccoli squarci di storia inseriti nel racconto biografico dei personaggi. Gironella utilizza questo espediente letterario per evidenziare come la storia corra di fatto su due piani: uno generale, fatto di grandi quadri e di una sequenza di eventi che sembrano prescindere dalla volontà dei singoli ed uno personale, intimo e tutto sommato quasi invisibile. E' una differenza decisiva, quasi si trattasse di due forze diverse destinate a non incrociarsi mai e che affida al pensiero di Carmen Elgazu. Un pensiero rafforzato dalla plasticità delle immagini: da un lato la grande storia, quella del Papa che appare dal suo balcone; dall'altro la storia individuale, quella individuale, fatta di piccole cose, significative solo per se stessi ed effimere:

*Quando spiegò a César di aver visto di persona il Santo Padre, sebbene in un'udienza collettiva, il seminarista andò in estasi. E quando descrisse a Carmen Elgazu il fervore di migliaia di pellegrini ammassati in Piazza San Pietro, con l'arcobaleno che incorniciava la Basilica nel momento in cui Pio XI si affacciava al balcone, la donna capì che non si sarebbe mai perdonata, perché in quello stesso istante, le si trovava a San Feliu de Guixols, con un costume da bano nero e due zucche in vita.*

Il capitolo 12 si chiude con un'altra tappa nella formazione personale di Ignacio: il confronto con la morte non intesa in senso generale, teorico, ma pratico e concreto. L'episodio è relativo alla morte di un suo amico, Ernesto Oriol, con il quale Ignacio giocava a biliardo e con il quale condivideva le tensioni, le paure e le ansie di un diciottenne nella Spagna degli anni Trenta del Novecento.

L'annuncio della morte dell'amico è uno shock per Ignacio. Il lapidario necrologio presente su *El Tradicionalista* (Ernesto Oriol - 18 anni - Ha consegnato la sua anima al signore) mette di colpo Ignacio davanti ad una realtà alla quale non era pronto. Confuso, si reca a casa dell'amico appena scomparso, dove si svolge la veglia funebre: e di nuovo deve affrontare una scala (elemento che evidentemente Gironella identifica come portatore di un simbolismo marcato nell'ambito del percorso di formazione di Ignacio). Il confronto con il corpo dell'amico lo confonde ancora di più: lo trova diverso, più piccolo rispetto a quando era in vita. La tristezza che portò nel cuore per i giorni successivi al funerale sembra avere non solo un significato personale, tuttavia. Gironella introduce questo episodio come una sorta di anticipazione di quello che sarebbe poi accaduto all'intera Spagna. Dal particolare al generale, quindi; come se un evento personale, privato, consentisse ad Ignacio di prepararsi a quello che sarebbe stato di lì a poco per tutta la Spagna: un grande confronto con la morte:

*Fu invaso da una grande tristezza e per molti giorni la voce del suo amico e l'immagine del funerale, presieduta direttamente dal padre e al quale assistette, sostituì nella sua memoria qualunque altra immagine o voce. Ignacio arrivò al cimitero con gli amici intimi e i familiari, senza un ruolo evidente, potendo rispondere solo, se interrogato: "Giocavo a biliardo con lui". Doveva essere un avvertimento. Avrebbe coltivato quella tristezza come un'altra reliquia, di quelle che non si confidano a nessuno.*

E tuttavia, Gironella passa rapidamente oltre: Ignacio è già in città, dove ferve la lotta politica. La tristezza lascia il posto alla malinconia, mentre si affacciano alla vita sensazioni nuove, come quelle provocate dalla Signora Amparo Campo, che lo guarda con interesse, provocandogli un certo turbamento, che Ignacio accoglie tuttavia con un certo piacere. La vita va avanti.

### 3.2.2 *Un millón de muertos. I capitoli 14 e 22*

Il secondo libro della trilogia ci conduce direttamente nel cuore della guerra civile spagnola. E infatti i due capitoli che sono stati oggetto della traduzione rappresentano alcuni elementi del tutto peculiari di come Gironella inserisce le vicende della guerra civile all'interno dello schema narrativo della sua opera.

Entrambi sono capitoli foschi: sono dominati dall'incertezza, dall'idea della morte e contemporaneamente dall'entusiasmo, dal fanatismo e dalla sicurezza della "missione" che ognuna delle due parti in conflitto pensava di avere.

Abbiamo detto nel capitolo precedente che *Un millón de muertos* è il romanzo che, rispetto alla gestione del tempo scelta dall'autore, offre una struttura cronologica maggiormente stringente. In alcune parti, questa ricostruzione appare piuttosto confusa: essa sembra riferirsi non tanto ai fatti in sé, ma a quello come i fatti vengono recepiti dai personaggi (in particolare da Ignacio). In questa strategia narrativa, tuttavia, la difficoltà che si incontra nel restituire il testo è che talvolta la narrazione ha un tono impersonale che non ne facilita la comprensione. In sostanza, Gironella sembra utilizzare anche nel raccontare gli eventi della guerra civile quella tecnica di accumulazione caotica che abbiamo già notato in merito alla gestione delle *leyendas negras* sugli spagnoli. In ogni caso, e questa è una novità rispetto a *Los cipreses*, è l'utilizzo di una periodizzazione che include i vari capitoli del romanzo, resa evidente dal cartiglio che precede il capitolo 14, che riporta come incipit "Dal 1 settembre 1936 al 1937".

Il capitolo è poi una lunga sequenza di avvenimenti legati all'andamento della guerra. Non sono descritti in maniera analitica e il forte riferimento cronologico che Gironella inserisce in questa parte di testo è funzionale più a raccontare il clima generale che si respira nei due schieramenti in relazione al successo o al fallimento delle diverse iniziative militari. Gli eventi militari che Gironella evidenzia – e che evidentemente per lui sono determinanti per creare l'atmosfera di caos che regnava nel 1936 – sono quattro.

Il primo è rappresentato dall'entrata delle forze nazionaliste del generale Aranda ad Oviedo e la sconfitta dei temibili minatori galiziani e la descrizione è meramente cronachistica.

Più spazio narrativo è invece dedicato all'occupazione da parte dell'esercito nazionalista guidato dal generale Mola di Irun e San Sebastián; Di questo episodio in particolare, Gironella sottolinea l'importanza strategica: la conquista delle due città basche consente alle forze nazionaliste di legare di collegare i due rami dell'esercito; essa è però l'occasione per descrivere la durezza degli scontri, in particolare per quanto riguarda il tema della spaccatura sociale e umana che la guerra civile comporta per gli spagnoli:

*Era terribile sapere che quelli che combattevano erano fratelli. Visto da un aereo, cosa si poteva pensare? I berretti rossi – tra i quali spiccava quello di Germán Ichaso, primogenito di don Anselmo Ichaso – rano scaglie di sangue che si riversavano sui Pirenei. Quelli che*



*combattevano erano fratelli! I baschi che si opponevano all'avanzata di quei requetés, che gridavano "Viva Cristo Re" non avevano nulla a che fare con Durruti o Axelrod.*

E' in questo contesto che Gironella introduce uno degli esempi di accumulazione caotica che abbiamo visto essere l'espedito con il quale l'autore restituisce l'idea che gli spagnoli davano di sé agli altri europei. La modalità espressiva di questo espedito è affidata non solo all'uso della terminologia, ma anche ad una descrizione quasi iconica dell'atteggiamento degli stranieri nei confronti della Spagna:

*Molti rappresentanti francesi e diplomatici assistettero dall'altro all'aspra battaglia, come gli inglesi, dalle alture di Gibilterra, muniti di binocolo avevano assistito ai combattimenti navali. Non capivano le ragioni del conflitto ed escalamrono "Ah, ces espagnols!".*

Vengono poi descritte la conquista di Badajoz, altro successo strategico che consente di compattare in un fronte unico le forze nazionaliste, che da questo momento sono schierate senza soluzione di continuità lungo il confine portoghese; e soprattutto il fallimento della spedizione "rossa" contro Maiorca. Questo evento consente a Gironella di mettere in risalto un aspetto decisivo della conduzione della guerra da parte delle truppe fedeli alla repubblica. Da un lato, la pretesa del comandante Bayo di condurre la spedizione sotto le insegne della Comunitat catalana evidenzia il particolarismo e la frammentazione delle forze repubblicane; dall'altro, ed è questo il secondo elemento, l'incredibile confusione e disorganizzazione che regnava nelle fila catalane: disorganizzazione e frammentazione che sono le prime cause della vittoria nazionalista. C'è, in questo episodio, anche un altro aspetto significativo che si ricollega a quanto abbiamo evidenziato nel punto precedente. La spedizione di Maiorca lascia infatti negli sconfitti un forte risentimento contro gli italiani, che li avevano duramente colpiti con gli aerei. Non sfugge una considerazione rispetto al diverso modus operandi messo in atto dai sostenitori della parti in causa, messo in risalto dal parallelismo tra due diversi atteggiamenti ben evidenziati nelle pagine di Gironella: da un lato, abbiamo inglesi e francesi (che avrebbero potuto sostenere la causa della repubblica) che guardano di lontano, col binocolo, l'esito degli scontri, biasimando il carattere atavicamente istintivo degli spagnoli; dall'altra, i sostenitori dei franchisti che non esitano a scendere in campo, magari in modo nascosto, ma senza esitazioni a sostegno dei franchisti. In fondo, sembra dire Gironella, la differenza tra i due schieramenti era tutta nella differenza con la quale gli alleati sono intervenuti nella guerra.

Gli eventi che abbiamo descritto, tutti storicizzabili, hanno tuttavia un inquadramento piuttosto approssimativo nell'asse narrativa e possono essere letti non come descrizione di per sé,

ma per impatto che essi hanno sull'opinione pubblica. Se ne fa portatore Ignacio, evidentemente: è lui che "interpreta" questi eventi. In modo parzialmente caotico, ma cercando di fare ordine sull'andamento della guerra: "fissando le posizioni", come dice in maniera opportuna e dando probabilmente voce al pensiero di Gironella.

La forte carica storicizzante di questo capitolo è resa esplicita anche da tre eventi che sono considerati basilari per le vicende della guerra. Il primo è legato alla decisione della Russia di violare l'accordo di non intervento nelle vicende spagnole. Esso dà conto della posizione, estremamente complessa e articolata, dell'Unione sovietica rispetto al suo possibile intervento nel contesto spagnolo.

La decisione di non intervenire direttamente nel conflitto dipendeva sostanzialmente dalla decisione di Stalin di favorire le relazioni diplomatiche e commerciali con gli stati borghesi. Tra questi la Germania nazista, alla quale Stalin guardava con un misto di preoccupazione e di interesse

L'iniziale resistenza ad intervenire in Spagna fu un effetto di questa politica: da una parte, non voleva mettere in atto mosse che potevano portare ad una rottura delle relazioni con Hitler che avrebbero potuto portare a loro volta a conseguenti gravissime per l'Unione Sovietica; dall'altra, gli sviluppi della guerra civile erano favorevole ai franchisti (anche per l'intervento delle destre europee) e la Russia trovava difficile rimandare un intervento diretto. In sostanza Stalin aveva bisogno che la Repubblica non fosse sconfitta, ma che la sinistra rivoluzionaria non riportasse una vittoria netta

La posizione di Stalin quando si diffuse la notizia che alcuni bombardieri italiani erano precipitati mentre facevano rotta verso il Marocco spagnolo. Questo scatenò grosse manifestazioni in URSS e sottoscrizioni in denaro a favore della Repubblica, ma il leader sovietico iniziò a inviare aiuti alla Spagna repubblicana solo quando fu certo che la linea del non-intervento che nel frattempo avevano sottoscritto anche Germania e Italia, non fosse altro che un paravento utilizzato dai due paesi fascisti per nascondere i loro aiuti ai nazionalisti

Il secondo importante inserimento di eventi storici nel capitolo è rappresentato dalla lettera pastorale dell'arcivescovo di Toledo Isidro Gomá y Tomás. Il senso della lettera era quello di chiamare i cattolici ad una vera e propria crociata a favore della religione cattolica, esortandoli a abbracciare l'esercito nazionalista. Questo fatto provoca una ribellione intima di Ignacio (anche di Gironella? Difficile da dirsi):

*Crociata? E gli omicidi alle Canarie? E la presenza dei mori? E la promessa di consegnare le miniere del Rif a Hitler, la cui dottrina nazista escludeva il cattolicesimo e lo*

*perseguitava fino alla morte? Cristo aveva detto “Vi lascio la pace, vi do la mia pace”,  
Cristo non aveva dichiarato lo stato di guerra ai monti e alle valli di Israele.*

Il tema della pace tornerà alla fine del capitolo 22, ma in una prospettiva nettamente diversa, quando la famiglia Alvear tornerà a festeggiare il Natale, sia pure in modo dimesso. La pace, come atteggiamento complessivo non è citata mai esplicitamente fino all'ultimo paragrafo del capitolo; ma è chiaramente espressa dai gesti dei personaggi (Ignazio e Pilar che realizzano un piccolo presepe improvvisato, aiutati da Carmen Elgazu e da Matías; il pranzo in famiglia, la partita a carte. E' la sera, popolata dalle ombre, che porta quella sensazione di tranquillità interiore che Ignacio aveva sperimentato durante tutto l'arco della giornata. “Fecero in pace uno spuntino”, mentre la radio invitava: “Amatevi gli uni con gli altri”. Una situazione paradossale: la pace interiore, degli individui e della famiglia, mentre fuori infuriava la guerra civile.

Il terzo elemento storicizzato è fortemente evocativo ed è relativo alla uccisione di Garcia Lorca. Lorca era un sostenitore della causa repubblicana, ma il suo prestigio e la sua opera gli consentivano di godere del rispetto anche della parte franchista. Del resto, nel momento in cui si erano intensificati gli scontri e l'odio tra le due parti era sembrato davvero insanabile, egli aveva anche ricevuto l'offerta di lasciare la Spagna, offerta che egli aveva rifiutato:

*Io sono uno Spagnolo integrale e mi sarebbe impossibile vivere fuori dai miei limiti geografici; però odio chi è Spagnolo per essere Spagnolo e nient'altro, io sono fratello di tutti e trovo esecrando l'uomo che si sacrifica per una idea nazionalista, astratta, per il solo fatto di amare la propria Patria con la benda sugli occhi. Il Cinese buono lo sento più prossimo dello spagnolo malvagio. Canto la [Spagna](#) e la sento fino al midollo, ma prima viene che sono uomo del Mondo e fratello di tutti. Per questo non credo alla frontiera politica.*

Nell'agosto del 1936, Garcia Lorca era rifugiato a casa di un poeta che, per quanto fosse sostenitore dei falangisti, aveva fatto prevalere la forza dell'amicizia e della poesia a quella della violenza ideologica. E' dunque a casa dei Luis Rosales Camacho che Garcia Lorca viene arrestato, il 16 agosto 1936, dall'ex rappresentante della CEDA Ramon Ruiz-Alonso.

Ci furono proteste e richieste di liberazione a favore di Garcia Lorca, ma queste non andarono oltre a qualche generica rassicurazione da parte di Luis Rosales. In realtà, le trattative per la sua liberazione non partirono mai: il Governatore José Valdés Guzmán, con l'appoggio delle autorità militari franchiste, dà ordine di procedere all'esecuzione, da eseguirsi in segreto. All'alba del 19 agosto, Garcia Lorca viene fucilato sulla strada vicina a Fuente Grande, tra Viznar ed

Alfacar. Il suo corpo non venne mai ritrovato; vani saranno anche i tentativi, effettuati nel 2009, di rintracciare i resti del poeta.

Ovviamente, la fucilazione di un poeta e di un intellettuale della portata di Pablo Neruda provoca indignazione in tutto il mondo. Anche in patria, evidentemente, ma con una notazione amara che Gironella consegna al testo. La notizia della morte di Garcia Lorca aveva “[...] lasciato senza fiato mezza Spagna”. Anche sulle spoglie di un poeta, dunque, si poteva riversare l’odio ideologico. Le pagine che seguono sono un insieme di riflessioni (in parte probabilmente personali) che Gironella lascia al pensiero di Ignacio. A nulla era valsa la grandezza dell’uomo (“opposta” a quella di Queipo del Llano di Millán Astray, che ne avevano decretato la morte), e neppure che Garcia Lorca rifuggisse le classificazioni al punto da avere buoni rapporti con Primo de Ribera, che gli aveva chiesto di scrivere addirittura il “Poema” della falange. Gironella dà spazio alle voci ed alle insinuazioni: la Guardia civil era certamente responsabile della sua morte, ma i veri mandanti dovevano essere cercati altrove: in certi circoli cattolici che facevano riferimento alle più alte cariche prelatizie o ad un fantomatico “deputato di destra”. Circostanze, in fondo, di una guerra civile che non stava risparmiando nessuno. Il capitolo si chiude con alcuni versi di Garcia Lorca tratti da *Canzone d’autunno*:

*Oggi ho nel cuore*

*Un vago tremolio di stelle*

*E tutte le rose sono bianche,*

*bianche come la mia pena.*

Il capitolo 22 sembra segnato da un diverso tono. Sotto il profilo della struttura narrativa esso mostra una netta suddivisione: le parti iniziali e finali, connotate da un’intimità ed una parvenza di pace determinata dall’imminente arrivo del Natale è inframmezzato il racconto di due morti “eccellenti”: quella del fondatore della Falange, José Antonio Primo de Ribera per mano dei nazionalisti e quella di Buenaventura Durruti, rivoluzionario e anarchico. L’esordio del capitolo mostra l’atmosfera cupa della guerra appena mitigata dall’arrivo del Natale. E’ un’illusione, tuttavia: Gironella approfitta delle pagine di questo capitolo per introdurre qualche riflessione sulla normalità dissolta dalla guerra. “La guerra era dispersione” e Ignacio ne è colpito negli affetti più cari: Marta, la fidanzata, è salpata per il Guatemala e il giovane aveva imparato a fare i conti con un sentimento nuovo: una gelosia totale, per tutto quello che non poteva condividere con Marta. Sotto il profilo politico (di nuovo, la storia che si inserisce nelle vite delle persone), Gironella introduce il

riconoscimento del regime franchista da parte di alcune nazioni (Guatemala, Italia, Germania in particolare) e lo descrive come un grande successo diplomatico di Franco. Da questa dinamica di politica internazionale, passa poi a descrivere la morte di Primo de Ribera e di Durruti.

Il modo con il quale vengono trattate le informazioni relative a questo elemento sono piuttosto diverse. Entrambe hanno uno sviluppo narrativo piuttosto ampio, ma il loro posizionamento nel romanzo appare quasi opposto.

La morte di Primo de Ribera (e tutte le circostanze che la causarono: dall'arresto al processo, il cui svolgimento ed i cui esiti sono narrati attraverso quelle che sembrano testimonianze di coloro che vi avevano assistito) contiene una riflessione sulla piega che stavano prendendo gli eventi. Gironella amplifica la grandezza dell'uomo e del politico, che è in grado di fronteggiare il pericolo con determinazione e con fermezza tale che anche i giudici chiamati ad accusarlo ne dovettero riconoscere il valore ("per un po' , persero la capacità di odiare". Come già avvenuto per la morte di Garcia Lorca, anche in questo caso Gironella riferisce illazioni su mandanti, sulle motivazioni nascoste di questo atto (che lo scrittore fa fatica a non dichiarare esplicitamente connotato da una slealtà di fondo rispetto alla causa falangista). Dopo morto (sepolto con il numero 22.450 del IV registro cimiteriale, Primo de Ribera sarebbe stato chiamato dai suoi compagni "L'Assente": cosa che consentirà di inserire in questa vicenda storica uno dei personaggi del romanzo, Mosén Alberto con il suo laconico commento "Questa è idolatria".

Per la morte di Durruti la morte prende un taglio decisamente diverso. La descrizione della morte e degli avvenimenti che la causarono è molto più stringata: nessun mistero, nessuna illazione, solo colpito da un proiettile vagante mentre scendeva da un'auto a Madrid. Un colpo solo, ma sufficiente per rendere vani tutti i tentativi dei medici di intervenire per salvarlo. Tuttavia, questo racconto costituisce il pretesto per inserire i personaggi all'interno di un fatto storico. E' in particolare José Alvear ad essere sconvolto dalla morte dell'amico; al punto da incolpare il dotto Rosseló di non aver fatto il suo dovere solo perché aveva un figlio falangista. E' uno scontro durissimo, quello che viene messo in scena da Gironella: non solo per le accuse di José, ma soprattutto per la velocità e la violenza con la quale il medico rinnega il proprio figlio:

*Il dottor Rosselló si sentì addosso diversi sguardi inquisitivi*

*-Ehi, stupido – disse, con improvvisa energia, appendendo l'asciugamano – E se a uno nasce un bambino con un occhio solo? Mio figlio ha diciannove anni. Quando ho scoperto che cantava Cara al Solo, l'ho buttato fuori di casa. Cosa vuoi? Che io lo trovi e lo uccida?*

La scena è – tra tutte quelle tradotte – quella più violenta: ma connotata da una violenza verbale e ideologica inusitata che rappresenta l'essenza del dramma vissuto dagli spagnoli (da tutti gli spagnoli) durante la guerra civile. La crudele capacità di dividere le famiglie (Gironella ne riparlerà ancora, quando Ignacio si confronta con José dalle diverse parti della barricata), la rassegnata crudeltà di accettare il proprio destino qualunque esso sia. “*Uccidimi o lasciarmi lavorare*” dice il medico a José, ubriaco. Due possibilità accettate entrambe come plausibili, anche se la loro contrapposizione sembra qui del tutto assurda.

### 3.2.3 *Ha estallado la paz. I capitoli 10, 16 e 21*

Con il terzo libro della trilogia degli Alvear entriamo, seguendo l'ordine cronologico proposto da Gironella nel periodo post-bellico, nel quale la Spagna deve fare i conti con un tentativo di “normalizzazione” e di recupero dei normali rapporti sociali reso difficile dall'infinita scia di lutti che ha caratterizzato gli anni tra il 1936 ed il 1939. Abbiamo tradotto, di questo romanzo (che è il meno conosciuto dei tre e anche quello che ha ottenuto un minor successo editoriale) tre capitoli.

Il capitolo 10 è una breve narrazione di un evento intimo della famiglia Alvear: il trasferimento delle spoglie di César al cimitero di Gerona. E' una scena che evoca i lutti della guerra e che tuttavia viene descritta da Gironella con una serenità ed una compostezza che forse non immagineremmo: la cerimonia è un “tenero” evento, capace di riunire tutta la famiglia e quanti erano stati importanti per la vita del giovane César. Gironella alterna la minuziosa ricostruzione della inumazione (tanto minuziosa da regalarci alcuni dettagli non comuni, come le mosche che rimangono dentro il loculo dove viene posto il feretro) con i ricordi nostalgici: come quello di Mosén Alberto, che lo vede mentre svolge le proprie funzioni in chiesa; o quelle della madre, lieta di aver trovate integre le spoglie del figlio in una fossa comune (aspetto nella quale essa vede un intervento divino). E tuttavia, la apparente calma è interrotta da gesti nervosi delle mani, che si placano solo dopo la definitiva sepoltura di César.

La lapide che viene posta sulla tomba è un riassunto di quanto è appena successo non tanto a César, ma a tutta la Spagna.

*Qui giace*

*César Alvear*

*Che morì per Dio e per la Spagna*

*Il 20 luglio 1936*

*A sedici anni di età*

## RIPOSA IN PACE

Nella Spagna del 1936, i sedicenni potevano morire per Dio e per la Spagna, dunque e lasciare dietro di loro una scia di ricordi e di dolore; dolore che, dopo la fine delle ostilità ed il lento ritorno alla normalità (una normalità del tutto diversa dal periodo precedente, tuttavia) si andava stemperando in una serenità quasi inconsapevole.

La scritta sulla lapide è anche l'oggetto per riflettere sul tema della pace. Ne abbiamo già parlato nel paragrafo precedente: ma quella era una pace di guerra. O meglio, una pace che si sogna e si rimpiange durante una guerra. Questa, adesso, è una pace diversa: la pace di una ricostruzione e di un tentativo di ricostruzione che sarà comunque lungo e per il quale occorreranno generazioni. E' Pilar a commentare la lapide "Riposa in pace... perché non "nella pace di Dio?", si chiede e chiede agli altri. Ed è Ignacio a rispondere a questa sollecitazione:

*E' la stessa cosa. Quando si dice pace, si sottintende che è la pace di Dio.*

Il capitolo si chiude con un altro episodio, in qualche modo rasserenante. Mosén Alberto annuncia alla famiglia, dopo la cerimonia, che il vescovo ha aperto un fascicolo per la beatificazione di César. Anche in questo caso, la funzione di aprire la strada all'interpretazione degli eventi è affidata a Ignacio, ormai sempre più protagonista del libro. E' lui che parla per la prima volta di César come di "mio fratello", provocando una reazione commossa di Pilar, che rappresenta in fondo la vera catarsi di tutto l'episodio.

Con il capitolo XVI entriamo nella nuova normalità della Spagna della prima estate dopo la fine della guerra. Il capitolo può essere messo in relazione ad un'analogia estate di qualche anno prima (era il 1933 e lo abbiamo descritto nel primo paragrafo) per notare analogie e differenze. Le analogie sono nella voglia delle persone di allontanarsi dalle tragedie: quelle imminenti, nel 1933, quelle appena passate nel caso del capitolo di Ha estallado la paz. La differenza maggiore che riscontriamo nei personaggi è la determinazione: più sfumata (anche per la giovane età dei protagonisti: e questo dimostra lo studio psicologico dei personaggi effettuato da Gironella) nel capitolo di Los cipreses, più determinato e deciso in questo capitolo. A dominare è la voglia di mettersi tutto alle spalle, di guardare al futuro, di sognare un avvenire. E' un sentimento che avevamo già notato – per quanto intriso di nostalgia – nel caso della cerimonia funebre del decimo capitolo. Nel XVI capitolo esso assume una forza davvero maggiore.

Anche in questo caso, il capitolo è caratterizzato da diversi blocchi narrativi: una prima parte introduttiva di un clima vacanziero incipiente che tornava a regalare spensieratezza ("La vita

*rinasceva e di conseguenza si sentiva di nuovo la parola 'estivo'"); una seconda, caratterizzata dalle riflessioni di Ignacio, sospeso tra l'amore per la fidanzata Marta e la passione per Ana María, al punto da nascondere alla prima un suo viaggio a San Feliu de Guixols per incontrare la ragazza; un terzo blocco finale che approfondisce le scelte di Mateo.*

L'episodio dell'incontro tra Ignacio e Ana María è caratterizzato da una serie di implicazioni che riguardano diversi piani di analisi dei personaggi. C'è il lavoro su se stesso, tutto intimo e personale, di Ignacio, che vorrebbe trovare chiarimenti e risposte ai dubbi che lo attanagliano circa il rapporto con le due ragazze: l'organizzazione della visita nella località balneare – con la scusa di visitare la struttura gestita da Mateo -per poter incontrare Ana María è intrisa di sensi di colpa, ma anche dalla volontà di cercare di capire le ragioni di quel dissidio interiore che lo rendono così attratto dalla ragazza. Il turbamento di Ignacio è tutto nel duplice ricordo dell'ultimo incontro con Ana María, caratterizzato da due momenti diversi: un bacio e una scenata, provocata dalla conoscenza dell'esistenza di Marta nella vita di Ignacio.

Ignacio, però, non può e non vuole sottrarsi. L'incontro tra i due è una lunga conversazione, non priva di elementi di sensualità e di desiderio, che però tocca anche temi importanti: come quello relativo al futuro che i due ragazzi immaginano per loro (individualmente e – almeno per quanto riguarda Ana María – anche come coppia). Ignacio ha le idee chiare: è in procinto di laurearsi in legge, ha militato nelle file nazionaliste rischiando la vita, ma di quella militanza politica non gli è rimasto niente. E' curioso vedere come Ignacio, dopo aver abbracciato (magari per un momento, ma in maniera sincera) tante parti politiche – lo abbiamo visto socialista, sinceramente anarchico, attratto dalla dottrina comunista ed infine nazionalista – approdi alla fine ad una visione del tutto personale della vita. La sua volontà, il suo obiettivo è quello di fare soldi, di diventare un bravo avvocato e sostanzialmente di pensare a se stesso. Le passioni politiche, il desiderio di dedicarsi agli altri sembrano – almeno in questo colloquio – del tutto svanite

*Spagna, Spagna!... Scusami, ma sono un po' stufo. Voglio essere Ignacio!*

E' un modo molto diretto per guardare avanti:

“Spesso penso a quanto sia bello che la guerra sia finita. Non senti anche tu, a volte, come un enorme desiderio di recuperare il tempo perduto?”

Ignacio è stato toccato nell'intimo dalle vicende della guerra civile. Da quella militanza evidentemente desidera ardentemente prendere le distanze, mettersi in una posizione diversa e molto più aperta alla propria vita più che a quella degli altri. Ricordiamo l'Ignacio degli inizi,



quando in Los cipreses sembrava essere attratto da qualsiasi persona gli proponesse un'avventura, un'idea una prospettiva. Adesso quell'Ignacio è molto cambiato: è più centrato su se stesso e sui suoi obiettivi. Non è né meglio né peggio è semplicemente una persona diversa che la guerra civile ha cambiato.

Anche Mateo è cambiato, ma le scelte che egli matura sono improntate a diverse dimensioni. Mateo rimane ancorato al suo impegno "politico" in senso lato. E lo mostra nell'impegno che mette nell'organizzare il campo estivo per la gioventù che Ignacio va a visitare dopo aver incontrato Ana María.

Mateo ha una psicologia diversa da quella di Ignacio e Gironella sembra metterlo in evidenza in maniera chiara fin dall'inizio del blocco narrativo che riguarda la caratterizzazione del personaggio:

*Nonostante tutto Mateo, temprato da tante vicissitudini, aveva piena fiducia che il tempo e il metodo avrebbero sanato tutte le barriere psicologiche che si frapponivano al suo compito. Era particolarmente ottimista quando i cento ragazzi facevano il bagno, urlando e agitando le braccia con una gioia incontaminata, battesimale, e ancora di più la sera, quando ogni squadra accendeva un falò davanti alla tenda corrispondente. Allora Mateo, mentre accarezzava la testa quasi rasata di Eloy, contemplava la cerimonia e sentiva addolcirsi l'anima. Ricordava le notti che aveva passato al fronte, altri falò, e i volti illuminati dei ragazzi e il tremito delle fiamme gli ripetevano come un ritornello: "Saranno miei, saranno nostri. I loro sentimenti saranno incanalati. Nessuno potrà strappare quella giovinezza".*

E' una prospettiva, come si vede, completamente diversa da quella di Ignacio. Qui si fronteggiano dunque due prospettive di futuro molto diverse: una personale, forse anche individualista, che guarda al futuro come un'occasione per prendere le distanze da un passato doloroso al quale si vuol smettere di pensare: "recuperare il tempo perduto", riprendere quella linea del tempo che la guerra civile ha spezzato; una collettiva, inserita nel nuovo corso del regime franchista (regime che, ricordiamolo, Gironella non definisce mai come tale), che dalla guerra ha tratto un'altra lezione ed un'altra determinazione per il futuro: la società che verrà, gli uomini che verranno dovranno essere incanalati nel nuovo sistema di pensiero, in una nuova logica di rapporti sociali e politici. La guerra civile è, in questa seconda accezione, un punto di partenza per una ricostruzione. Che il testo lascia immaginare come non semplice (ma Gironella scriveva sapendo già come sarebbe andata a finire).

La panoramica sull'attività di Mateo contiene anche uno spaccato sui bambini e sui giovani: quelli che dalla guerra avevano sofferto pene forse ancora più dure degli adulti perché vittime inconsapevoli. Anche in questo caso, Gironella mostra gli effetti sociali e le conseguenze personali della guerra: come nella parte in cui descrive la differenza tra i bambini che avevano la madre e quelli che l'avevano persa, tragedia minore dentro una tragedia maggiore.

Le differenze tra Ignacio e Mateo sono sostanziali, ma non gli impediscono di incontrarsi: non solo per la loro relazione, ma anche perché in modo diverso entrambi si aspettano un futuro nel quale compenseranno e integreranno i loro sforzi.

L'ultimo dei capitoli tradotti è il 21. Si apre con Mateo e Ignacio che superano gli esami del terzo anno di Giurisprudenza e con un rallentamento nella storia d'amore tra Ignacio e Ana María. Ma soprattutto con un lungo dialogo tra Ignacio e Mateo sulla guerra, E' un dialogo, a suo modo struggente perché guarda al futuro da una dimensione passata e racconta una delle tante assurdità della guerra.

E' Mateo che chiede a Ignacio se si ricordi molto della guerra, la "nostra guerra"; e la risposta di Ignacio è molto significativa: "Tanto, più di quanto immagini. E' come un sipario, sullo sfondo". E' quel sipario sullo sfondo, nelle parole dei due, che sembra dare senso all'oggi per costruire il domani. La cosa più sconvolgente è che Mateo riconosce che la guerra è stata un'esperienza dura e terribile, ma che a suo modo è stata bella. Anche per i morti (perché sono caduti per un ideale, sostiene; venendo subito rimbrottato dall'amico che gli dice "L'eroismo non è un obbligo"). Ed infine il senso di tutto, lo scambio che dà valore all'intero dialogo:

*.- La guerra è una grande lezione.*

*- Mi sembra che la grande lezione sia la pace. E il Diritto Civile*

Il dialogo si tronca di lì a poco. I due ragazzi sono evidentemente su posizioni diverse e continuare il discorso poteva portare la relazione su un piano critico, verso una rottura della relazione che invece rimane solida, intatta nonostante tutto.

Però queste due prospettive sono del tutto coerenti con il piano narrativo di Gironella. La guerra civile è stata una tragedia, ma inserire nel discorso di due giovani universitari che quella guerra l'hanno combattuta (e anche vinta: dettaglio non da poco, anche se Ignacio e Mateo interpretano quella vittoria in due modi decisamente opposti) che la *guerra è bella* è un colpo durissimo. Eppure, inevitabilmente, è così.

Lo ha ben descritto, in contesti del tutto diversi, anche Alessandro Baricco, nella sua rivisitazione dell'Iliade, probabilmente la guerra per eccellenza, se non altro perché ha formato la psicologia di infinite generazioni. La bellezza della guerra è un ossimoro, un elemento distonico a dispetto di quelle che sono le tante celebrazioni che glorificano e incensano la pace. E che non spiegano come mai tanti giovani, tante generazioni sono state attratte (come falene dalla luce, dice Baricco) dalla brutalità della guerra. La risposta non è facile da dare e anche in questo caso, il tema è solo affiorato nel dialogo tra i due. “La pace offusca il cervello”, dice Mateo; ma non è una risposta sufficiente. Il fatto è che la guerra è una enorme fucina di ricordi per quella che l'hanno vissuta. E sono questi ricordi, questa memoria collettiva che la rende, per quanto tremenda, affascinante. Se ricondotta nell'alveo dell'ideologia, quella memoria sarà un po' meno condivisa. Succede in tutte le guerre, ma ancora di più in quelle combattute all'interno dello stesso paese. Le guerre civili non portano ricordi condivisi, portano – molto spesso - rimozione.

E' anche, in fondo, il senso dell'opera di Gironella. La guerra è il centro del suo racconto: c'è un prima e c'è un dopo, ma il senso di tutto è lì, in quel fuoco terribile che consuma le vite, che le mette in gioco. E' nella morte di un seminarista sedicenne che per questo viene sottoposto ad un processo di beatificazione; è in intere schiere di adolescenti che cercano di comprendere quale sarà il loro futuro e che “vengono incanalati” verso l'una o l'altra ideologia (ancora parole di Mateo, tra i due certamente il più ideologizzato); è nella voglia di recuperare il tempo perduto.

Ma il tempo va avanti. L'ultima parte del capitolo vede una vicenda del tutto intima della famiglia Alvear: Carmen ha una emorragia mestruale e viene portata dal medico, che le fa una prima diagnosi. Carmen, che ha attraversato la guerra, si trova davanti ad una prospettiva nuovamente incerta: quella di una malattia che potrebbe mettere in pericolo la sua vita. La prospettiva, le dice il dottore, sarà quella di un intervento chirurgico; ma lascia sostanzialmente sospeso il tema della natura della malattia. Che Carmen Elgazu non mostra di comprendere fino in fondo nella sua gravità e che invece il marito coglie a pieno, senza che il senso di spaesamento sia diverso. Anche in questo caso, la risposta della donna sarà aggrapparsi alla fede, proponendo un pellegrinaggio a Santa Teresita, soluzione che il marito non ritiene del tutto idonea:

*“A Santa Teresita? Non credo che per certe cose sia la più indicata...”*

Dopo la guerra, la vita continua; ma le inquietudini, il timore e perché no la paura non smettono certo di manifestarsi nella vita delle persone. Le vicende successive del romanzo, la normalità riconquistata, portano le storie delle donne e degli uomini della famiglia Alvear continueranno, con drammi e momenti di felicità che sarà sempre più difficile ricondurre ad un

quadro cronologico, ma che vedranno sempre la guerra civile come un grande sipario sullo sfondo, a dare un senso a quello che verrà dopo.

## BIBLIOGRAFIA

- Apel F. (1993), *Il manuale del traduttore letterario*, Guerini e Associati, Milano
- Borgogni D. (2016), “Analisi del testo e traduzione. Una proposta euristica”, *Lingue e linguaggi*, 18, pp. 13-29.
- Caproni G. (1996), *La scatola nera*, Milano, Garzanti.
- Cardini F. (2015), “La lezione della Prima guerra mondiale, un secolo dopo”, *Identità Europea*. <http://www.identitaeeuropea.it/?p=3366>. Sito consultato il 18 gennaio 2023.
- Delabastita D., D’Hulst L. (1993), *European Shakespeares. Translating Shakespeare in the Romantic Age*, John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia
- Delibes M. (s.d.), “José María Gironella comentado por Miguel Delibes”, *Critica de Libros*, <http://www.criticadelibros.com/critica-literaria-2/jose-maria-gironella-comentado-por-miguel-delibes/>. Sito consultato il 20 gennaio 2023.
- Even-Zohar I. (1990), “Polysystem Studies”, *Poetics Today*, XI, 1
- Fillière C. (2006), “De la budqueda de la novela total al encuentro del éxito masivo: la trilogía de José María Gironella y su trayectoria como objeto predilecto de la historia cultural”, *Historia Contemporanea*, 32, pp. 285-310.
- Gironella J. M. (1953), *Los cipreses creen en Dios*, ed. Planeta, 1989.
- Gironella J. M. (1959), *I cipressi credono in Dio*, Milano, Longanesi
- Gironella J. M. (1961), *Un millón de muertos*, ed. Planeta, 2005.
- Gironella J. M. (1966), , ed. Planeta, 2007
- Jakobson R. (1959), “On linguistic aspects of translation”, Brower R. (ed), *On translation*, Cambridge, Harvard University Press.
- Juderías J. (1917), *La leyenda negra: estudios acerca del concepto de España en el Extranjero*, Araluce, p. 24.
- Lefevere A. (1992), *Traduzione e riscrittura. La manipolazione della fama letteraria*, UTET, Torino
- Nida, E. (1964): *Towards a Science of Translating: With Special Reference to Principles and Procedures Involved in Bible Translating*. Leiden
- Ottaiano M. (2022), “Dalla lettura alla revisione: le sei fasi possibili della traduzione letteraria”, *Spanismo y didáctica universitaria: cuestión y perspectivas*, 1-2, pp. 55-68.

- Pistolesi E. (2015), “Diamesia: la nascita di una dimensione”, Pistolesi E., Pugliese R., Gili Fivela B. (eds), *Parole, gesti, interpretazioni. Studi linguistici per Carla Bazzanella*, Roma, Aracne, pp. 29-55.
- Polverini S. (2011), “Leyendas Negras al servizio della guerra civile spagnola in José María Gironella e Arturo Barea”, *Leyendas Negras e leggende auree*, Alinea, pp. 401-412.
- Polverini S. (2013), *Letteratura e memoria bellica nella Spagna del XX secolo. José María Gironella e Juan Benet*, Firenze University Press
- Popovic A. (1979), *The nature of translation*, Mouton, The Hague
- Sinclair J. 2004, *Trust the Text: Language Corpus and Discourse*, Routledge, London
- Steiner G. (1994), *Dopo Babeles*